

EL INMORALISTA

ANDRÉ GIDE



André Gide

EL INMORALISTA

Título original:
“L’immoraliste”

Primera edición

LeBooks

Isbn: 9786558941828

Prefacio

Amigo Lector

André Paul Guillaume Gide (1869-1951), conocido como André Gide, fue un renombrado escritor francés. Premio Nobel de Literatura en 1947 y fundador de la prestigiosa Editora Gallimard, André Gide es una de las personalidades más destacadas de la vida cultural francesa. Su obra tiene muchos aspectos autobiográficos y en ella se exponen conflictos morales, religiosos y sexuales.

André Gide, nacido y muerto en París, huérfano de padre a los once años, fue educado por una madre autoritaria y puritana que le obligó, tras someterle a las reglas y prohibiciones de una moral rigurosa, a rechazar los impulsos de su personalidad. Su infancia y su juventud influirían de manera decisiva en su obra, casi toda ella autobiográfica, y le inducirían más tarde al rechazo de toda limitación y todo constreñimiento.

El inmoralista es una parábola sobre la dialéctica entre la naturaleza y la moral, así como una reflexión sobre el despliegue de la libertad individual. Gide concibió esta obra como apéndice de otro relato, La puerta estrecha, que redactó simultáneamente.

Obra provocadora de reflexión que mantiene aún todo su poder de desafiar las actitudes complacientes y las presunciones culturales infundadas, El inmoralista narra el intento de un joven parisiense por superar el conformismo social y sexual.

El personaje Michel, nacido y criado en el seno de una familia puritana, contrae matrimonio con Marceline para complacer a su padre moribundo. Durante un viaje por el norte de África enferma gravemente, y en su convalecencia descubre la sensualidad y el placer por la vida. Esta revelación provoca un cambio radical en su manera de vivir y le lleva a la liberación de ataduras morales.

El intento de Michel de acceder a una verdad más profunda repudiando la cultura, la decencia y la moralidad solo redundará en

confusión y pérdida. En su afán de autenticidad, ha hecho daño a otros. Aun así, la novela sigue siendo tanto una condena de las imposiciones arbitrarias de una sociedad hipócrita, como de la errada conducta de Michel.

Una excelente lectura

LeBooks Editora

Prefacio del Autor

Doy este libro por lo que pueda valer. Es un fruto lleno de ceniza amarga; se parece a las coloquintidas del desierto que crecen en parajes calcinados y no brindan a la sed sino una quemadura aún más atroz, pero a las que no falta belleza sobre la arena de oro.

Si había yo ofrecido a mi héroe como ejemplo, preciso es convenir que sólo muy mal lo he logrado; los pocos raros que tuvieron a bien interesarse por la aventura de Miguel dieron en informarla con toda la fuerza de su bondad. No en vano había yo adornado de tantas virtudes a Marcelina; no se perdonaba a Miguel el que no la prefiriera a sí mismo.

Si había yo ofrecido este libro como un acto de acusación contra Miguel, no lo logré en mayor medida, pues nadie me estuvo agradecido por la indignación que sentía contra mi héroe; parecía como si esa indignación fuera sentida a pesar mío; desde Miguel se volcaba sobre mí; por poco pretendían confundirme con él.

Mas no he querido hacer en este libro acto de acusación ni apología, y me he guardado de juzgar. El público ya no perdona que el autor, tras la acción que pinta, no se declare en pro o en contra; aun más, se quisiera que tomase partido en el curso mismo del drama, que se pronunciara netamente ya sea por Alceste o Cilinto, por Hamlet u Ofelia, por Fausto o Margarita, por Adán o Eva. No pretendo yo, ciertamente, que la neutralidad (iba a decir: la indecisión) resulte signo seguro de un gran espíritu; mas creo que cantidad de grandes espíritus han mostrado extrema repugnancia a... concluir; y que plantear bien un problema no equivale a suponerlo resuelto por adelantado.

Es de mala gana que empleo aquí el término problema. A decir verdad, en arte no hay problemas para los que la obra de arte no sea solución suficiente.

Si por problema se entiende drama, del que retrata este libro habré de decir que no por representarse en el alma misma de mi héroe deja de ser harto general para quedar circunscrito a su

singular aventura. No tengo la pretensión de haber inventado este problema; existía antes de mi libro; que Miguel triunfe o sucumba, el problema continúa siendo tal, y el autor no propone como alcanzados ni el triunfo ni la derrota.

Si algunos espíritus distinguidos no han aceptado ver en este drama más que la exposición de un caso extraño, y sólo un enfermo en su héroe; si no han querido reconocer que algunas ideas apremiantes y de interés muy general pueden, sin embargo, habitarlo, la culpa no es de las ideas o del drama, sino del autor; quiero decir de su torpeza, bien que haya él puesto en este libro toda su pasión, todas sus lágrimas y todo su cuidado. Mas el interés real de una obra, y aquel que el público de un día le consagra, son cosas harto diferentes. Sin demasiada fatuidad, creo que puede preferirse correr el riesgo de no interesar el primer día — con cosas interesantes — a apasionar sin un mañana al público goloso de trivialidades.

Al fin de cuentas, no he buscado probar nada, sino pintar bien y dar a mi pintura sus justas luces.

(Al señor D. R., presidente del Consejo).

Sidi b. M., 30 de julio de 189.

Sí, estabas en lo cierto; Miguel nos ha hablado, querido hermano. He aquí el relato que nos hizo. Lo habías pedido, y yo te lo prometí; pero en el instante de enviarlo vacilo todavía, y cuanto mas lo releo, más horrible me parece. ¡Ah! ¿Qué vas a pensar de nuestro amigo? Por otra parte, ¿qué he pensado yo mismo? ¿Lo condenaremos simplemente, negando que sea posible inducir al bien facultades que se manifiestan crueles? Pero existe hoy más de uno, lo temo, que osaría reconocerse en este relato. ¿Se llegará a inventar un empleo para tanta inteligencia y tanta fuerza... o se rehusará a todo eso el derecho de ciudad?

¿En qué puede servir Miguel al Estado? Confieso que lo ignoro... Necesita una ocupación. El alto puesto que te han valido tus grandes méritos y el poder que posees, ¿permitirán encontrársela? Apresúrate. Miguel es abnegado; lo es todavía; bien pronto sólo lo será para sí mismo.

Te escribo bajo un azur perfecto; en los doce días que Dionisio, Daniel y yo llevamos aquí, ni una nube, ni la menor disminución del sol. Miguel dice que el cielo se mantiene puro desde hace dos meses.

No estoy triste ni alegre; este aire de aquí nos llena de una muy vaga exaltación, nos hace conocer un estado que parece tan distante de la alegría como de la pena; tal vez sea la felicidad.

Nos quedamos junto a Miguel; no queremos separarnos de él; ya comprenderás por qué si quieres leer estas páginas; es, pues, aquí en su morada que esperamos tu respuesta; no tardes.

Bien conoces la amistad de colegio, ya fuerte entonces, pero acrecida de año en año, que unía a Dionisio, Daniel y a mí con Miguel. Una especie de pacto fue concluido entre los cuatro: a la menor llamada del uno, los otros tres deberían responder. Por eso, cuando recibí el misterioso grito de alarma de Miguel, previne al punto a Daniel y a Dionisio, y los tres, abandonándolo todo,

partimos.

Tres años habían pasado sin que viéramos a Miguel. Se había casado, llevándose a su mujer de viaje; en ocasión de su último paso por París, Dionisio estaba en Grecia, Daniel en Rusia, y yo, bien lo sabes, retenido junto a nuestro padre enfermo. No nos faltaban, sin embargo, noticias suyas; pero aquellas que nos dieran Silas y Will, luego de ver nuevamente a Miguel, sólo podían asombrarnos. En él se producía un cambio que no alcanzábamos aún a explicarnos. No era ya el puritano asaz docto de otro tiempo, con gestos torpes a fuerza de convencidos, miradas tan claras, que ante ellas con frecuencia nuestras frases demasiado libres se interrumpían. Era... pero a qué indicar desde ya, lo que su relato va a decirte.

Te envió pues, ese relato, tal como lo escuchamos Dionisio, Daniel y yo. Miguel lo hizo en su terraza, donde junto a él estábamos tendidos en la sombra y bajo la claridad de las estrellas. Hacia el final del relato vimos alzarse el día sobre la llanura. La casa de Miguel la domina así como al poblado, del que poca distancia la separa. Por el calor, por las cosechas ya levantadas, esta llanura se parece al desierto.

La casa de Miguel, si bien pobre y extraña, es encantadora. En invierno se pasaría allí frío, pues no hay cristales en las ventanas; o más bien no hay ventanas en absoluto, sino vastos agujeros en los muros. El tiempo es tan hermoso que dormimos afuera, sobre esteras.

Déjame decirte aún que tuvimos buen viaje. Llegamos por la noche, extenuados de calor, embriagados de novedad, luego de detenernos apenas en Argel y más tarde en Constantina. Desde Constantina, otro tren nos condujo a Sidi b. M., donde esperaba una carretera. La ruta termina lejos del poblado, que se encarama en lo alto de un roquedal como ciertos burgos de la Umbría. Subimos a pie; dos mulos cargaban nuestras valijas. Cuando se llega por este camino, la casa de Miguel es la primera de la población. La circunda un jardín cerrado por muros bajos, más bien un cercado, y crecen en él tres granados de caídas ramas y un soberbio laurel rosa. Un niño estaba allí, pero huyó al acercarnos nosotros, escalando bruscamente el muro.

Miguel nos recibió sin testimoniar alegría; muy sencillo, parecía temer toda manifestación de ternura; pero, ya en el umbral, nos fue abrazando a los tres gravemente.

No cambiamos ni diez palabras hasta la noche. Una cena muy frugal hallábase pronta en un salón cuyas suntuosas decoraciones nos asombraron, pero que el relato de Miguel te explicará. Nos sirvió luego el café, teniendo cuidado de prepararlo personalmente. Subimos después a la terraza, desde donde la vista se tendía al infinito, y los tres, semejantes a los amigos de Job, aguardamos, admirando en la llanura incendiada la brusca declinación del día.

Cuando fue de noche, Miguel dijo:

PRIMERA PARTE

I

QUERIDOS amigos, os sabía fieles. Habéis acudido a mi llamada, tal como lo hubiera hecho yo a la vuestra. Y sin embargo llevabais tres años sin verme. Que vuestra amistad, que tan bien resiste a la ausencia, pueda también resistir al relato que voy a haceros. Pues si os llamé bruscamente, si os hice viajar hasta mi residencia lejana, es únicamente para veros, y para que podáis escucharme. No quiero otro socorro que ese: hablaros. Pues me encuentro en un punto tal de mi vida que no puedo ir ya más allá. Y sin embargo no es por lasitud. Pero ya no comprendo. Necesito... Necesito hablar, os digo. Saber liberarse no es nada; lo arduo es saber ser libre... Tolerad que os hable de mí; voy a contaros mi vida, simplemente, sin modestia y sin orgullo, más simplemente que si me hablara a mí mismo. Escuchadme.

La última vez que nos vimos, lo recuerdo, fue en los alrededores de Angers, en la iglesia rural, donde se celebraba mi matrimonio. Poco numeroso era el público, y la excelencia de los amigos tornaba conmovedora la trivial ceremonia. Advertía yo su emoción, y eso mismo me emocionaba. Una breve comida, sin risas ni

exclamaciones, os reunió al salir de la iglesia en casa de aquella que era ya mi esposa; luego un coche vino a llevarnos, según el uso que une en nuestro espíritu la idea de una boda con la visión de un lugar de partida.

Conocía yo muy poco a mi mujer, y pensaba, sin dolerme demasiado, que no me conocía ella mejor. La había desposado sin amor, en gran parte para complacer a mi padre moribundo, que se inquietaba al dejarme solo. Amaba yo a mi padre tiernamente; dominado por su agonía, no pensé en aquellos tristes momentos más que en endulzar su fin; fue así cómo prometí mi vida sin saber lo que podía ser la vida. Nuestros esponsales, a la cabecera del moribundo, carecieron de risas, pero no de una grave alegría, tan grande fue la paz que obtuvo mi padre. Si no amaba yo a mi novia, como digo, al menos nunca había amado a mujer alguna. Aquello bastaba, a mi parecer, para asegurar nuestra dicha; ignorándome aún a mí mismo, creí darme entero a ella. Era huérfana como yo, y vivía con sus dos hermanos. Se llamaba Marcelina; tenía apenas veinte años, y yo le llevaba cuatro.

He dicho que no la amaba... Por lo menos no sentía hacia ella nada de lo que llaman amor; mas la amaba, si por esto quiere entenderse ternura, una especie de piedad, y finalmente una estima suficientemente grande. Marcelina era católica, y yo protestante... ¡Pero creía serlo tan poco! El sacerdote me aceptó; yo acepté al sacerdote; aquello se jugó sin ventaja.

Mi padre era, como suele decirse, ateo; lo supongo, al menos, pues por una especie de invencible pudor que creo compartía, jamás me fue posible conversar con él de sus creencias. La grave enseñanza hugonota de mi madre se había ido borrando lentamente en mi corazón junto con su bella imagen; ya sabéis que la perdí muy joven. No sospechaba yo todavía cuánto nos domina esta primera moral de niño, ni qué pliegues deja en el espíritu. Esa especie de austeridad de la que mi madre me dejara el gusto al inculcarme sus principios, la volqué íntegramente en el estudio. Tenía quince años cuando perdí a mi madre; mi padre se ocupó de mí, me tuvo junto a él y puso su pasión en instruirme. Conocía ya bien el latín y el griego; con él aprendí pronto el hebreo, el sánscrito, y finalmente el persa y el árabe. Hacia los veinte años estaba tan maduro, que se

atrevió a asociarme a sus trabajos. Se divertía en pretender que yo era su igual, y quiso darme la prueba. El Ensayo sobre los cultos frigios, que apareció con su nombre, era obra mía; apenas lo había él revisado, mas nada le valió jamás tantos elogios. Quedó encantado; en cuanto a mí, me sentía confuso al ver triunfar esa superchería. Pero desde entonces fui bien conocido. Los más eruditos hombres de ciencia me trataban como a su colega. Sonrío ahora de todos los honores que me hicieron... Llegué así a los veinticinco años, casi sin haber mirado más que ruinas o libros, y desconociéndolo todo de la vida. Ponía en el trabajo un fervor singular. Amaba a algunos amigos (vosotros entre ellos), pero más a la amistad que a ellos mismos; mi abnegación era grande, pero como una necesidad de nobleza; amaba yo en mí cada sentimiento bello. En suma, ignoraba a mis amigos como me ignoraba a mí mismo. Ni por un instante me vino la idea de que hubiese podido llevar una existencia distinta, ni que fuera posible vivir de otra manera.

A mi padre y a mi nos bastaban las cosas sencillas; gastábamos tan poco los dos, que alcancé mis veinticinco años sin saber que éramos ricos. Imaginaba, sin pensarlo demasiado, que teníamos solamente para vivir; y había adquirido junto a él tales hábitos de economía, que me sentí casi molesto cuando comprendí que poseíamos mucho más. A tal punto estaba ajeno a esas cosas, que ni siquiera después del deceso de mi padre, de quien era único heredero, adquirí conciencia más clara de mi fortuna, sino tan sólo en ocasión del contrato de mi matrimonio, y fue para darme cuenta en el mismo momento que Marcelina no me aportaba casi nada.

No sabía tampoco otra cosa acaso aún más importante: lo delicado de mi salud. ¿Cómo podía saberlo, sin ponerla jamás a prueba? Sufría catarros de tiempo en tiempo, y los cuidaba negligentemente. La vida demasiado tranquila que hacía me debilitaba y preservaba al mismo tiempo. Marcelina, por el contrario, parecía robusta...

Y que lo era más que yo, habríamos de saberlo muy pronto.

La noche misma de nuestra boda dormimos en mi casa de París, donde nos habían preparado dos habitaciones. Permanecimos el tiempo necesario para compras indispensables, y

seguimos luego a Marsella, en donde nos embarcamos inmediatamente rumbo a Túnez.

Las cuestiones urgentes, el aturdimiento de los últimos y demasiado rápidos sucesos, la indispensable emoción de la boda tras de aquella otra más real de mi duelo, todo había terminado por agotarme. Pero recién embarcado en el navio pude sentir mi fatiga. Hasta entonces cada ocupación, al aumentarla, me distraía. El ocio obligado de a bordo me permitió por fin reflexionar. Me pareció que lo hacía por primera vez.

También por primera vez consentía en quedar privado tanto tiempo de mi trabajo. Hasta entonces no me había concedido más que breves vacaciones. Un viaje a España con mi padre, poco tiempo después de la muerte de mi madre, había durado, por cierto, más de un mes; otro a Alemania, seis semanas; y aun otro... pero eran viajes de estudio; mi padre no se distraía para nada de sus muy precisas búsquedas; en cuanto a mí, cuando no lo acompañaba, me ponía a leer. Y sin embargo, apenas hubimos abandonado Marsella diversos recuerdos de Granada y de Sevilla volvieron a mí, recuerdos de cielo más puro, de sombras más francas, de fiestas, risas y cantos. «He ahí lo que vamos a encontrar», pensaba. Subí al puente del navío y vi alejarse a Marsella.

Luego, bruscamente, se me ocurrió que descuidaba un poco a Marcelina.

Estaba sentada a proa; me acerqué y, realmente por primera vez, la miré.

Marcelina era muy hermosa. Vosotros lo sabéis: la habéis visto. Me reproché no haberlo advertido antes. La conocía demasiado para verla como a algo nuevo; nuestras familias habían estado unidas en todo tiempo; la vi crecer, habituado a su gracia... Por primera vez me asombré, tan grande me pareció esa gracia.

Sobre un sencillo sombrero de paja negra dejaba Marcelina flotar un largo velo; era rubia, pero no parecía delicada. Su falda y su blusa estaban hechas de un tejido escocés que eligiéramos juntos. No había querido yo que se ensombreciera con mi duelo.

Sintió que la miraba, se volvió hacia mí... Hasta ahora no había tenido junto a ella sino una solicitud de encargo; reemplazaba el

amor, bien que mal, por una especie de galantería reservada que — bien lo advertía yo — la importunaba un tanto. ¿Sintió Marcelina en ese instante que por primera vez la miraba de diferente manera? A su vez me contempló fijamente; luego, con suma ternura me sonrió. Sin hablar me senté junto a ella. Hasta ahora había vivido para mí, o por lo menos según mi propio ser; me había casado sin imaginar en mi mujer otra cosa que un camarada, sin pensar claramente que con nuestra unión mi vida podría cambiar. Pero acababa al fin de comprender que allí cesaba el monólogo.

Estábamos solos en cubierta. Marcelina me ofreció su frente; la estreché suavemente contra mí; alzó ella los ojos, la besé sobre los párpados, y sentí bruscamente, en el instante de mi beso, algo como una nueva piedad invadiéndome tan violentamente que no pude retener mis lágrimas.

— ¿Qué tienes? — preguntó Marcelina.

Empezamos a hablar. Sus frases encantadoras me maravillaron. Me había yo hecho, como podía, algunas ideas sobre la tontería de las mujeres. Junto a ella, esa noche me encontré torpe y estúpido a mí mismo.

¡De manera que esta mujer a la cual unía yo mi vida poseía su vida propia y real! La importancia de tal pensamiento me despertó muchas veces aquella noche; muchas veces me incorporé en mi litera para ver, en la litera más baja, dormir a mi esposa, a Marcelina.

Al día siguiente el cielo estaba espléndido; el mar casi tranquilo. Algunas conversaciones en nada forzadas disminuyeron aún más nuestra incomodidad. El matrimonio comenzaba verdaderamente. En la mañana del último día de octubre desembarcamos en Túnez.

Mi intención era permanecer allí unos pocos días. Os confesaré mi tontería: en aquel país nuevo, nada me atraía fuera de Cartago y algunas ruinas romanas: Timgat, de las cuales me había hablado Octavio, los mosaicos de Susa, y sobretodo el anfiteatro de El Djem, al cual me proponía acudir sin tardanza. Era preciso llegar en primer término a Susa, y de allí seguir en el coche del correo; deseaba yo que nada, hasta llegar allá, fuese digno de ocuparme.

Con todo, Túnez me sorprendió mucho. Al tacto de nuevas sensaciones despertábanse en mí ciertas zonas, facultades

adormecidas que, no habiendo funcionado aún, guardaban toda su misteriosa juventud. Me sentía más asombrado y azorado que divertido, y lo que me agradaba sobre todo era la alegría de Marcelina.

Mi fatiga, entre tanto, se tornaba mayor cada día; pero me hubiese parecido vergonzoso ceder. Tosía, experimentaba una extraña alteración en lo alto del pecho.

— Vamos hacia el sur — pensaba — El calor me restablecerá.

La diligencia de Sfax sale de Susa a las ocho de la noche, y atraviesa El Djem a la una de la mañana. Habíamos reservado los lugares delanteros. Esperaba yo encontrarme con una incómoda galería; al contrario, nos vimos instalados con suficiente comodidad. ¡Pero el frío...! ¿Por qué pueril confianza en la suavidad del aire del Mediodía, livianamente vestidos como estábamos ambos, no teníamos con nosotros más que un chal? Apenas salidos de Susa y del abrigo de sus colinas, el viento empezó a soplar. Daba enormes saltos sobre la llanura, aullaba, silbaba, entrando por cada rendija de las portezuelas; nada podía preservarnos. Llegamos transidos, y yo extenuado además por el traqueteo del coche y una horrible tos que me sacudía aún más. ¡Qué noche! Arribamos a El Djem, y no había albergue; en su lugar, un horrible bordj. ¿Qué hacer? La diligencia reanudaba su viaje. El poblado estaba dormido; en la noche que parecía inmensa se entreveía vagamente la masa lúgubre de las ruinas; aullaban los perros. Entramos en una sala terrosa donde habían instalado dos lechos miserables. Marcelina temblaba de frío, pero allí por lo menos el viento no nos alcanzaba.

El siguiente día fue nublado. Nos sorprendió, al salir, ver un cielo uniformemente gris. El viento seguía soplando, aunque menos impetuosamente que la víspera. La diligencia no debía pasar hasta la noche... Lo repito, fue un día lúgubre. Recorrido en pocos instantes, el anfiteatro me decepcionó; incluso me parecía feo bajo ese cielo opaco. Tal vez mi cansancio ayudaba, hacía crecer mi hastío. A mitad del día volví a él, por falta de otra cosa, buscando en vano alguna inscripción en las piedras. Al abrigo del viento, Marcelina leía un libro inglés que por fortuna trajera consigo. Fui a sentarme junto a ella.

— ¡Qué triste día! — le dije — ¿No te aburres demasiado?

— No. Ya ves, leo.

— ¿Qué hemos venido a hacer aquí? ¿No tendrás frío, al menos?

— No demasiado. ¿Y tú? ¡Pero sí! ¡Estás muy pálido!

— No...

Por la noche el viento recobró su fuerza... La diligencia vino, al fin. Partimos.

Desde los primeros vaivenes me sentí destrozado. Muy cansada, Marcelina se durmió en seguida sobre mi hombro. «Pero mi tos va a despertarla», pensé, y suavemente, suavemente, apartándome de ella, la incliné hasta apoyarla en el tabique del coche. Y sin embargo ya no tosía, no; pero escupía, lo que era cosa nueva; hacía subir aquello sin esfuerzo, iba viniendo por pequeños impulsos, a intervalos regulares; era una sensación tan extraña, que al principio casi me divirtió, pero al momento me sentí asqueado por el gusto desconocido que me dejaba en la boca. Pronto mi pañuelo estuvo inutilizable, y sentí llenos los dedos. ¿Despertaría a Marcelina? Por fortuna recordé un gran pañuelo de seda que ceñía ella en su cintura, y se lo quité suavemente. Como ya no me contenía, empecé a escupir con más y más abundancia. Me notaba extraordinariamente aliviado. «Esto es el fin del catarro», pensé. De pronto me sentí muy débil; todo empezó a dar vueltas y creí que iba a desvanecerme. ¿La despertaría? ¡Ah, qué tontería! (Creo haber guardado de mi infancia puritana el odio hacia todo abandono por debilidad; de inmediato lo llamo cobardía). Me contuve, afirmándome bien, y concluí por dominar el vértigo... Me pareció estar de nuevo en el mar, mientras el ruido de las ruedas se convertía en el ruido de las olas... Pero había cesado ya de escupir.

Luego me hundí en una especie de sueño.

Cuando salí de él el cielo estaba ya lleno de alba. Marcelina continuaba durmiendo. Nos acercábamos. El género de seda que guardaba en mi mano era de color oscuro, de modo que al principio no advertí nada, pero al sacar luego mi pañuelo, vi con estupor que estaba lleno de sangre.

Mi primer pensamiento fue ocultar esa sangre a Marcelina. ¿Pero cómo? Estaba lleno de manchas; ahora veía la sangre en todas partes; sobre todo en mis dedos... ¿Y si hubiera sangrado por

la nariz? Eso es: si me interroga, le diré que he sangrado por la nariz.

Marcelina dormía. Llegamos. Le fue preciso bajar la primera, y no vio nada. Nos habían reservado las habitaciones. Pude precipitarme a la mía, lavar, hacer desaparecer la sangre. Marcelina no había visto nada.

Me sentía, sin embargo, muy débil, e hice que subieran té para los dos. Y mientras ella lo preparaba, muy tranquila, algo pálida también, sonriendo, me nació una especie de irritación porque no hubiera sabido ver nada. Me sentía injusto, es verdad, y me decía: «Si no ha visto nada, es: porque yo lo ocultaba». Pero era inútil, aquello creció en mí como un instinto, invadiéndome... Y por fin fue demasiado fuerte, no pude ya contenerme; como distraídamente, le dije:

— He escupido sangre esta noche.

No lanzó ni un grito; se fue poniendo mucho más pálida, vaciló, quiso contenerse, y cayó pesadamente al suelo.

Me lancé hacia ella con una especie de rabia. ¡Marcelina! ¡Marcelina! ¡Pero vamos, qué he hecho! ¿No bastaba con que esté yo enfermo? Ya he dicho que me hallaba muy débil: poco favor. Para evitar que a mi vez me desmayase. Abrí la puerta, llamé; acudieron.

Me acordaba que tenía en mi maleta una carta de presentación a un oficial de la ciudad; aproveché esa carta para hacer que buscaran al médico militar.

Marcelina se había recobrado, entre tanto; ahora estaba junto a mi lecho, donde temblaba yo de fiebre. Llegó el médico militar y nos examinó a ambos. Marcelina no tenía nada, según dijo, y la caída no era de consecuencia; en cuanto a mí, estaba gravemente enfermo; el médico no quiso pronunciarse, y prometió volver antes de la noche.

Volvió, sonriéndome, me habló y dispuso diversos remedios. Comprendí que me condenaba. ¿Os lo confesaré? No sentí sobresalto alguno. Estaba cansado. Me abandonaba, simplemente. «Después de todo, ¿qué me ofrecía la vida? He trabajado hasta el fin, he hecho resuelta y apasionadamente mi deber. El resto... ¡Ah! ¿Qué me importa?», pensaba, encontrando cierta hermosura en mi estoicismo. Pero me hacía sufrir la fealdad del lugar. «Esta

habitación de hotel es horrible...» y la miraba. Bruscamente pensé que al lado, en una habitación parecida, se hallaba mi mujer, Marcelina; la oí que hablaba... El médico no se había marchado; conversaba ahora con ella, esforzándose por hacerlo en voz baja. Pasó un poco de tiempo; debo haber dormido...

Cuando desperté, Marcelina estaba conmigo. Comprendí que había llorado. No quería yo tanto la vida como para tener piedad de mí mismo; pero la fealdad de aquel sitio me turbaba; casi con voluptuosidad, mis ojos descansaron en Marcelina.

Ahora, junto a mí, escribía. Me pareció bonita. La vi cerrar diversas cartas. Levantose luego, se acercó a mi lecho, tomó con ternura mi mano.

— ¿Cómo te sientes? — preguntó.

Sonreí, y dije tristemente:

— ¿Me curaré?

Y ella, inmediatamente:

— ¡Sí, curarás! — con una convicción tan apasionada, que, casi convencido, tuve como un confuso sentimiento de todo lo que la vida podría ser, de su amor por ella, la vaga visión de tan patéticas hermosuras que las lágrimas fluyeron de mis ojos y lloré largamente, sin poder ni querer contenerme.

Por qué violencia de amor pudo ella hacerme abandonar Susa; rodeado de cuántos cuidados encantadores, protegido, auxiliado, atendido... de Susa a Túnez, luego de Túnez a Constantina... Marcelina fue admirable. En Biskra yo recobraría la salud. Su confianza era perfecta; su celo no decayó un solo instante. Lo preparaba todo, dirigía las partidas, aseguraba los alojamientos. Pero no podía lograr, ¡ay! que ese viaje fuera menos atroz. Muchas veces creí que debía detenerme y terminar de una vez. Sudaba como un moribundo, me ahogaba, perdía por instantes el conocimiento. Al final del tercer día, llegué a Biskra como muerto.

II

¿PARA qué hablar de los primeros días? ¿Qué queda de

ellos? Su horrible recuerdo no tiene voz. Ignoraba yo quién era y dónde estaba. Sólo vuelvo a ver, inclinándose sobre mi lecho de agonía, a Marcelina, mi esposa, mi vida. Sé que tan sólo sus cuidados apasionados y su amor me salvaron. Un día, por fin, como un marino perdido que percibe tierra, sentí que una lumbre de vida se despertaba; pude sonreír a Marcelina. ¿Por qué contar todo eso? Lo importante era que la muerte me hubiese tocado, como se dice, con su ala. Lo importante es que el vivir se tornara para mí cosa asombrosa, y que el cielo se llenara de una luz inesperada. «Antes — pensaba — no comprendía yo que estaba viviendo». Debía hacer el palpitante descubrimiento de la vida.

Llegó el día en que pude levantarme. Me sentí enteramente seducido por nuestro hogar. Casi no era más que una terraza. ¡Qué terraza! Mi habitación y la de Marcelina daban a ella; se prolongaba sobre los techos. Yendo hasta su parte más alta, veíanse las palmeras más allá de las casas, y más allá de las palmeras, el desierto. El otro lado de la terraza tocaba los jardines de la villa; las ramas de las últimas acacias le daban sombra. Y luego flanqueaba el patio, un pequeño patio regular con seis palmeras de igual tamaño, y concluía en la escalera que la unía al patio. Mi habitación era amplia, ventilada; muros enjalbegados, y nada sobre ellos; una puertecita llevaba a la habitación de Marcelina; una gran puerta vidriada se abría sobre la terraza.

Allí fluyeron días sin horas. ¡Cuántas veces, en mi soledad, he vuelto a ver esas lentas jornadas! Marcelina está junto a mí. Lee, cose, escribe. Yo no hago nada. La miro. ¡Oh, Marcelina, Marcelina! Miro. Veo el sol: veo la sombra; veo desplazarse la línea de sombra; tengo tan poco en qué pensar, que la observo. Todavía me siento muy débil; respiro mal, todo me fatiga, incluso leer. Y luego, ¿qué leer? Bastante ocupado estoy con ser.

Una mañana, Marcelina entra riendo:

— Te traigo un amigo — me dice, y veo aparecer tras ella a un pequeño árabe de tez morena. Se llama Bashir, tiene grandes ojos silenciosos que me contemplan. Siento, más que otra cosa, alguna incomodidad; y esa incomodidad basta para fatigarme; no digo nada, parezco enojado. Ante la frialdad de mi acogida, el niño se desconcierta, se vuelve a Marcelina y, con un movimiento mimoso,

de gracia animal, se refugia contra ella, le toma la mano y la aprieta con un gesto que descubre sus brazos. Advierto que está completamente desnudo bajo su delgada gandurah blanca, bajo su albornoz remendado.

— ¡Vamos, siéntate allí! — dice Marcelina, que advierte mi turbación — .Diviértete en paz.

El pequeño se sienta en el suelo, extrae un cuchillo del capuchón de su albornoz, un trozo de djerid, y principia a tallarlo. Parece, según creo, que quiere hacer un silbato.

Al cabo de un tiempo no me siento ya incómodo por su presencia. Lo miro: parece haberse olvidado de que está ahí. Tiene los pies desnudos; sus tobillos y muñecas son encantadores. Maneja el pésimo cuchillo con una divertida destreza... ¿Voy a interesarme realmente por eso? Sus cabellos están rapados a la manera árabe; lleva una pobre sheshia con un agujero en lugar de la borla. La gandurah, algo caída, descubre su liadísimo hombro. Siento la necesidad de tocarlo. Me inclino; él se da vuelta y me sonrío. Le hago señal de que debe alcanzarme el silbato, lo tomo y finjo admirarlo mucho... Pero ahora el niño debe irse. Marcelina le da una golosina, y yo dos centavos.

Al día siguiente, y por primera vez, me aburro. Espero. ¿Qué espero? Me siento hastiado, inquieto. Por fin no puedo contenerme:

— ¿Bashir no viene esta mañana, Marcelina?

— Si quieres, voy a buscarlo.

Me deja, desciende; al cabo de un momento vuelve sola. ¿Qué ha hecho de mí la enfermedad? Estoy triste hasta las lágrimas por verla regresar sin Bashir.

— Era demasiado tarde — me dice — Los niños han salido de la escuela y se han dispersado. Los hay encantadores, sabes. Creo que ya todos me conocen.

— Por lo menos, trata de que esté aquí mañana.

Bashir volvió al otro día. Sentose como en la antevíspera, sacó su cuchillo con intención de tallar una madera demasiado dura, y tan bien lo hizo que se hundió la hoja en el pulgar. Sentí un estremecimiento de horror; él reía, mostrando el tajo brillante, y se entretuvo en ver correr su sangre. Al reír descubría dientes blanquísimos; lamió complacientemente su herida; tenía la lengua

rosada como la de un gato. ¡Ah, qué sano era! Era eso lo que me atraía en él: la salud. La salud de ese cuerpecito era hermosa.

Al día siguiente trajo bolitas. Quiso que jugara con él. Marcelina no estaba allí; me hubiera impedido hacerlo. Vacilé, mirando a Bashir; el pequeño me tomó del brazo, me puso las bolitas en la mano, obligándome. Yo me sofocaba mucho al inclinarme, pero lo mismo intenté jugar con él. El placer de Bashir me encantaba. Mas al fin no pude más. Estaba bañado en sudor. Rechacé las bolitas y me dejé caer en un sillón. Un poco turbado, Bashir me miraba.

— ¿Enfermo? — dijo gentilmente. El timbre de su voz era exquisito. Marcelina entró.

— Llévatelo — le dije — Estoy cansado esta mañana.

Horas después tuve un vómito de sangre. Ocurrió mientras andaba penosamente por la terraza. Marcelina estaba ocupada en su habitación, y por fortuna no pudo ver nada. Había yo aspirado profundamente, para aliviar la fatiga, y repentinamente se produjo. Sentí que mi boca se llenaba... Pero no era ya sangre líquida, como en ocasión de los primeros accesos, sino un enorme horrible coágulo que escupí al suelo con repugnancia.

Di algunos pasos, vacilando. Me sentía atrozmente emocionado. Temblaba. Tenía miedo; me invadía la cólera. Hasta ese momento había pensado que la curación habría de producirse paso a paso, y que sólo me quedaba esperarla. Este brutal accidente me volvía hacia atrás. Cosa extraña, los primeros vómitos no me produjeron tal efecto; ahora me acordaba de que me dejaban casi tranquilo. ¿De dónde venía entonces este miedo de ahora, este horror? Es que había comenzado, ¡ay!, a querer la vida.

Retrocedí, inclinándome, encontré mi esputo, y con aYUda de una pajuela alcé el coágulo y lo deposité en mi pañuelo. Lo miré. Era una maligna sangre casi negra, algo pegajosa y horrible... Pensé en la hermosa sangre rutilante de Bashir... Y de pronto me invadió un deseo, una ansiedad, algo todavía más furioso, más imperioso que todo lo que experimentara hasta ese momento: ¡vivir! ¡Quería vivir! Apreté los dientes, los puños, me concentré todo entero, perdidamente, desoladamente, en ese esfuerzo hacia la existencia.

La víspera había recibido una carta de T...; en respuesta a las

ansiosas preguntas de Marcelina, venía llena de consejos médicos. T..., agregaba incluso algunos folletos de vulgarización médica, y un libro especializado, que por eso mismo me pareció cosa más seria. Había yo leído negligentemente la carta, pero en modo alguno los impresos; al principio porque el parecido de aquellas hojas con los pequeños tratados morales que habían enervado mi infancia, no me predisponía en su favor; porque todos los consejos me importunaban; y luego porque no creía que esos Consejos a los tuberculosos, y Cura práctica de la tuberculosis, pudieran aplicarse a mi caso. Yo no me creía tuberculoso. De buen grado atribuía mi primera hemoptisis a una causa diferente; o, mejor dicho, no la atribuía a nada, evitaba el pensar, no pensaba en absoluto, y me consideraba, si no curado, al menos ya muy próximo a estarlo... Leí la carta; devoré el libro, los tratados. Bruscamente, con una evidencia aterradora, me di cuenta de que no me había cuidado como correspondía. Habíame dejado vivir hasta entonces, fiándome a la más vaga esperanza... Bruscamente mi vida se me reveló atacada, atacada atrozmente en su mismo centro. Un enemigo numeroso y activo vivía en mí. Lo escuché, lo espí, lo sentí. No lo vencería sin lucha... Y agregué a media voz, como para convencerme mejor: «Es una cuestión de voluntad».

Me puse en estado de guerra.

Caía la noche; yo organizaba mi estrategia. Durante un tiempo, mi único estudio debía ser el de mi curación; mi deber era mi salud; necesitaba juzgar como bueno, llamar Bien a todo lo que fuera saludable, y olvidar, rechazar aquello que no curaba. Antes de la cena, había ya tomado resoluciones en lo referente a la respiración, el ejercicio, los alimentos.

Comíamos en una especie de pequeño kiosco que la terraza envolvía por todos lados. Solos, tranquilos, lejos de todos, la intimidad de nuestras comidas era encantadora. Desde un hotel vecino, un viejo negro nos traía platos pasables. Marcelina vigilaba los menús, ordenaba un plato, rechazaba otro... De poco apetito ordinariamente, no sufría yo demasiado por los platos mal hechos ni por los menús insuficientes. Marcelina, habituada por su parte a comer poco, no sabía y no se daba cuenta de que yo no estaba lo bastante alimentado. De todas mis resoluciones, comer mucho era

la primera. Pretendía ponerla en ejecución desde esa misma noche. No pude. Teníamos no sé qué guiso incomible, y luego un asado ridículamente recocado.

Mi irritación fue tan viva que, volcándose sobre Marcelina, me hizo prorrumpir en inmoderadas palabras. La acusé; de oírme, parecía como si tuviera que sentirse responsable por la mala calidad de aquella comida. Este pequeño retardo en el régimen que había resuelto adoptar adquiriría la más alta importancia; olvidaba yo los días precedentes, y aquella comida fracasada lo estropeaba todo. Me obstiné. Marcelina debió bajar al poblado a buscar una conserva, un paté cualquiera.

Volvió muy pronto con una ollita de paté de carne que devoré casi enteramente, como para probar ante los dos cuánta necesidad tenía de comer más.

Aquella misma noche acordamos lo siguiente: las comidas serían mucho mejores, y también más frecuentes, una cada tres horas, comenzando desde las seis y media. Una abundante provisión de conservas de toda clase supliría los mediocres platos del hotel.

No pude dormir aquella noche, tanto me embriagaba el presentimiento de mis nuevas virtudes. Tenía, creo, un poco de fiebre; había a mi lado una botella de agua mineral; bebí un vaso, dos vasos; a la tercera vez, bebiendo de la misma botella, la vacié de un trago. Repasaba yo mi voluntad como se repasa una lección; educaba mi hostilidad, la dirigía hacia todas las cosas; debía luchar contra todo; sólo de mí mismo dependía mi salud.

Por fin vi palidecer la noche; asomaba el día.

Aquella había sido mi vela de armas.

El nuevo día era domingo. Hasta entonces no me había inquietado, lo confieso, por las creencias de Marcelina la indiferencia o el pudor me llevaban a creer que aquello no me concernía, y más tarde no le concedí importancia. Aquel día Marcelina fue a misa. Supe a su regreso que había rezado por mí. La miré fijamente y luego, con toda la suavidad posible, dije:

- No hay que rezar por mí, Marcelina.
- ¿Por qué? — preguntó ella, algo turbada.
- No me gustan las protecciones.

— ¿Rechazas la ayuda de Dios?

— Es que luego tendría derecho a mi reconocimiento. Eso crea obligaciones, y no quiero tenerlas.

Dábamos la impresión de estar bromeando, pero no nos engañábamos en absoluto sobre la importancia de nuestras palabras.

— Enteramente solo no podrás curarte, pobre amigo — suspiró ella. — Pues entonces, tanto peor.

Luego, advirtiendo su tristeza, agregué menos brutalmente:

— Tú me ayudarás.

III

VOY a hablar largamente de mi cuerpo. Tanto he de hablar de él, que os parecerá al principio que olvido la parte del espíritu. Mi negligencia, en este relato, es voluntaria; porque allá era real. No tenía yo fuerza bastante para mantener una doble vida. «Del espíritu y el resto — pensaba — me ocuparé más tarde, cuando esté mejor».

Aún me hallaba lejos de sentirme bien. Una nada me hacía sudar, una nada me daba frío; tenía, como dice Rousseau, «el aliento corto», y a veces un poco de fiebre; con frecuencia, desde la mañana, sufría un sentimiento de atroz lasitud, y me quedaba postrado en un sofá, indiferente a todo, egoísta, preocupándome tan sólo por respirar bien. Respiraba penosamente con método, con cuidado; mis expiraciones se hacían con dos sobresaltos que mi voluntad tensa no alcanzaba a retener completamente; aún mucho tiempo después, sólo los evitaba a fuerza de atención.

Pero lo que más me hizo sufrir fue mi enfermiza sensibilidad a todo cambio de temperatura. Cuando reflexiono hoy en día, pienso que una alteración nerviosa general se agregaba a la enfermedad; no puedo explicarme en otra forma una serie de fenómenos irreductibles, según me parece, al simple estado tuberculoso. Tenía siempre demasiado calor o demasiado frío; me abrigaba al punto con ridícula exageración, y no paraba de estremecerme sino para

sudar, mas si me descubría era para temblar nuevamente apenas cesaba el sudor. Se me helaban algunas partes del cuerpo, y a pesar de la transpiración se ponían frías al tacto como un mármol: nada podía calentarlas. Me mostraba hasta tal punto sensible al frío, que un poco de agua cayéndome sobre un pie, mientras me lavaba, era suficiente para resfriarme; y tenía igual sensibilidad al calor_ Conservé esa sensibilidad, la conservo todavía; pero sólo para gozar de ella voluptuosamente. Según que el organismo sea robusto o débil, toda sensibilidad extremadamente viva puede a mi parecer convertirse en causa de delicia o de incomodidad. Todo lo que entonces me alteraba se me ha vuelto delicioso.

No sé cómo había podido dormir hasta ese día con las ventanas cerradas; siguiendo los consejos de T_ probé abrirlas por la noche; muy poco al comienzo, pero pronto de par en par; y al punto fue un hábito, una necesidad tal que, apenas cerrada la ventana, me parecía asfixiarme. Con cuánta delicia, más adelante, sentiría entrar hasta mí el viento de las noches, el claro de luna.

Quisiera terminar pronto con el relato de estos primeros balbuceos de salud. Gracias a los cuidados constantes, el aire puro, los alimentos mejores, no tardé en mejorarme. Hasta entonces, temeroso de la fatiga de la escalera, no me había atrevido a salir de la terraza; pero descendí en los últimos días de enero, y me aventuré por el jardín.

Marcelina me acompañaba, llevando un chal. Eran las tres de la tarde. El viento, con frecuencia muy fuerte en este país, y que tanto me molestara en los últimos tres días, había cesado. La suavidad del aire era encantadora.

Jardín público... Lo cortaba una larguísima avenida, sombreada por dos hileras de esa especie de altísimas mimosas que llaman allá acacias. Una corriente de agua canalizada — quiero decir, más profunda que ancha — flanqueaba el camino; luego venían los demás canales, más pequeños, extrayendo el agua del arroyo, llevándola a través del jardín hacia las plantas; el agua pesada es de color de la tierra, color de arcilla rosa o gris. Casi ningún extranjero, algunos árabes. Se pasean, y apenas salen del sol su manto blanco toma el color de la sombra.

Un singular estremecimiento me invadió al penetrar en esta

sombra extraña; me arropé con mi chal, pero no sentía malestar alguno; al contrario... Nos sentamos en un banco. Marcelina callaba. Pasaron algunos árabes, y luego un montón de niños. Marcelina conocía a varios, y les hizo señas; entonces se aproximaron. Ella me dijo nombres; hubo preguntas, respuestas, sonrisas, mohines, juegos menudos. Todo aquello me enervaba un poco, y nuevamente sentí el malestar; estaba cansado, sudaba. Pero lo que me molestaba — ¿he de decirlo? — no eran los niños, era ella. Sí, por poco que fuese, me sentía molestó por su presencia. Si me hubiese levantado, me habría seguido: de quitarme el chal, hubiera querido llevarlo; y al ponérmelo otra vez, me habría dicho: «¿No tienes frío?». Y luego, no osaba yo hablar a los niños delante de ella; reparaba en que tenía sus protegidos; a pesar mío, pero por prejuicio, me interesaban entonces los otros. «Volvamos», le dije; y resolví interiormente regresar solo al jardín.

Al otro día, Marcelina salió alrededor de las diez; aproveché su ausencia. El pequeño Bashir, que raramente dejaba de venir por las mañanas, tomó mi chal; me sentía alerta, liviano el corazón. Estábamos casi solos en la avenida; andaba lentamente, me sentaba un instante, proseguía luego. Bashir me seguía, parlanchín, como un perro fiel y obediente. Alcancé la parte del canal adonde acuden a lavar las lavanderas; en medio de la corriente hay una piedra plana; sobre ella, acostada y con el rostro tendido hacia el agua, la mano hundida en la corriente, una niña lanzaba o atrapaba pajuelas. Sus pies desnudos se habían hundido en el agua; guardaban del baño la huella húmeda, y la piel parecía allí más oscura. Bashir se acercó para hablarle; y la niña se dio vuelta, sonriéndome, y respondió a Bashir en árabe.

— Es mi hermana — me dijo él, y me explicó que su madre vendría a lavar la ropa y que su hermanita la esperaba. Su nombre era Rhadra, que quiere decir verde en árabe. Todo esto lo decía con una voz encantadora, tan infantil como la emoción que yo experimentaba.

— Pide que le des dos centavos — agregó.

Le di diez, y me disponía a marcharme cuando llegó la madre, la lavandera. Era una mujer admirable, aplomada, de vasta frente tatuada de azul y llevaba un canasto de ropa sobre la cabeza,

semejante a las canéforas antiguas, como ellas sencillamente vestida con una larga tela azul oscuro que se ciñe en la cintura y cae de un solo golpe hasta los pies. Apenas vio a Bashir, lo apostrofó rudamente. Éste respondió con violencia; intervino la niñita, y entre los tres se produjo una discusión de las más vivas. Por fin, como vencido, Bashir me hizo comprender que su madre tenía necesidad de él esa mañana; me alcanzó tristemente mi chal, y debí marcharme solo.

No había dado veinte pasos cuando el peso del chal me pareció insoportable; bañado en sudor, me senté en el primer banco. Esperaba la aparición de algún niño que me librara de esa carga. El que vino al poco rato era un muchacho de catorce años, negro como un sudanés, nada tímido en ofrecerse voluntariamente. Se llamaba Ashur. De no haber sido tuerto me hubiera parecido hermoso. Le gustaba conversar, me enseñó de dónde venía la corriente de agua, que más allá del jardín público huía al oasis y lo atravesaba enteramente. Yo lo escuchaba, olvidando mi cansancio. Por muy exquisito que me pareciera Bashir, lo conocía ya demasiado y me sentía feliz con el cambio. Incluso me prometí bajar solo otro día al jardín para esperar sentado en un banco el azar de un encuentro afortunado.

Luego de haberme detenido aún algunos instantes, Ashur y yo llegamos a mi puerta. Deseaba invitarlo a subir, pero no me atrevía, temeroso de lo que hubiera dicho Marcelina.

La encontré en el comedor, ocupada junto a un niño pequeño, tan enfermizo y endeble que al principio sentí hacía él más repugnancia que piedad. Con algún temor me dijo Marcelina:

— El pobrecito está enfermo.

— ¿No será contagioso, al menos? ¿Qué tiene?

— Todavía no lo sé. Se queja un poco de todo. Habla muy mal el francés; cuando Bashir venga mañana le servirá de intérprete... Le estoy haciendo tomar un poco de té...

Y luego, como para excusarse y porque yo me quedaba allí sin decirle nada:

— Hace ya mucho que lo conozco — agregó — No me había atrevido aún a hacer que viniera; temía fatigarte, o acaso causarte disgusto.

— ¿Y por qué? — repuse — ¡Trae a todos los niños que quieras, si eso te entretiene!

Y pensé, irritándome un poco por no haberlo hecho, que muy bien hubiese podido invitar a subir a Ashur.

Miraba entre tanto a mi mujer; era maternal y cariñosa. Su ternura conmovía tanto que bien pronto el pequeño se marchó muy animado. Yo aludí a mi paseo, e hice comprender sin rudeza a Marcelina por qué prefería salir solo.

Mis noches, por lo común, estaban aún entrecortadas con sobresaltos que me despertaban helado o cubierto de sudor. Aquella noche fue muy buena, y casi sin despertar alguno. A la mañana siguiente me sentí dispuesto a salir desde las nueve. Hacía un hermoso tiempo; yo me encontraba bien de buen humor. El aire era calmo y tibio, pero tomé sin embargo mi chal como pretexto para trabar relación con aquel que me lo llevara. He dicho que el jardín tocaba nuestra terraza, de manera que estuve en seguida en él. Penetré extasiado en su sombra. El aire era luminoso. Las acacias, cuyas flores asoman mucho antes que las hojas, embalsamaban el ambiente a menos que de todos lados brotara esa especie de liviano olor desconocido que parecía entrar en mí por varios sentidos, y que me exaltaba. Respiré entonces con mayor naturalidad; mi marcha se hacía más ligera; me senté en el primer banco, pero más embriagado, más aturdido que cansado. Miré. La sombra era móvil y ligera; no caía sobre el suelo y parecía posarse apenas. ¡Oh! ¡Luz...! Escuché. ¿Qué oía? Nada; todo; me entretenía con cada ruido. Recuerdo un arbusto cuya corteza, de lejos, me pareció de tan extraña consistencia que tuve que levantarme para ir a palparla. La toqué como quien acaricia; hallé en ella un deleite... Me acuerdo... ¿Era ésa, por fin, la mañana en que iba yo a nacer?

Olvidado de que estaba solo, sin esperar nada, olvidaba así la hora. Me parecía haber sentido tan poco hasta ese día, por tanto pensar, que al fin me asombraba de esto: de que mi sensación se hiciera tan fuerte como un pensamiento.

Digo: me parecía... Pues de lo hondo del pasado de mi primera infancia despertaban por fin las mil claridades de mil sensaciones extraviadas. La conciencia que adquiría nuevamente de mis sentidos me permitía ese inquieto reconocimiento. Sí, despiertos

desde ahora, mis sentidos encontraban su propia historia, recomponían un pasado. ¡Vivían! ¡Vivían! No habían cesado nunca de vivir, y descubrían aún a través de mis años de estudio una vida latente y astuta.

Aquel día no me encontré con nadie, y me sentí contento; extraje de mi bolsillo un pequeño Homero que no abriera desde mi partida de Marsella, releí tres frases de la Odisea, las aprendí y luego, hallando alimento suficiente en su ritmo y deleitándome a gusto, cerré el libro y me quedé así, tembloroso, más viviente de lo que hubiera creído que se pudiese estar, adormecido el espíritu de felicidad...

IV

Marcelina, que veía con júbilo el retomo de mi salud, llevaba ya varios días hablándome de los maravillosos vergeles del oasis. Amaba el aire libre y las caminatas. La libertad que le daba mi convalecencia le permitía largos paseos de los que retornaba deslumbrada; hasta entonces no había hablado de ellos, no atreviéndose a incitarme a seguirla y temerosa de verme triste por el relato de placeres que no podría compartir. Pero ahora que yo seguía mejor, contaba con su atractivo para terminar de curarme. El gusto que volvía a encontrar andando y mirando me impulsaba a seguirla. Y desde el día siguiente salimos juntos.

Marcelina me precedió por un extraño camino, como no he visto otro en ningún país. Circula indolentemente entre dos muros de tierra bastante altos, y la forma de los jardines que esos altos muros limitan lo desvían a gusto; se encorva, o quiebra su línea; desde la entrada, una vuelta os hace perderos, ya no se sabe más de dónde se viene ni adónde se va. El agua fiel del arroyo sigue el sendero, al lado de uno de los muros; los muros están hechos con la misma tierra de la ruta, la del oasis íntegro, una arcilla rosada o gris claro, que el agua oscurece un tanto, que el sol ardiente resquebraja y endurece el calor, pero que se ablanda con el primer chaparrón y forma entonces un suelo plástico donde los pies desnudos quedan

inscritos. Por sobre los muros, palmeras. Al acercarnos, volaron las tórtolas... Marcelina me miraba.

Olvidé mi fatiga y mi molestia. Caminaba en una especie de éxtasis, de alegría silenciosa, exaltación de los sentidos y la carne. En aquel momento se alzó una ligera brisa; todas las palmas se agitaron, y vimos inclinarse las más altas... Luego el aire recobró su calma, y tras del muro escuché distintamente un canto de flauta. Había una brecha en el muro; entramos.

Era un lugar lleno de sombra y de luz, tranquilo, y que parecía como al abrigo del tiempo; lleno de silencios y estremecimientos ruido liviano del agua que fluye, riega las palmeras y corre de árbol en árbol, llamada discreta de las tórtolas, canto de flauta tocada por un niño. Cuidaba un hato de cabras; se había sentado, casi desnudo, en el tronco de una palmera caída; no se turbó al acercarnos, no huyó, apenas si un instante permaneció sin tocar.

Advertí, en ese corto silencio, que otra flauta respondía a lo lejos. Avanzamos todavía un poco.

— Es inútil seguir más allá — dijo Marcelina — Estos jardines se parecen todos, apenas si al borde del oasis se hacen un poco más grandes...

Tendió en tierra el chal.

— Descansa...

¿Cuánto tiempo nos quedamos? No lo sé ya. ¿Qué importaba la hora? Marcelina estaba junto a mí; tendido en el suelo, apoyé la cabeza en sus rodillas. El canto de la flauta manaba todavía, cesaba por instantes, renacía; el sonido del agua... Una cabra balaba por momentos. Cerré los ojos; sentí posarse en mi frente la mano fresca de Marcelina; sentí el sol ardiente tamizado con suavidad por las palmas; no pensaba en nada, ¿qué importaba el pensar? Sentía, extraordinariamente...

Y por momentos un ruido nuevo; abría los ojos: era el viento liviano en las palmas; no bajaba hasta nosotros, sólo movía las palmas más altas...

A la mañana siguiente, volví con Marcelina a ese mismo jardín; en la tarde del mismo día fui solo. El cabrero que tocaba la flauta estaba allí. Me acerqué para hablarle. Se llamaba Lassif, tenía solamente doce años, era hermoso. Me dijo el nombre de sus

cabras, me dijo que los canales se llaman seghias; me enseñó que no todos corren diariamente; el agua, sensata y parsimoniosamente repartida, satisface la sed de las plantas, luego les es al punto retirada. Al pie de cada palmera hay excavado un angosto hueco que contiene el agua para regar el árbol; un ingenioso sistema de esclusas — que el niño, haciéndolas funcionar, me explicó — dirige el agua, la lleva hacia donde la sed es demasiado grande.

Al día siguiente vi a un hermano de Lassif; era algo mayor, menos hermoso; se llamaba Lashmi. Ayudándose con esa especie de escala que hace a lo largo del fuste la cicatriz de las viejas palmas cortadas, trepó hasta lo alto de una palmera desmochada; bajó luego ágilmente, dejando ver bajo su mano flotante una dorada desnudez. Traía de lo alto del árbol, cuya cima troncharan, una pequeña calabaza de tierra; había estado suspendida allá arriba, junto a la reciente herida, para recoger la savia de la palmera con la que se hace un vino dulce que gusta mucho a los árabes. A invitación de Lashmi la probé; mas aquel sabor desvaído, áspero y pegajoso me desagradó.

En los días siguientes fui más lejos; vi otros jardines, otros pastores y otras cabras. Tal como lo dijera Marcelina, los jardines se parecían todos; y no obstante cada uno era distinto.

Marcelina me acompañaba aún a veces; pero por lo regular, apenas llegados a la entrada de los huertos, me separaba yo de ella persuadiéndola de que me sentía cansado, que deseaba sentarme, y que no debía esperarme pues le hacía falta caminar más; de manera que terminaba sin mí su paseo. Yo me quedaba junto a los niños. Muy pronto conocí a gran número de ellos; hablábamos largamente, aprendía yo sus juegos, les indicaba otros, perdía todos mis centavos al chito. Algunos me acompañaban hasta lejos (cada día alargaba yo mis caminatas), me indicaban un camino nuevo para volver, se encargaban de mi abrigo y de mi chal cuando ocasionalmente llevaba ambos. Antes de separarme de ellos les distribuía monedas; me seguían a veces, siempre jugando, hasta mi puerta; y una vez por fin, la franquearon.

Luego Marcelina trajo a otros por su parte. Traía a los colegiales, a quienes alentaba para que estudiaran; a la salida de clases, los aplicados y los buenos subían; los que invitaba yo eran

de los otros, pero los juegos los acercaban. Nos preocupamos por tener siempre prontos refrescos y golosinas. Muy pronto vinieron otros por su propia voluntad, incluso sin ser invitados. Me acuerdo de cada uno; vuelvo a verlos...

Hacia fines de enero, el tiempo se estropeó bruscamente; púsose a soplar un viento frío, y mi salud se resintió al punto. El gran espacio descubierto que separa el oasis del poblado se me hizo infranqueable, y debí contentarme nuevamente con el jardín público. Después llovió; una lluvia helada, que en el horizonte, hacia el norte, cubría de nieve las montañas.

Pasaba esos tristes días junto al fuego, mohíno, luchando rabiosamente contra la enfermedad que, con tan mal tiempo, triunfaba. Días lúgubres; no podía leer ni trabajar; el menor esfuerzo me traía incómodas transpiraciones; fijar la atención me extenuaba; y apenas dejaba de vigilar mi respiración creía ahogarme.

Los niños, durante esos tristes días, fueron para mí la única distracción posible. Debido a la lluvia, sólo entraban los más familiares; traían empapadas las ropas, y se sentaban en círculo al rededor del fuego. Pasaban largo rato sin decir nada. Yo me sentía demasiado cansado, demasiado enfermo para hacer otra cosa que mirarlos; pero la presencia de su salud me curaba. Aquellos que Marcelina escogía eran débiles, enfermizos y demasiado juiciosos; me irritaba yo contra ella y contra ellos y finalmente los despedí. A decir verdad, me daban miedo.

Una mañana tuve una curiosa revelación sobre mí mismo. Moktir, el único de los protegidos de mi mujer que no me fastidiaba (tal vez porque era bello) estaba solo conmigo en mi habitación; hasta entonces me había gustado a medias, pero su mirar brillante y sombrío me intrigaba. Una curiosidad que no alcanzaba a explicarme bien me hacía vigilar sus gestos. Me hallaba de pie junto al fuego, ambos codos sobre la repisa de la chimenea, ante un libro, y parecía absorbido aunque alcanzaba a ver reflejarse en el espejo los movimientos del niño a quien daba la espalda. Moktir no se imaginaba observado, y debía creerse sumido en la lectura. Lo vi acercarse silencioso a una mesa donde junto a una labor dejara Marcelina un par de tijerillas, apoderarse de ellas y, rápidamente, esconderlas en su albornoz. Mi corazón latió un instante con fuerza,

pero los más sensatos razonamientos no pudieron hacer culminar en mí el menor sentimiento de sublevación. Más aún, ni siquiera logré probarme que el sentimiento que entonces me invadió fuera otra cosa que alegría... Cuando hube dado a Moktir todo el tiempo necesario para que me robara bien, giré hacia él y me puse a hablarle como si nada hubiera pasado... Marcelina quería mucho a ese niño; y con todo no creo que fuese el temor de apenarla el que más tarde, en lugar de denunciar a Moktir, me llevó a imaginar no sé qué fábula que explicara la pérdida de las tijeras... A partir de ese día, Moktir se convirtió en mi preferido.

V

Nuestra estancia en Biskra no debía prolongarse por mucho tiempo. Pasadas las lluvias de febrero, el calor estalló con demasiada fuerza. Después de tantos penosos días que viviéramos bajo los chaparrones, desperté una mañana bruscamente en pleno azul. Apenas vestido, corrí a la más alta terraza. El cielo, de un horizonte a otro estaba límpido. Bajo el sol, ardiente ya, alzábanse vahos; el oasis entero humeaba; oíase gruñir a lo lejos el Oued desbordado. El aire era tan puro y hermoso que inmediatamente me sentí mejor. Marcelina vino, y quisimos salir; pero el lodo nos retuvo ese día.

Algunos días después volvimos al huerto de Lassif; los tallos parecían pesados, blandos, henchidos de agua. Aquella tierra africana cuya espera yo ignoraba, tras de estar largos días sumergida despertaba de pronto del invierno, ebria de agua, restallante de savias nuevas; reía de una primavera arrebatada, en la que sentía yo la resonancia y como el doble en mí mismo. Ashur y Moktir me acompañaron al principio; todavía saboreaba su liviana amistad que no costaba más que medio franco diario; pero pronto, cansado de ellos, no sintiéndome ya tan débil que necesitara del ejemplo de su salud, sin hallar en sus juegos el alimento necesario a mi alegría, volví hacia Marcelina la exaltación de mi espíritu y de mis sentidos. Ante la alegría que tuvo, advertí que anteriormente había

estado triste. Me excusé como un niño por haberla descuidado con frecuencia, puse a cuenta de la debilidad mi humor variable y extraño, afirmé que hasta el presente había estado demasiado cansado para amar, pero que desde entonces sentiría crecer mi amor junto con mi salud. Decía la verdad; pero sin duda estaba aún muy débil, pues hubo de pasar un mes todavía antes de que deseara a Marcelina.

Entretanto, el calor aumentaba diariamente. Nada nos retenía en Biskra, fuera de ese encantamiento que había de llamarme allá otra vez. Nuestra resolución de partir fue súbita. En tres horas estuvieron listas nuestras maletas. El tren partía a la mañana siguiente, al alba...

Me acuerdo de la última noche. La luna estaba casi llena; por la ventana abierta de par en par entraba de lleno en mi habitación. Marcelina dormía, me parece. Yo estaba acostado, pero sin poder dormir. Me sentía ardiendo con una especie de fiebre feliz, que no era otra que la vida... Me levanté, hundí en el agua mis manos y mi cara, y luego, empujando la puerta de cristales, salí.

Era tarde ya; ni un sonido, ni un hálito; el aire mismo parecía dormido. Apenas si, a lo lejos, oíase a los perros árabes que semejantes a chacales ladran durante toda la noche. Ante mí, el patiecito; la muralla, al frente, tenía una franja de sombra oblicua; las palmeras, ya sin color ni vida, parecían inmovilizadas para siempre... Pero aun en el sueño se encuentra todavía una palpitación de vida. Aquí, nada parecía dormir; todo parecía muerto. Me espanté de esa calma; y bruscamente me invadió otra vez, como para protestar, afirmarse, desolarse en el silencio, el sentimiento trágico de mi vida, tan violento, doloroso casi, y tan impetuoso que habría gritado, si hubiera podido gritar como los animales. Me tomé la mano, lo recuerdo, la mano izquierda con la mano derecha; quise alzarla hasta mi cabeza, y lo hice. ¿Por qué? Para afirmarme que vivía y encontrarlo admirable. Toqué mi frente, mis párpados. Un estremecimiento se apoderó de mí. Un día vendrá — pensé — un día vendrá en que aun para llevar hasta mis labios esa misma agua de la que tendré tanta sed, no me quedarán bastantes fuerzas... Volví a mi cuarto, pero no quise acostarme aún; deseaba fijar aquella noche, imponer su recuerdo a mi pensamiento, retenerla;

indeciso sobre lo que haría, tomé un libro de mi mesa — la Biblia — y lo dejé abrirse al azar; inclinado sobre la claridad de la luna alcanzaba a leer; leí estas palabras de Cristo a Pedro, estas palabras que ya no debía, ¡ay! Olvidar más: «Ahora te ciñes tú mismo y vas adonde quieres ir; pero cuando seas viejo, extenderás las manos...». Extenderás las manos...

Por la mañana, al alba, partimos.

VI

No hablaré de cada una de las etapas del viaje. Algunas sólo han dejado un recuerdo confuso; mi salud, tan pronto mejor como peor, trastabillaba aún ante el viento frío, se inquietaba por la sombra de una nube, y mi estado nervioso me traía frecuentes trastornos; pero al menos mis pulmones se iban curando. Cada recaída era menos larga y seria; el ataque seguía siendo igualmente vivo, pero mi cuerpo se iba armando mejor contra él.

De Túnez habíamos seguido a Malta y luego a Siracusa; volvía a la clásica tierra cuyo lenguaje y pasado me eran conocidos. Desde el comienzo de mi mal había yo vivido sin examen, sin ley, aplicándome simplemente a vivir, como lo hacen el animal y el niño. Menos absorbido ahora por el mal, mi vida volvía a ser cierta y consciente. Tras aquella larga agonía, había creído renacer el mismo de antes, y agregar bien pronto mi presente al pasado; en plena novedad de una tierra desconocida podía engañarme en tal forma; aquí, ya no. Todo me enseñaba lo que aún me sorprendía: que yo había cambiado.

Cuando quise, en Siracusa y más adelante, reanudar mis estudios, hundirme otra vez como antaño en el examen minucioso del pasado, descubrí que algo había, si no suprimido, por lo menos modificado el deseo: era el sentimiento del presente. La historia del pasado adquiría ahora a mis ojos esa inmovilidad, esa fijeza aterradora de las sombras nocturnas en el patiecito de Biskra, la inmovilidad de la muerte. Anteriormente me complacía en esa fijeza, que facultaba la precisión de mi espíritu; todos los hechos de la

historia se me aparecían como las piezas de un museo, o aún mejor, las plantas de un herbario, cuya sequedad definitiva me ayudaba a olvidar que un día, ricas de savia, habían vivido bajo el sol. Ahora, si aún podía encontrar agrado en la historia, era imaginándola en presente. Los grandes hechos políticos debían, pues, conmoverme menos que la emoción renaciente en mí de los poetas, o de ciertos hombres de acción. En Siracusa releí a Teócrito, e imaginé que sus pastores de bello nombre eran los mismos que había yo amado en Biskra.

Despertándose a cada paso, mi erudición me molestaba, trabando mi dicha. No podía ver un teatro griego, un templo, sin reconstruirlo al punto abstractamente. Ante cada fiesta antigua, la ruina que quedaba en su sitio me traía la desolación de saberla muerta; y yo tenía horror a la muerte.

Llegué a huir de las ruinas, prefiriendo a los más hermosos monumentos del pasado esos jardines bajos que llaman latomías, donde los limones tienen la ácida dulzura de las naranjas, y las orillas del Ciana, que, entre los papiros, corre aún tan azul como el día en que fluyera para llorar a Proserpina.

Llegué a despreciar en mí esa ciencia que constituía antes mi orgullo; esos estudios, que eran mi vida entera, no parecían tener más que una relación enteramente accidental y convencional conmigo. Me descubría otro, y existía, ¡oh júbilo!, por fuera de aquéllos. Como especialista, me vi estúpido. Como hombre, ¿me conocía? Estaba naciendo, apenas, y no podía saber como quién nacía. Tal era lo que me faltaba aprender.

Nada más trágico, para quien creyera morir, que una lenta convalecencia. Después que el ala de la muerte ha tocado, aquello que parecía importante no lo es ya; mas sí otras cosas que no parecían importantes o cuya existencia misma se desconocía. El amontonamiento sobre nuestro espíritu de todos los conocimientos adquiridos se descostra como una capa de afeite, y en algunos sitios deja ver al desnudo la carne misma, el ser auténtico que se ocultaba.

Desde entonces fue a aquél a quien pretendí descubrir: el ser auténtico, el «hombre viejo» a quien el Evangelio no quería ya más; aquel a quien todo en torno mío, libros, maestros, padres y yo

mismo habíamos tratado de suprimir en un comienzo. Ahora se me aparecía, por obra de ese peso acumulado, más borroso y difícil de descubrir, pero por ello mismo tanto más útil y valioso al descubrirlo. Desprecié desde entonces a ese otro ser secundario, aprendido, que la instrucción había dibujado por encima. Era preciso librarse de ese acumulado peso.

Y me comparé a los palimpsestos; saboreaba la alegría del sabio que, bajo escrituras más recientes, descubre en el mismo papel un texto muy antiguo, infinitamente más precioso. ¿Cuál era ese texto oculto? Para leerlo, ¿no habría primero que borrar los textos recientes?

Y tampoco era yo ahora el ser enfermizo y estudioso a quien mi moral precedente, en un todo rígida y restrictiva, se adecuaba. Había aquí más que una convalecencia; había un aumento, una recrudescencia de vida, el aflujo de una sangre más rica y más cálida que debía tocar mis pensamientos, tocarlos uno a uno, penetrarlo todo, emocionar, colorear las más lejanas, delicadas y secretas fibras de mi ser. Pues, sea robustez o debilidad, uno se hace a ello: según las fuerzas de que dispone, el ser se organiza; pero apenas aumentan, apenas permiten poder más, y Todos estos pensamientos no los tenía yo entonces, y este retrato que hago me falsea. A decir verdad, no pensaba, no me examinaba; una fatalidad feliz me conducía. Mi temor era que una mirada en exceso prematura viniese a alterar el misterio de mi lenta transformación. Había que dar tiempo para que reaparecieran los caracteres borrados, y no tratar de formarlos. Dejando, pues, mi corazón en barbecho, ya que no en abandono, me libré voluptuosamente a mí mismo, a las cosas, al todo, que me pareció divino. Habíamos salido de Siracusa, y yo corría por la escarpada ruta que une Taormina con La Mole, gritando para despertarlo en mí: «¡Un nuevo ser! ¡Un nuevo ser!».

Mi solo esfuerzo, esfuerzo constante entonces, era el de rechazar o suprimir sistemáticamente todo aquello que creía deber a mi instrucción pasada y a mi primera moral. Por resuelto desdén hacia mi ciencia, por desprecio hacia mis gustos de erudito, rehusé ver Agrigento, y pocos días más tarde, sobre el camino que conduce a Nápoles, no me detuve ni un instante junto al hermoso templo de

Pcestum, donde Grecia respira todavía, y al cual habría de ir, dos años más tarde, para suplicar a no sé qué dios.

¿Por qué hablar de un solo esfuerzo? ¿Cómo interesarme en mí mismo sino como en un ser perfectible? Jamás mi voluntad había estado más exaltada que ahora para tender hacia esa perfección desconocida que imaginaba confusamente; empleaba esta entera voluntad en fortificar mi cuerpo, en broncearlo. Cerca de Salerno, alejándonos de la costa, habíamos ganado Ravello. Allí el aire más vivo, la atracción de las rocas llenas de escondites y sorpresas, la profundidad desconocida de los valles, ayudaron mi fuerza, mi júbilo, y favorecieron mi impulso.

Más próximo al cielo que alejada de la costa, sobre una abrupta altura, Ravello enfrenta la lejana y lisa ribera de Pcestum. Bajo la dominación normanda había sido una ciudad casi importante: ahora sólo queda como un estrecho poblado, donde, según creo, éramos los únicos extranjeros. Una antigua casa religiosa transformada en hotel nos albergó; alzada en la extremidad de la roca, sus terrazas y su jardín parecían suspendidos en el azur. Al principio, más allá del muro cargado de pámpanos sólo se veía el mar; preciso era acercarse al muro para seguir la pendiente cultivada, que, más por escaleras que senderos, une a Ravello con la ribera. Por encima de Ravello la montaña continúa. Olivos, enormes algarrobos; a su sombra, ciclámenes; más arriba, castaños en gran número, un aire fresco, plantas del norte; más abajo, limoneros próximos al mar. Están alineados en pequeños cultivos a causa de la pendiente del suelo; son jardines en escalinata, casi iguales uno a otro; un estrecho camino en el centro los atraviesa de lado a lado; se entra en ellos sin ruido, como un ladrón. Se sueña, bajo esa sombra verde; el follaje es espeso, pesado; ni un solo rayo de luz penetra francamente; como gotas de espesa cera cuelgan los limones, perfumados; en la sombra son blancos y verdosos; están al alcance de la mano, de la sed; son dulces, acres; refrescan.

La sombra era tan densa bajo ellos, que no osaba yo detenerme después de la marcha que aún me hacía transpirar. Sin embargo, los peldaños ya no me extenuaban; me ejercitaba en franquearlos con la boca cerrada; espaciaba cada vez más mis altos; me decía: «Iré hasta allá sin desfallecer». Luego, llegado a la meta, y hallando

la recompensa en mi orgullo satisfecho, respiraba profundamente, potentemente, y de manera tal que me parecía sentir el aire penetrando más eficazmente en mi pecho. Ponía en todos estos cuidados del cuerpo mi asiduidad de antaño. Progresaba.

A veces me sorprendía que mi salud retornara tan pronto. Llegué a creer que había exagerado en un comienzo la gravedad de mi mal; a dudar de que hubiese estado muy enfermo, a reírme de mis vómitos de sangre, a lamentar que mi curación no hubiese sido más ardua.

Al principio me había cuidado muy tontamente, ignorando las necesidades de mi cuerpo. Hice el paciente estudio y me volví, en cuanto a la prudencia y a los cuidados, de un tan constante ingenio que me divertía como en un juego. Lo que aún me atormentaba era mi enfermiza sensibilidad al menor cambio de temperatura. Ahora que mis pulmones estaban curados, atribuía esta hiperestesia a mi debilidad nerviosa, saldo de la enfermedad. Resolví vencerla. La visión de hermosas pieles atezadas y como penetradas de sol, que al trabajar en los campos mostraban bajo sus abiertas ropas algunos campesinos despechugados, me incitaba a dejarme quemar del mismo modo. Una mañana, luego de desnudarme, me examiné; la vista de mis brazos demasiado flacos, de mis hombros que los más grandes esfuerzos no alcanzaban a echar lo bastante atrás, pero sobre todo la blancura o, mejor, la decoloración de mi piel, me llenaron de vergüenza y de lágrimas. Volví a vestirme rápidamente, y en lugar de descender hacia Amalfi, como tenía costumbre, me encaminé hacia los roquedales cubiertos de hierba rasa y de musgo, alejados de las casas, alejados de los caminos, donde no podía ser visto. Llegado a ellos, me desnudé lentamente. El aire era vivo, pero el sol ardía. Ofrecí mi entero cuerpo a su llama. Me senté, me tendí, me di vuelta. Sentía debajo de mí el duro suelo; la agitación de las hierbas me rozaba. Aunque al abrigo del viento, me estremecía y palpitaba a cada soplo. Muy pronto me envolvió un escozor delicioso; todo mi ser afluía hacia mi piel.

Nos quedamos quince días en Ravello; todas las mañanas volvía a los roquedales para hacer mi cura. Bien pronto el exceso de ropas con que aún me cubría se tornó molesto y superfino; mi epidermis tonificada cesó de transpirar incesantemente, y supo

protegerse con su propio calor.

La mañana de uno de esos últimos días (estábamos a mediados de abril) me atreví a más. En una anfractuosidad de las rocas de que hablo manaba una clara fuente. Caía allí mismo en cascada, muy poco abundante, en verdad, pero había ahondado bajo la cascada una cuenca más profunda donde el agua purísima se depositaba. Tres veces había llegado a ella, inclinándome, tendido sobre el borde, lleno de sed y de deseos; había contemplado largamente el fondo de roca pulida, donde no se descubría una sola mancha, una sola hierba, y donde el sol, al penetrar, vibraba y se irisaba. Al cuarto día avancé ya resuelto hasta el agua, más límpida que nunca, y sin reflexionar más me sumergí en ella de un salto. Pronto transido, abandoné el agua para tenderme sobre la hierba y al sol. Allí crecían fragantes las mentas; corté sus hojas, arrugándolas, y froté con ellas mi cuerpo húmedo pero ardiente. Me miré largo tiempo, ya sin ninguna vergüenza, con alegría. Me encontré, si no robusto todavía, capaz de llegar a serlo: armonioso, sensual, casi bello.

VII

A.Sí es como me contentaba, por toda acción y todo trabajo, con ejercicios físicos

que, ciertamente, entrañaban un cambio en mi moral, pero que sólo me parecían ya un entrenamiento, un medio, y no me satisfacían por sí mismos.

Otro acto, sin embargo, que quizá os parezca ridículo pero que narraré pues precisa puerilmente la necesidad que me atormentaba de manifestar en lo exterior el íntimo cambio de mi ser: en Amalfi me hice rasurar.

Hasta ese día había usado toda la barba, con los cabellos casi al ras. No se me ocurría que lo mismo hubiera podido usar un peinado distinto. Y bruscamente, el día en que por primera vez me alcé desnudo sobre las rocas, aquella barba me molestó; era como una última vestimenta de la que no podía despojarme; la sentía

como postiza; estaba cuidadosamente cortada, no en punta sino en forma cuadrada que me pareció al punto desagradable y ridícula. De vuelta en la habitación del hotel, me miré al espejo y me desagradé a mí mismo; tenía el aire de lo que fuera hasta entonces: un archivista. Apenas concluido el almuerzo bajé a Amalfi, tomada mi resolución. La ciudad es pequeña; debí contentarme con una vulgar barbería sobre la plaza. Era día de mercado; el local estaba lleno; tuve que esperar interminablemente, pero nada, ni las navajas dudosas, la brocha amarilla, el olor, las frases del barbero, pudieron hacerme retroceder. Al sentir caer mi barba bajo las tijeras, fue como si me quitara una máscara. ¡No importa! Y después, cuando pude mirarme, la emoción que me invadió y que reprimí lo mejor posible no era alegría sino miedo. No discuto este sentimiento; lo constato. Encontré mis facciones aceptablemente hermosas... No, el miedo estaba en imaginar que mi pensamiento se veía al desnudo, y también que, súbitamente, me parecía temible.

Por el contrario, dejé crecer mis cabellos.

He ahí todo lo que mi nuevo ser, todavía sin ocupación, encontraba como tarea. Pensaba yo que de él nacerían actos asombrosos para mí mismo, pero más tarde. «Más tarde — me decía — cuando el ser esté mejor formado». En la obligación de vivir esperando, conservé al igual que Descartes una manera provisoria de actuar. Marcelina pudo así engañarse. El cambio de mi mirada, y sobre todo la nueva expresión de mis facciones el día en que aparecí sin barba, la hubieran quizá inquietado, pero me amaba ya demasiado para verme bien; más tarde la tranquilicé lo mejor que pude. Era importante que Marcelina no turbara mi renacimiento; para sustraerlo a sus muradas, debía disimular.

Además, aquel a quien Marcelina amaba, aquel con quien se había casado, no era mi «nuevo ser». Yo me lo repetía para incitarme a ocultarlo. Así es que no le entregué de mí más que una imagen que, por constante y fiel al pasado, se tornaba más falsa de día en día.

Mis relaciones con Marcelina prosiguieron siendo las mismas, aunque diariamente exaltadas por un siempre creciente amor. Mi propio disimulo (si así puede llamarse a la necesidad de preservar mi pensamiento de su juicio) aumentaba ese amor. Quiero decir que

tal juego me obligaba a ocuparme sin cesar de Marcelina. Quizá esta sujeción a la mentira me costó algo al principio; pero pronto llegué a comprender que las cosas consideradas peores (la mentira, por no citar más que una) sólo son difíciles de hacer cuando no se las ha hecho nunca, pero que muy pronto se tornan fáciles, agradables, gratas de repetir, y en poco tiempo como naturales. Así, como en toda cosa frente a la cual una primera repugnancia es vencida, terminé por hallar placer en este mismo disimulo, y demorarme en él tanto como en el juego de mis facultades desconocidas. Avanzaba diariamente, sumido en una vida más rica y más plena, hacia una felicidad más sabrosa.

VIII

El camino de Ravello a Sorrento es tan hermoso que aquella mañana no deseaba yo ver nada más bello sobre la tierra. La caliente aspereza de la roca, la abundancia del aire, los olores, la limpidez, todo me llenaba del encanto adorable de vivir y me bastaba al punto que sólo una liviana alegría parecía habitar en mí; callaban recuerdos o nostalgias, esperanzas o deseos, porvenir y pasado; yo no sabía de la vida sino aquello que traía y se llevaba el instante.

— ¡Oh alegría física! — grité — ¡Ritmo seguro de mis músculos! ¡Salud...!

Había partido temprano en la mañana, precediendo a Marcelina cuya alegría demasiado serena hubiese atemperado la mía, tal como su paso me obligaba a retardar mi paso. Quedamos en que me alcanzaría en coche, para almorzar juntos en Positano.

Acercábame ya a Positano cuando un ruido de ruedas, haciendo el bajo a un extraño canto, me obligó a volverme de improviso. Al comienzo no pude ver nada a causa de una curva del camino que bordea en ese punto el acantilado; luego, bruscamente, asomó un coche en desordenada carrera: era el carruaje de Marcelina. El cochero cantaba a gritos, hacía grandes gestos, se paraba en el pescante y azotaba ferozmente al espantado caballo.

¡Qué bruto! Pasó ante mí, dándome apenas tiempo de hacerme a un lado, y no se detuvo a mi llamada... Me lancé corriendo, pero el coche andaba demasiado rápido. Temblaba yo a la vez de ver saltar bruscamente a Marcelina o de que se quedara; un corcovo del caballo podía precipitarla al mar... De pronto el animal cayó. Marcelina, que bajaba, quería huir; pero ya estaba yo junto a ella. Tan pronto como llegué, el cochero me recibió con horribles juramentos. Yo estaba furioso contra el hombre; a su primer insulto me precipité sobre él y lo arranqué brutalmente del pescante. Rodamos juntos por tierra, pero no perdí mi ventaja; parecía aturdido por la caída, y bien pronto lo estuvo más con el puñetazo que le planté en plena cara cuando vi que quería morderme. Entretanto no lo soltaba, metiéndole la rodilla en el pecho y buscando dominar sus brazos. Miré esa cara espantosa que mi puño acababa de afear aún más; escupía, babeaba, sangraba, juraba, ¡ah, qué ser horrible! Realmente, estrangularlo parecía legítimo... y tal vez lo hubiese yo hecho, o por lo menos me sentí capaz de hacerlo; creo que sólo la idea de la policía me detuvo.

No sin trabajo, conseguí atar sólidamente al enfurecido individuo. Como un saco lo arrojé dentro del coche.

¡Ah, qué miradas y qué besos cambiamos entonces con Marcelina! El peligro no había sido grande; pero ante él me vi precisado a mostrar mi fuerza para protegerla. En ese momento me pareció que podría yo dar mi vida por ella... y darla con alegría... El caballo se había levantado. Dejando al borracho en el fondo del coche, subimos al pescante y, guiando lo mejor posible, pudimos llegar a Positano y más tarde a Sorrento.

Esa misma noche poseí a Marcelina.

¿Habéis comprendido bien o debo deciros otra vez que era yo como nuevo para las cosas del amor? Tal vez a esa novedad debió su gracia nuestra noche de bodas... Pues me parece, cuando la recuerdo hoy en día, que aquella primera noche fue la única, tanto agregaban la espera y la sorpresa del amor a la voluptuosidad de la delicia... Tanto basta una sola noche para que el más grande amor se exprese, y tanto se obstina mi recuerdo en recordármela únicamente. Fue el reír de un momento, en el que nuestras almas se confundieron... Pero creo que hay un punto en el amor, único,

que más tarde, ¡ah!, busca el alma en vano trascender; que el esfuerzo para resucitar su felicidad la gasta; que nada impide tanto la felicidad como el recuerdo de la felicidad. ¡Ah! Me acuerdo de esa noche...

Nuestro hotel estaba fuera de la ciudad, rodeado de jardines, de huertos; un amplio balcón prolongaba nuestro cuarto; las ramas lo rozaban. El alba entró libremente por la ventana abierta de par en par. Me levanté suavemente, para inclinarme con ternura sobre Marcelina. Dormía; parecía sonreír durmiendo. Me pareció, siendo más fuerte, que la sentía más delicada, y que su gracia era fragilidad. Tumultuosos pensamientos vinieron en torbellino a mi mente. Pensé que Marcelina no mentía al decir que yo era todo para ella. Y de inmediato: «¿Qué hago entonces por su alegría? La abandono casi todo el día, y diariamente; lo espera todo de mí, y yo la descuido... ¡Ah, pobre, pobre Marcelina...!». Las lágrimas llenaron mis ojos. En vano buscaba excusa en mi pasada debilidad; ¿acaso necesitaba ahora cuidados constantes y egoísmo? ¿No era en este momento más fuerte que ella?

La sonrisa había abandonado sus mejillas; la aurora, bien que dorara cada rosa, me la hizo ver repentinamente triste y pálida; y quizá la cercanía matinal me inclinaba a la angustia. «¿Tendré que cuidarte algún día a mi vez, tendré que inquietarme por ti, Marcelina?», grité dentro de mí. Me estremecí; transido de amor, de piedad, de ternura, posé suavemente entre sus ojos cerrados el más tierno, el más enamorado y el más piadoso de los besos.

IX

Los días que vivimos en Sorrento fueron sonrientes y muy tranquilos. ¿Había yo gustado jamás semejante reposo, semejante dicha? ¿Volvería a gustarlos más adelante? Permanecía sin cesar junto a Marcelina; al ocuparme menos de mí, me dedicaba más a ella y encontraba en hablarle el contento que días antes tenía en callar.

Al comienzo pudo asombrarme advertir que nuestra vida errante, en la que pretendía yo encontrar plena satisfacción, no le agradaba sino como un estado provisorio; pero de inmediato se me apareció la ociosidad de esa vida; acepté que debiera tener un plazo dado, y por primera vez, al renacer en mí un deseo de trabajo desde

la falta misma de ocupación en que me dejaba mi restablecida salud, hablé seriamente del retorno; ante la alegría que demostró Marcelina, comprendí que venía pensando en ello desde hacía mucho tiempo.

Con todo, los trabajos históricos que nuevamente imaginaba no tenían ya para mí el mismo sabor. Os lo he dicho: desde mi enfermedad, el conocimiento abstracto y neutro del pasado me parecía vano, y si antaño había podido ocuparme de búsquedas filológicas, preocupándome por ejemplo en precisar la parte de la influencia de los godos en la deformación de la lengua latina, y descuidando, desconociendo las figuras de Teodorico, de Casiodoro, de Amalasunta y sus pasiones admirables, para exaltarme solamente ante los signos y el residuo de su vidas, ahora me ocurría que estos mismos signos y la entera filología no me parecían más que un medio para penetrar mejor en ese mundo cuya salvaje magnitud y nobleza se me revelaban. Resolví ocuparme más de esta época, limitarme por un tiempo a los últimos años del imperio de los godos, y aprovechar para ello nuestro próximo pasaje por Ravena, teatro de su agonía.

Empero — ¿lo confesaré? — la figura del joven rey Atalarico me atraía más que cualquier otra. Imaginaba a aquel niño de quince años, sordamente excitado por los godos, rebelándose contra su madre Amalasunta, alzándose contra su educación latina, para rechazar la cultura como un potro rechaza los arneses que le molestan; así, prefiriendo la compañía de godos incivilizados a la del demasiado prudente y viejo Casiodoro, gozaría durante algunos años, con rudos favoritos de su edad, una vida violenta, voluptuosa y desenfrenada, para morir a los dieciocho años enteramente depravado, borracho de libertinaje. Encontraba, en aquel trágico impulso hacia un estado más salvaje e intacto, algo de lo que Marcelina llamaba sonriendo «mi crisis». Buscaba un contento al cual aplicar por lo menos mi espíritu, puesto que no ocupaba ya mi cuerpo; e intentaba persuadirme de que debía extraer una lección de la muerte aterradora de Atalarico.

Antes de Ravena, donde nos quedaríamos quince días, pensábamos ver rápidamente Roma y Florencia, y luego, dejando Venecia y Verona, apresurar el fin del viaje para no detenernos ya

hasta París. Encontraba un placer enteramente nuevo en hablar del porvenir con Marcelina; seguíamos aún indecisos acerca del empleo del verano; cansados ambos de los viajes, ansiábamos no volver a salir; yo quería la más grande tranquilidad para mis estudios, y pensamos entonces en una propiedad mía situada entre Lisieux y Pont-L'Eveque, en la más verde Normandía, propiedad que poseyera antaño mi madre y en la cual había pasado algunos veranos de mi infancia, bien que después de su muerte no volviera a visitarla. Mi padre había confiado su vigilancia y cuidado a un mayordomo, ya anciano, que cobraba en su nombre y nos enviaba luego regularmente los arrendamientos. Una casa grande y agradable, en un jardín surcado de aguas corrientes, me había dejado recuerdos llenos de encanto. Se llamaba La Moriniere; me pareció que sería bueno quedarnos allí.

En cuanto al invierno siguiente, hablé de pasarlo en Roma, esta vez como trabajador, no ya como viajero. Pero pronto se desmoronó el proyecto; en el importante correo que desde tiempo atrás nos aguardaba en Nápoles, una carta me informó súbitamente que en el Colegio de Francia había quedado vacante una cátedra, y que mi nombre era pronunciado frecuentemente a su respecto; no pasaba de una suplencia, pero precisamente por eso me dejaría una mayor libertad en el porvenir. El amigo que enviaba estos informes me indicaba, en caso de aceptación, algunas simples gestiones que cumplir, e insistía encarecidamente en que aceptara. Vacilé, viendo antes que todo una esclavitud; pensé luego que podía ser interesante exponer en un curso, mis trabajos sobre Casiodoro... Me decidió, al fin de cuentas, el placer que iba a dar a Marcelina. Apenas tomada mi decisión, no vi de ella más que la ventaja.

En el mundo científico de Roma y Florencia, mi padre había mantenido diversas relaciones con las cuales yo mismo entrara en correspondencia. Ellas me proporcionaban todos los medios para hacer las investigaciones que quisiera, en Ravena y otras partes; ahora no pensaba más que en el trabajo, y Marcelina se ingeniaba para estimularlo con mil encantadores cuidados y atenciones.

Durante este final de viaje nuestra dicha fue tan igual, tan serena, que nada puedo contar de ella. Las más hermosas obras de los hombres son obstinadamente dolorosas. ¿Qué sería el relato de

la felicidad? Sólo se cuenta aquello que la prepara, luego aquello que la destruye... Y ahora os he dicho ya cuanto la había preparado.

SEGUNDA PARTE

I

Llegamos a La Moriniere en los primeros días de julio, sin detenernos en París más que el tiempo estrictamente necesario para aprovisionarnos y hacer unas pocas visitas.

La Moriniere, ya os lo he dicho, está situada entre Lisieux y Pont-L'Eveque, en la región más umbría, más húmeda que conozco. Múltiples ondulaciones, angostas y blandamente curvadas, concluyen no lejos del amplio valle del Auge, que se allana de un golpe hasta el mar. No hay horizonte; bosques llenos de misterio; algunos campos, pero sobre todo prados, dehesas de blando declive, donde la espesa hierba es segada dos veces al año, donde abundantes manzanos unen su sombra cuando el sol está bajo, donde pastan majadas en libertad; en cada hueco el agua, estanque, charca o arroyo, y su murmullo escuchándose continuamente.

¡Ah, cuán bien reconocí la casa! Sus techos azules, sus paredes de ladrillo y piedra, sus fosos, los reflejos en las durmientes aguas. Era una vieja casa donde hubiesen podido alojarse más de doce personas; Marcelina, tres sirvientes, y yo mismo ayudando algunas veces, alcanzábamos apenas a animar una parte. Nuestro viejo guarda, llamado Bocage, había mandado preparar lo mejor posible algunas habitaciones; los viejos muebles despertaron de su sueño de veinte años; todo había quedado tal como mi recuerdo lo veía, los artesonados no del todo destruidos, las habitaciones fácilmente habitables. Para recibirnos mejor, Bocage hizo llenar de flores todos los jarrones de que pudo disponer. Había mandado escardar y rastrillar el gran patio y los caminos más próximos del parque. Cuando llegamos, la casa recibía el último rayo del sol, y del

valle frente a ella se alzaba una bruma inmóvil que velaba y revelaba el arroyo. Desde antes de llegar reconocí súbitamente el olor de la hierba; y cuando nuevamente oí girar en torno de la casa los gritos agudos de las golondrinas, todo el pasado se alzó de pronto como si me esperara y, al reconocirme, quisiera cerrarse a mi paso.

Al cabo de algunos días, la casa quedó pasablemente confortable; yo hubiera podido empezar a trabajar, pero me demoraba, oyendo aún en mí despertar minuciosamente el pasado; y luego porque una emoción demasiado nueva me poseía: una semana después de nuestro arribo, Marcelina me confió que estaba encinta.

Me pareció entonces como si le debiera nuevos cuidados, como si tuviera ella derecho a una mayor ternura; al menos, en los primeros tiempos que siguieron a su confidencia, pasé a su lado casi todas las horas del día. Íbamos a sentarnos junto al bosque, en el banco donde antaño me sentara con mi madre; allí, cada instante se nos presentaba más voluptuosamente, y más insensible fluía la hora. Si ningún recuerdo preciso se destaca de esta época de mi vida, no es porque le esté menos agradecido, sino antes bien porque todo se mezclaba, se fundía en un bienestar uniforme, donde la noche se unía a la mañana sin brusquedad, donde los días se enlazaban sin sorpresa a los días.

Reanudé lentamente mi trabajo, con el espíritu tranquilo, dispuesto, seguro de su fuerza, mirando el futuro con confianza y sin fiebre, la voluntad como suavizada, como escuchando el consejo de aquella atemperada tierra.

«No me cabe duda — me decía — que el ejemplo de esta tierra donde todo se apresta al fruto, a la útil cosecha, debe tener sobre mí la más excelente influencia». Admiraba cuán tranquilo porvenir prometían esos robustos bueyes, esas vacas henchidas en las opulentas praderas. Los manzanos plantados en orden sobre las pendientes favorables de las colinas, anunciaban ese verano soberbias cosechas; soñaba yo con la rica carga de frutos que bien pronto habría de curvar sus ramas. En aquella ordenada abundancia, esa servidumbre jubilosa, esos sonrientes cultivos, manifestábase una armonía no ya fortuita sino dirigida, un ritmo, una

belleza a la vez humana y natural, donde no se sabía qué admirar más, tanto se confundían en un perfecto entendimiento el estallar fecundo de la naturaleza libre con el sabio esfuerzo del hombre por reglarla. «¿Qué sería de ese esfuerzo — pensaba — sin el salvaje poder al que domina? ¿Y qué sería el salvaje impulso de esta savia desbordante sin el inteligente esfuerzo que la encauza y la lleva riendo a la opulencia?». Y me ponía a soñar con tierras donde las fuerzas estuvieran tan bien regladas, los gastos tan compensados, que la menor merma quedara en descubierto; luego, aplicando a la vida mi sueño, me construía una ética que se transformaba en una ciencia de la perfecta utilización de sí mismo por una inteligente sujeción.

¿Dónde se hundían, dónde se ocultaban ahora mis turbulencias de la víspera? Me parecía, tan tranquilo estaba, que jamás habían existido. La ola de mi amor las había cubierto...

Entretanto, en torno nuestro, el viejo Bocage exhibía su celo dirigiendo, vigilando, aconsejando; se advertía en exceso su necesidad de creerse indispensable. Para no parecer descortés, hube de examinar sus cuentas, escuchar en detalle sus infinitas explicaciones. Pero ni siquiera eso le bastaba; tuve que acompañarlo a ver las tierras. Su sentenciosa probidad, sus continuos discursos, la evidente satisfacción de sí mismo, la muestra que hacía de su honestidad, me exasperaron al cabo de poco tiempo; se me volvía más y más insistente, y todos los medios me hubieran parecido buenos a fin de reconquistar mi tranquilidad... cuando un acontecimiento inesperado vino a dar un carácter distinto a mis relaciones con él. Cierta noche, Bocage me anunció que esperaba a la mañana siguiente la llegada de su hijo Carlos.

— ¡Ah! — dije, casi indiferente, ya que hasta entonces no me había preocupado gran cosa por los hijos que pudiera tener Bocage; mas luego, advirtiéndome que mi indiferencia lo hería, y que aguardaba de mí alguna señal de interés y de sorpresa — ¿Pero dónde ha estado hasta ahora? — pregunté.

— En una granja modelo, cerca de Alençon — repuso Bocage.

— Ya debe tener bien sus... — continué, imaginando la edad de ese hijo cuya existencia ignorara hasta ahora, y hablando con suficiente lentitud para que él pudiera interrumpirme.

— Diecisiete años pasados — dijo Bocage — Apenas había cumplido los cuatro años cuando falleció su señora madre de usted. ¡Ah, es todo un muchacho ahora! Pronto sabrá más que su padre.

Y Bocage, una vez lanzado, era imposible de contener, por muy visiblemente que dejara yo asomar mi cansancio.

Al día siguiente no pensaba ya en eso cuando Carlos, apenas llegado por la tarde, vino a presentar sus respetos a Marcelina y a mí. Era un lindo muchacho, tan lleno de salud, tan aplomado, tan bien hecho, que la horrible vestimenta de ciudad que se pusiera en honor nuestro no alcanzaba a dejarlo demasiado en ridículo; apenas si la timidez agregaba algo a su bello rubor natural. Parecía no tener más de quince años, tan infantil era aún el color de su mirada: se expresaba muy claramente, sin falsa vergüenza; al contrario de su padre, no hablaba para no decir nada. Ignoro ya qué frases cambiamos esa primera noche; ocupado en mirarlo, no hallaba nada que decirle y dejaba a Marcelina que le hablase. Pero al día siguiente y por primera vez no esperé a que el viejo Bocage viniera a buscarme para ir a caballo hasta la granja, donde sabía que estaban iniciando los trabajos.

Se trataba de reparar una laguna. Esta laguna, grande como un estanque, perdía agua; se conocía el lugar de la pérdida, y era necesario cimentarlo. Para ello importaba ante todo vaciar la laguna, cosa que no se había hecho en quince años. Abundaban las carpas y tencas, algunas de ellas enormes, que no salían de las aguas más hondas. Estaba yo deseoso de aclimatarlas en las aguas de los fosos, y también de regalarlas a los obreros, de suerte que el placer de la pesca se agregaba esta vez al trabajo, como bien lo decía la extraordinaria animación de la granja. Habían venido algunos niños de los alrededores, mezclándose a los trabajadores; Marcelina debía reunírse nos más tarde.

El agua estaba ya muy baja cuando llegué. A veces, un gran estremecimiento agitaba repentinamente la superficie, y los pardos lomos de los inquietos peces se transparentaban. En los charcos del borde, niños chapaleando capturaban una brillante morralla que arrojaban en recipientes llenos de agua limpia. El agua de la charca, que la agitación de los peces acababa de enturbiar, era terrosa y por momentos se hacía más opaca. Los peces abundaban mucho más

de lo que había esperado; cuatro peones de granja los extrañan hundiendo al azar las manos. Lamenté que Marcelina se hiciera esperar, y me decidía ya a correr en su busca cuando algunos gritos anunciaron las primeras anguilas. Nadie alcanzaba a apresarlas; se deslizaban entre los dedos. Carlos, que permaneciera hasta entonces junto a su padre en la orilla, no pudo contenerse más; quitose bruscamente los zapatos y las medias, así como la chaqueta y el chaleco, y luego, alzando muy arriba sus pantalones y mangas de la camisa, penetró resueltamente en la laguna. Casi inmediatamente lo imité.

— ¡Y bien, Carlos! — exclamé — ¿No hizo usted bien en volver ayer?

No me contestó nada, pero me miró riendo francamente, ya absorbido por su pesca. Pronto lo llamé para que me ayudara a cercar una gruesa anguila; uníamos nuestras manos para sujetarla... Luego, después de aquélla, siguió otra; el limo nos saltaba a la cara; a veces nos hundíamos bruscamente y el agua nos subía hasta los muslos; muy pronto estuvimos empapados. Apenas si en el ardor del juego cambiábamos algunos gritos, algunas frases; pero hacia el fin del día me di cuenta de que tuteaba a Carlos, sin saber bien en qué momento había comenzado a hacerlo. Esta acción en común nos había enseñado más al uno sobre el otro de lo que hubiese podido hacerlo una extensa conversación. Marcelina no había llegado aún, y al final no vino, pero yo no extrañaba ahora su ausencia; me parecía que hubiese alterado un poco nuestra alegría.

Al día siguiente salí para encontrarme con Carlos en la granja. Nos encaminamos juntos a los bosques.

Como conocía mal mis tierras, y preocupándome poco por ello, me sentí muy asombrado al ver que Carlos las conocía perfectamente, así como las divisiones de los arriendos; me enseñó, cosa que yo apenas sospechaba, que tenía seis granjeros, que hubiese podido recibir de dieciséis a dieciocho mil francos por los arriendos, y que si apenas cobraba la mitad era porque la mayor parte se gastaba en reparaciones de toda especie y en el pago a intermediarios. Ciertas sonrisas que le advertí al examinar los cultivos me hicieron dudar bien pronto de que la explotación de mis tierras fuese tan excelente como pude creerlo al comienzo o como

me lo daba a entender Bocage. Alenté a Carlos sobre este tema, y aquella inteligencia enteramente práctica, que me exasperaba en Bocage, supo entretenerme en este niño. Reanudamos día tras día nuestros paseos; la propiedad era vasta, y cuando hubimos explorado todos los rincones volvimos a empezar con más método. Carlos no disimuló ante mí la irritación que le causaba la contemplación de ciertos campos mal cultivados, de espacios invadidos por la retama, los cardos y los pastos amargos; supo hacerme compartir su odio hacia los barbechos, y soñar con él en cultivos mejor ordenados.

— ¿Pero quién es el que se perjudica con estos trabajos mediocres? — preguntaba yo al comienzo — Solamente el arrendatario, ¿no es así? Lo que produzcan sus tierras, sea lo que sea, no hace variar el precio del arrendamiento.

Carlos se irritaba un poco.

— Usted no sabe nada — se permitía contestarme mientras yo sonreía — Al no considerar más que los réditos, no quiere usted advertir que el capital se deteriora. Imperfectamente cultivadas, sus tierras pierden lentamente su valor.

— Si pudieran rendir más, mejor cultivadas, me parece que el arrendatario se consagraría a su trabajo. Lo sé harto interesado para no cosechar todo lo posible.

— Pero no cuenta usted con el aumento de la mano de obra — continuaba Carlos — Con frecuencia estas tierras quedan lejos de las granjas. No producirían nada al ser cultivadas, o muy poca cosa; pero al menos no se estropearían... Y la conversación continuaba. A veces, durante una hora seguida, andando por los campos, parecíamos volver siempre a las mismas cosas; pero yo escuchaba y, poco a poco, me instruía.

— Después de todo, esto corresponde a tu padre — le dije un día con impaciencia.

Carlos se sonrojó levemente.

— Mi padre está viejo — dijo — Demasiado tiene ya con cuidar de que se cumplan los contratos, atender los edificios, percibir los arrendamientos. Su misión, aquí, no es la de reformar.

— ¿Pero qué reformas propondrías tú? — contestaba yo.

Entonces él callaba, pretendía no saber nada de eso; tan sólo

insistiendo conseguía hacer que se explicara.

— Quitar a los arrendatarios toda tierra que dejen sin cultivar — aconsejábame finalmente — Si dejan en barbecho una parte de sus campos, es prueba de que tienen de sobra para pagarle a usted; o bien, si pretenden quedarse con todo, subirles el precio de los arrendamientos. Son todos perezosos en esta región — agregaba.

De las seis granjas que resultaron ser mías, aquella a la que más me complacía ir se hallaba situada sobre la colina que dominaba La Moriniere; le llamaban La Valterrie. El granjero que la ocupaba no era desagradable; me gustaba mucho conversar con él. Más cerca de La Moriniere, una granja llamada «la granja del Castillo» había sido alquilada a medias por un sistema de semi aparcería que, a falta del propietario ausente, dejaba a Bocage en posesión de una parte del ganado. Ahora que la desconfianza había nacido, comencé a sospechar que incluso el honesto Bocage, si no me engañaba por sí mismo, permitía al menos que otros lo hicieran. Se me reservaba, es verdad, una caballeriza y un establo, pero bien pronto me pareció que solamente habían sido inventados para permitir al granjero alimentar sus vacas y sus caballos con mi avena y mi heno. Había yo escuchado hasta ahora benévolamente las más inverosímiles noticias que, de tiempo en tiempo me daba Bocage: mortalidad, animales contrahechos, enfermedades... Todo lo aceptaba. Sospechar que si una de las vacas del granjero se enfermaba era suficiente para convertirla al punto en una de mis vacas, no me había parecido posible hasta ese momento; ni tampoco que si una de mis vacas era muy buena, bastaba para convertirla en vaca del granjero. Con todo, algunas reflexiones imprudentes de Carlos, así como observaciones personales, comenzaron a iluminarme; una vez advertido, mi inteligencia ya avisada anduvo rápida.

Advertida por mí, Marcelina verificó cuidadosamente todas las cuentas, pero no pudo encontrar un solo error; la honestidad de Bocage se refugiaba allí. ¿Qué hacer? Dejar hacer. Pero al menos vigilaba yo ahora a los animales, sordamente irritado, aunque sin dejarlo ver con exceso.

Tenía cuatro caballos y diez vacas; era bastante para darme trabajo de sobra. De mis cuatro caballos, había uno que llamaban

aún «el potrillo», pese a que tenía tres años pasados; se ocupaban en ese momento de amansarlo, y había yo empezado a interesarme cuando un buen día vinieron a decirme que era perfectamente intratable, que jamás podría conseguirse nada y que lo mejor era librarme de él. Como si previeran mis dudas, le habían hecho romper la delantera de una carretera y ensangrentarse los jarretes.

Aquel día me costó trabajo mantener la calma, y lo que me detuvo fue la turbación de Bocage. Después de todo, había en él más debilidad que mala disposición. «La falta — pensé — es de los servidores, pero ello ocurre porque no se sienten dirigidos».

Salí al patio para ver al potrillo. Apenas oyó que me acercaba, un criado que le había estado pegando se puso a acariciarlo; yo hice como que no había visto nada. Conocía poca cosa sobre caballos, pero aquel potrillo me parecía hermoso; era un media sangre, bayo claro, de formas notablemente esbeltas; tenía vivo el ojo, las crines rubias al igual que la cola. Me aseguré de que no estaba herido, exigí que vendaran sus rasguños, y me alejé sin agregar una palabra.

Por la tarde, apenas me encontré con Carlos, busqué saber lo que pensaba del potrillo.

— Lo creo muy manso — me dijo — pero no saben tratarlo; acabarán por volverlo rabioso.

— ¿Cómo te las manejarías tú?

— ¿El señor quiere confiármelo por ocho días? Yo respondo de él.

— ¿Y qué le harás?

— Ya lo verá usted...

Al día siguiente, Carlos se llevó al potrillo a un rincón de la pradera vecino al arroyo, sombreado por un soberbio nogal. También acudí yo, acompañado de Marcelina. Es éste uno de mis más vivos recuerdos. Con una cuerda de varios metros, Carlos había atado el potrillo a una estaca sólidamente hundida en tierra. Demasiado inquieto, el potrillo habíase debatido fogosamente durante un rato; ahora, sosegado, lleno de fatiga, andaba en redondo con un aire más tranquilo; su trote, de una sorprendente elasticidad, era grato de mirar y seducía como una danza. En el centro del círculo, Carlos evitaba cada vez la cuerda dando un

brusco salto, y lo excitaba o calmaba con su palabra; tenía un gran látigo en la mano pero no vi que se sirviera de él. Todo, en su aire y en sus gestos, su juventud y su alegría, daba a aquel trabajo el hermoso aspecto ferviente del placer. De pronto — no sé cómo — estuvo montado en el animal; había éste reducido su marcha, deteniéndose luego; Carlos lo había acariciado un poco, y súbitamente lo vi a caballo, seguro de sí mismo, sosteniéndose apenas en la crin, riendo, inclinado, prolongando su caricia. Apenas si el potrillo se había rebelado un instante; volvía ahora a tomar su trote parejo, tan hermoso y liviano que sentí envidia de Carlos y se lo dije.

— Unos pocos días más y la montura no le hará ya cosquillas; en dos semanas, la señora misma se atreverá a montarlo; será suave como una corderita.

Decía verdad; pocos días después el caballo se dejó acariciar, ensillar y conducir sin desconfianza alguna; Marcelina misma lo hubiese montado de permitirle su estado tal ejercicio.

— El señor debiera probar — me dijo Carlos.

No lo hubiera hecho nunca para andar solo; pero Carlos me propuso ensillar para él otro caballo de la granja, y el placer de acompañarlo me decidió.

¡Cuán reconocido estuve a mi madre por haberme llevado al picadero durante mi temprana juventud! El lejano recuerdo de aquellas primeras lecciones me fue útil. No me asombré en demasía por verme a caballo, al cabo de unos instantes perdí todo temor y me sentí a mis anchas. El caballo que montaba Carlos era más pesado, sin raza, pero no desagradable de ver; por otra parte, Carlos lo montaba bien. Adquirimos el hábito de salir un poco todos los días; partíamos con frecuencia de mañana temprano, por las hierbas luminosas de rocío; ganábamos el límite de los bosques; los avellanos mojados, sacudidos a nuestro paso, nos empapaban; el horizonte se abría repentinamente: era el amplio valle del Auge; a lo lejos se presentía el mar. Nos quedábamos un instante, sin bajar; el sol naciente coloreaba, separaba, dispersándolas, las brumas; entonces nos lanzábamos a trote largo, para quedarnos largo rato en la granja. Comenzaba apenas el trabajo; nosotros saboreábamos la orgullosa alegría de preceder y dominar a los trabajadores; luego,

bruscamente, los abandonábamos; yo volvía a La Moriniere en momentos en que Marcelina se levantaba.

Ebrio de aire, aturdido de velocidad, el cuerpo un poco embotado por una voluptuosa fatiga, el espíritu lleno de salud, apetito, frescura, tal era mi vuelta. Marcelina aprobaba, estimulaba mi fantasía. Al entrar, con las botas todavía puestas, traía hasta el lecho donde se demoraba ella en esperarme un olor de hojas mojadas que, al decir de Marcelina, le agradaba. Y me oía contar nuestra carrera, el despertar de los campos, la reanudación del trabajo... Parecía tener tanta alegría al sentirme vivir como en vivir ella misma... Bien pronto abusé también de esa alegría; nuestros paseos se alargaron, y a veces no estaba de vuelta hasta mediodía.

Entretanto reservaba lo mejor posible el fin del día y la velada a la preparación de mi curso. El trabajo avanzaba; me sentí satisfecho, y no consideraba imposible que, más adelante, valiera la pena reunir mis lecciones en volumen. Por una especie de reacción natural, en tanto que mi vida se ordenaba, se reglaba, y complacíame yo en reglar y ordenarlo todo en torno mío, más y más me sentía atraído por la ruda ética de los godos; así, mientras a lo largo de mi curso y con una osadía que me fue suficientemente reprochada más tarde, me ocupaba de exaltar la incultura y hacer su apología, ingeniábame laboriosamente por dominar — ya que no suprimir — todo lo que podía concitarla en torno mío o en mí mismo. Esta sabiduría, o bien esta locura, ¿hasta dónde no la extremé?

Dos de mis granjeros, cuyo contrato expiraba hacia Navidad, vinieron a verme con el deseo de renovarlo; se trataba de firmar, según la costumbre, el documento llamado "promesa de arriendo". Fortificado con las seguridades que me diera Carlos, excitado por sus conversaciones cotidianas, esperé resueltamente a los granjeros. Ellos, confiando en el hecho de que es difícil reemplazar a un arrendatario, reclamaron en primer término una rebaja. Su estupor fue tanto más grande cuanto que yo mismo les leí las promesas que había redactado, y en las que no solamente me rehusaba a disminuir el precio de los arriendos sino que además les quitaba ciertas porciones de tierra que a mi parecer no utilizaban para nada. Al principio fingieron tomarlo a risa: seguramente yo bromeaba. ¿Para qué me servían esas tierras? No valían nada; si

nada hacían ellos mismos era que nada podía hacerse. Luego, viendo que seguía serio, se obstinaron; yo me obstiné a mi vez. Creyeron asustarme amenazándome con irse. Y yo, que no esperaba más que esa palabra:

— ¡Y bien, idos si queréis! No os retengo — les dije, tomando las promesas de arriendo y haciéndolas pedazos delante de ellos.

Así es como me quedé con más de cien hectáreas en las manos. Hacía ya algún tiempo que proyectaba confiar la plena dirección a Bocage, pensando que en tal forma la entregaba indirectamente a Carlos; pretendía también ocuparme yo mismo del trabajo. Por otra parte, no reflexioné un solo momento: el mismo riesgo de la empresa me tentaba. Los arrendatarios no se marchaban antes de Navidad; hasta entonces podíamos arreglarnos muy bien. Previne a Carlos, y su alegría me disgustó en seguida; no pudo él disimularla, y me hizo sentir aún más su excesiva juventud. El tiempo apuraba ya; estábamos en esa época del año en que las primeras cosechas dejan libres los campos para las primeras tareas de labranza. Por una convención establecida, los trabajos del arrendatario saliente y los del nuevo se continúan, pues el primero abandona lo suyo parte por parte, y a medida que las cosechas se van levantando. Temía yo, como una especie de venganza, la animosidad de los dos granjeros despedidos; pero se esforzaron por el contrario en fingir una perfecta conformidad, con la que lograron una ventaja que no supe sino más adelante. Aproveché para correr mañana y tarde por sus tierras, que debían serme entregadas bien pronto. Comenzaba el otoño; fue preciso contratar más hombres para apresurar los cultivos, las siembras; habíamos comprado rastrillos, rodillos, arados; yo me paseaba a caballo, vigilando y dirigiendo los trabajos, sintiendo el placer de ordenar por mí mismo, de ser quien dominaba.

Entretanto, en los prados vecinos, los granjeros recolectaban las manzanas, que rodaban al caer en las espesas hierbas, abundantes ese año como nunca; los trabajadores no daban abasto, y venían ya de los poblados vecinos; se los ajustaba por ocho días. A veces Carlos y yo nos entreteníamos en ayudarlos. Los unos vareaban las ramas para hacer caer las manzanas tardías; se juntaban aparte los frutos caídos por sí mismos, demasiado

maduros y con frecuencia estropeados, aplastados entre los pastos altos; no se podía andar sin pisarlos. El olor que subía del prado era acre y dulzón, y se confundía con el de los cultivos.

Avanzaba el otoño. Las mañanas de los últimos días bellos son las más frescas, las más límpidas. A veces la mojada atmósfera azulaba las lejanías, las alejaba aún más, hacía de un paseo un viaje; la región parecía agrandarse; otras veces, por el contrario, la transparencia anormal del aire volvía muy próximos los horizontes; se los hubiera alcanzado con un golpe de ala; y no sé yo cuál de esos días llenaba más de languidez. Mi trabajo estaba poco menos que terminado; al menos yo lo decía así para atreverme a descuidarlo más. El tiempo que no pasaba en la granja transcurría para mí junto a Marcelina. Salíamos juntos al jardín; caminábamos lentamente, ella con languidez y pesando sobre mi brazo, íbamos a sentarnos a un banco desde donde se dominaba el valle que la tarde llenaba de luz. Marcelina tenía una tierna manera de apoyarse en mi hombro; así nos quedábamos hasta entrada la noche, sintiendo desleírse en nosotros la jornada, sin gestos, sin palabras. ¡De cuánto silencio sabía ya envolverse nuestro amor! Es que el amor de Marcelina era ya más fuerte que las palabras para decirlo, y yo me sentía a veces casi angustiado por ese amor. Tal como un hálito riza a veces un agua muy serena, la más liviana emoción se dejaba leer sobre su frente; misteriosamente, escuchaba estremecerse en ella una nueva vida; me inclinaba ya como sobre una profunda agua pura donde, por muy lejos que se mirara, no se veía más que amor. ¡Ah! Si eso era todavía la felicidad, sé que he querido desde entonces retenerla, como en las manos juntas se quiere en vano retener un agua huyente; mas sentía ya, junto a la dicha, otra cosa que no era la dicha, que coloreaba mi amor, pero como colorea el otoño.

El otoño avanzaba. La hierba, cada mañana más mojada, no se secaba ya en el declinar de la senda; al despuntar el alba estaba blanca. Los patos, sobre el agua de los fosos, batían las alas y agitábanse salvajemente; a veces se les veía remontarse y dar, con grandes gritos y en vuelo estrepitoso, la entera vuelta a La Moriniere. Una mañana no los vimos más; Bocage los había encerrado. Carlos me dijo que así se hace a cada otoño, en la

época de la migración. Y, pocos días después, el tiempo cambió. Una tarde, de improviso, hubo un gran soplo, un aliento de mar, fuerte, sin interrupción, trayendo el norte y la lluvia, llevándose los pájaros nómadas. Ya el estado de Marcelina, las tareas de una nueva instalación, los primeros cuidados de mi curso nos reclamaban en la ciudad. La mala estación, que principiaba temprano, nos expulsó.

Es verdad que los trabajos de la granja debían reclamarme en noviembre. Me sentí muy decepcionado al enterarme de las disposiciones de Bocage para el invierno; declaró su deseo de enviar otra vez a Carlos a la granja modelo donde aún — pretendía su padre — le quedaban por aprender no pocas cosas; hablé extensamente, empleando todos los argumentos que encontraba, pero no pude hacerlo ceder; a lo sumo accedió a acortar un tanto los estudios para permitir que Carlos regresara algo antes. Bocage no me disimulaba que la explotación de las dos granjas se haría con sumo trabajo; pero tenía en vista, según me dijo, dos campesinos muy seguros que confiaba en tomar bajo sus órdenes; serían casi granjeros, casi aparceros, casi servidores; la cosa era demasiado nueva en esa región para que él augurara nada de bueno, pero había sido yo — decía — el que así lo quiso. Esta conversación tenía lugar hacia fines de octubre. En los primeros días de noviembre nos instalamos en París.

II

Nos instalamos en la calle S..cerca de Passy. La casa que nos indicara uno de los

hermanos de Marcelina, y que habíamos podido visitar en ocasión de nuestro último paso por París, era mucho más grande que la que me dejara mi padre, y Marcelina llegó a inquietarse un tanto, no sólo del alquiler más elevado, sino de todos los gastos a que nos dejaríamos arrastrar. Opuse a sus temores un artificioso horror por lo provisorio; me forzaba yo mismo a creerlo, y exageraba a voluntad. Por cierto, que los distintos gastos de instalación

excedían nuestros ingresos del año, pero nuestra considerable fortuna debía aumentar aún más; contaba yo para ello con mi curso, la publicación de mi libro y aun, ¡qué locura!, con el nuevo rendimiento de mis granjas. No me detuve pues ante ningún gasto, diciéndome cada vez que así me ataba más, y pretendiendo suprimir de un mismo golpe todo humor vagabundo que podía o temía sentir en mí.

Los primeros días, desde la mañana a la noche, nuestro tiempo se pasó en diligencias; y aunque su hermano se ofreció muy gentilmente a evitarnos muchas de ellas, Marcelina no tardó en sentirse muy cansada. Y luego que, en lugar del reposo que le hubiese sido necesario, tuvo que recibir visita tras visita apenas estuvimos instalados. El alejamiento en que viviéramos hasta entonces hacía afluir a las gentes, y Marcelina, desacostumbrada a la sociedad, no sabía cómo abreviar los encuentros ni se atrevía a condenar su puerta; por la noche la encontraba yo extenuada... Y si no me afligía por una fatiga cuya causa natural me era conocida, me ingeniaba al menos por disminuirla, recibiendo con frecuencia en lugar suyo, lo que no me divertía nada, y devolviendo a veces las visitas, cosa que me divertía aún menos.

Jamás he sido conversador brillante; la frivolidad de los salones, su ingenio, son cosas en las cuales no podían hallar placer; los había frecuentado en otro tiempo, sin embargo... ¡pero ese tiempo estaba ya tan lejos! ¿Qué había ocurrido después? Junto a los demás me sentía opaco, triste, molesto, incomodando e incómodo a la vez... Por una singular mala suerte, vosotros, a quienes consideraba ya como mis únicos amigos verdaderos, no estabais en París y no debíais regresar en mucho tiempo. ¿Hubiera podido hablaros? ¿Me hubierais acaso comprendido mejor de lo que yo mismo me comprendía? Pues de todo aquello que crecía en mí, y que os estoy diciendo ahora, ¿qué sabía yo? El porvenir se me presentaba plenamente seguro, y jamás me había creído más dueño de él.

Y aun en caso de haber sido más perspicaz, ¿qué recurso contra mí mismo podía encontrar en Huberto, Didier, Mauricio, en tantos otros que vosotros conocéis y juzgáis como yo mismo? Bien pronto advertí, ¡ay!, la imposibilidad de hacerme entender. Desde las

primeras conversaciones que tuvimos, me vi como obligado por ellos a representar un falso personaje, a parecerme a aquel que creían que seguía yo siendo, bajo pena de dar la impresión de que fingía; y, para mayor comodidad, fingí entonces tener los pensamientos y los gustos que me atribuían. No se puede a la vez ser sincero y parecerlo.

Volví a ver con algo más de gusto a las gentes de mi grupo, arqueólogos y filólogos, pero no encontré al conversar con ellos un placer mayor ni más emoción que si hojeara buenos diccionarios históricos. Al comienzo pude esperar una comprensión algo más directa de la vida por parte de algunos novelistas y poetas; pero si poseían esa comprensión, preciso es confesar que no la mostraban jamás; me pareció que la mayor parte no vivía, contentándose con parecer vivir; por un poco, hubieran considerado la vida como un molesto impedimento para escribir. No podía echarles culpa alguna; y no afirmo que el error no viniera de mí... Por otra parte, ¿qué entendía yo por vivir? Precisamente eso era lo que quería que me enseñaran... Unos y otros hablaban hábilmente de los diversos acontecimientos de la vida, pero jamás de aquello que los motiva.

En cuanto a algunos filósofos, cuya función hubiera sido la de informarme, sabía yo desde hacía tiempo lo que me era dado esperar; matemáticos o neocriticistas, se mantenían lo más lejos posible de la turbadora realidad, y no se ocupaban más que el algebrista de la existencia de las cantidades que medían.

De vuelta junto a Marcelina, no le ocultaba en nada el hastío que estas relaciones me causaban.

— Son tan parecidos entre ellos — le decía — Todos se repiten. Cuando hablo con uno, me parece que lo hago con varios más.

— Pero, amigo mío — respondió Marcelina — no puedes pedir a cada uno que se diferencie de todos los restantes.

— Cuanto más se parecen entre ellos, más difieren de mí.

Y agregaba luego, tristemente:

— Ninguno ha sabido estar enfermo. Viven, tienen el aire de vivir y de no saber que viven. Yo mismo, desde que estoy junto a ellos, no vivo más. Al igual que otros, ¿qué he hecho en este día de hoy? Debí dejarte a las nueve; apenas si antes de salir tuve tiempo

de leer un poco; es el único momento bueno del día. Tu hermano me esperaba en casa del notario, y después ya no me ha soltado, he tenido que ir con él a ver al tapicero, me ha fastidiado en casa del ebanista y apenas si pude dejarlo en lo de Gastón. Almorcé en su barrio con Felipe, me encontré luego con Luis que me esperaba en el café; asistimos juntos al absurdo curso de Teodoro, a quien felicité a la salida; para rehusar su invitación del domingo tuve que acompañarlo a casa de Arturo; luego ir con Arturo a ver una exposición de acuarelas; dejar mi tarjeta en casa de Albertina y de Julia... Vuelvo extenuado, y te encuentro tan fatigada como yo, después de recibir a Adelina, Marta, Juana, Sofía... Y cuando por la noche, ahora mismo, repaso todas esas ocupaciones del día, siento tan vana mi jornada, me parece tan vacía, que quisiera atraparla al vuelo, recomenzarla hora tras hora, y estoy triste hasta las lágrimas.

Y con todo, no hubiera sido yo capaz de decir ni lo que entendía por vivir, ni si el gusto adquirido por una vida más espaciosa y ventilada, menos sometida y menos atenta al prójimo, era el muy sencillo secreto de mi incomodidad; aquel secreto me parecía mucho más misterioso; un secreto de resucitado — pensaba — puesto que me sentía un extraño entre los demás, como alguien que vuelve de entre los muertos. En un comienzo no sentí más que una harto dolorosa turbación, pero bien pronto un sentimiento muy nuevo se abrió paso a la luz. No había experimentado orgullo alguno, os lo afirmo, cuando la publicación de trabajos que me valieran tantos elogios. ¿Era orgullo el que sentía ahora? Tal vez, pero al menos ningún matiz de vanidad se mezclaba con él. Por primera vez tenía conciencia de mi propio valer; lo que me separaba, me distinguía de los demás, eso era lo importante; lo que nadie decía ni podía decir de mí, era mi deber decirlo.

Mi curso principió poco después; como el tema me arrastraba, llené mi primera clase con toda mi nueva pasión. A propósito de la extrema civilización latina, pinté la cultura artística, creciendo a flor de pueblo, a la manera de una secreción que en principio indica plétora, sobreabundancia de salud, mas luego se fija, se endurece, se opone a todo contacto perfecto del espíritu con la naturaleza y oculta, bajo la persistente apariencia de la vida, la disminución de la vida, forma una envoltura donde el espíritu oprimido languidece, se

marchita y muere. En fin, llevando a su culminación mi pensamiento, exponía yo la Cultura, nacida de la vida, matando la vida.

Algunos historiadores criticaron esa tendencia, decían, a las generalizaciones demasiado precipitadas. Otros criticaron mi método; y aquellos que vinieron a felicitarme fueron los que menos me habían comprendido.

A la salida de mi curso volví a ver por primera vez a Menalcas. Nunca lo había frecuentado mucho, y poco tiempo antes de mi matrimonio partió él a una de esas exploraciones lejanas que a veces nos privaban de su presencia por más de un año. En otro tiempo no me era agradable; parecía orgulloso y no se interesaba por mi vida. Me quedé pues asombrado al verlo en mi primera lección. Su misma insolencia, que antes me alejaba de él, me gustó ahora, y su sonrisa me pareció aún más encantadora por lo mismo que la sabía muy poco frecuente. Hacía poco que un absurdo, vergonzoso proceso lleno de escándalo había dado a los diarios una cómoda ocasión para infamarlo; aquellos a quienes su desdén y su superioridad herían, aprovecharon el pretexto para vengarse; y lo que más los irritaba era que él no parecía en nada afectado.

— Es preciso dejar que los demás tengan razón — respondía a los insultos — pues eso los consuela de no tener otra cosa.

Pero la buena sociedad se indignó y aquellos que, como suele decirse, «se respetan», creyeron su deber alejarse de él y devolverle en tal forma su desprecio. Para mí era eso una razón más; atraído hacia él por una secreta influencia, me aproximé para abrazarlo amistosamente delante de todos.

Viendo con quién conversaba, los últimos importunos se retiraron; me quedé solo con Menalcas.

Después de las irritantes críticas y los ineptos cumplidos, sus breves palabras a propósito de mi curso me sosegaron.

— Quema usted lo que adora — dijo — Eso está bien. Se decide tarde, pero la llama está así mejor nutrida. No sé aún si lo comprendo bien; usted me intriga. No soy amigo de conversar, pero quisiera hacerlo con usted. Venga a cenar conmigo esta noche.

— Mi querido Menalcas — repuse — parece olvidar usted que estoy casado.

— Sí, es cierto — dijo él — Ante la cordial franqueza con que

se atreve a abordarme, hubiera podido creerlo más libre.

Temí haberlo herido, y mucho más todavía parecer débil; le dije entonces que me reuniría con él después de cenar.

En París, siempre de paso, Menalcas se alojaba en un hotel, donde le habían dispuesto varias habitaciones a manera de apartamento. Servido por sus propios domésticos, comía y vivía aparte; como los muros y la trivial fealdad de los muebles le molestaban, había mandado tender algunas telas de alto precio que trajera de Nepal, a las que terminaba de manchar — según decía — antes de ofrecerlas a un museo. Mi apuro por encontrarme con él había sido tan grande que al entrar lo sorprendí aún en la mesa; y como me excusara por interrumpir su cena:

— Pero es que no tengo intención de interrumpirla — me dijo — y cuento con que me deje usted terminarla. Si hubiera venido a comer conmigo, le habría servido Chiraz, ese vino que cantaba Hafiz, pero ya es demasiado tarde; hay que estar en ayunas para beberlo. ¿Tomará usted al menos licores?

Acepté, pensando que también él bebería; luego, viendo que sólo traían un vaso, me asombré.

— Perdóneme — dijo Menalcas — pero casi nunca bebo.

— ¿Teme usted embriagarse?

— ¡Oh, al contrario! — repuso — Pero considero la sobriedad como una embriaguez aun más potente; guardo mi lucidez.

— Y da de beber a los otros...

Sonrió.

— No puedo — me dijo — exigir a los demás mis virtudes. Ya es hermoso si encuentro en ellos mis vicios...

— ¿Fuma usted, al menos?

— Tampoco. Es una embriaguez impersonal, negativa, y de conquista demasiado fácil; yo busco en la embriaguez una exaltación y no una disminución de la vida. Dejemos eso... ¿Sabe de dónde vengo? De Biskra. Al oír que había pasado usted por allí, quise buscar sus huellas. ¿Qué habría ido a hacer a Biskra ese ciego erudito, ese lector? No tengo costumbre de ser discreto sino con aquello que me confían; en cuanto a lo que llego a saber por mí mismo, confieso que mi curiosidad no tiene límites. Busqué, pues, removí, pregunté en todas partes donde me fue posible. Mi

indiscreción ha sido útil, puesto que me ha dado el deseo de verlo nuevamente; puesto que en lugar del sabio rutinario que veía antaño, sé que debo ver ahora... pero usted es quien debe explicármelo.

Sentí que me sonrojaba.

— ¿Qué ha averiguado usted de mí, Menalcas?

— ¿Quiere saberlo? ¡Pero no tenga temor alguno, vamos! Conoce demasiado a sus amigos y a los míos para saber que no puedo hablar de usted a nadie. ¿Ha creído acaso que comprendieron su curso?

— Aun así — dije con una ligera impaciencia — nada me muestra todavía que pueda hablarle a usted más que a los otros. ¡Vamos! ¿Qué es lo que ha sabido de mí?

— En primer lugar que estuvo enfermo.

— Pero eso no tiene nada de...

— ¡Oh, es ya muy importante! Luego me han dicho que salía usted deliberadamente solo, sin un libro, y es aquí que he empezado a admirarme; o bien que, cuando no estaba usted solo, se dejaba acompañar por los niños más que por su mujer... No se ruborice usted, o no le digo lo que sigue.

— Hable sin mirarme.

— Uno de los niños... se llamaba Moktir, si me acuerdo bien... hermoso como pocos, ladrón y tahúr como nadie, me pareció que tenía bastante que contar; lo atraje, compré su confianza, lo que no es nada fácil como bien sabe usted, pues aún creo que mentía al decir que no mentía ya... Dígame pues si es cierto lo que me ha contado de usted.

Menalcas se había levantado para sacar de un armario una cajita que abrió.

— ¿Eran suyas estas tijeras? — preguntó, tendiéndome algo informe, oxidado, despuntado y roto, en lo que sin embargo no tardé en reconocer las tijeretas que Moktir me escamoteara.

— Sí, son unas tijeras que pertenecían a mi mujer.

— Moktir pretende habérselas robado mientras miraba usted hacia otro lado, cierto día en que estaban solos en una habitación. Pero lo interesante no es eso; pretende que en el instante en que las ocultaba en su albornoz, comprendió que usted lo vigilaba por un

espejo, y sorprendió el reflejo de sus ojos que lo espiaban. ¡Había visto usted el robo sin decir nada! Moktir se manifestó muy sorprendido de ese silencio... y yo también.

— No lo estoy yo menos por lo que acaba usted de decirme. ¡Cómo! ¡Sabía entonces que lo sorprendí!

— Lo importante no está en eso. Jugaba usted a algo más sutil; pero en ese juego los niños nos superarán siempre. Pensaba tenerlo atrapado, y era él quien lo tenía a usted... Lo importante no está en eso. Explíqueme usted su silencio.

— Quisiera que me lo explicasen.

Permanecemos algún tiempo sin hablar. Menalcas, que andaba de un lado a otro en la habitación, encendió distraídamente un cigarrillo, para arrojarlo de inmediato.

— Hay ahí — continuó — un sentido, como dicen los demás, un sentido que parece faltarle, querido Miguel.

— El sentido moral, quizá — dije mientras me esforzaba por sonreír.

— ¡Oh, simplemente el de la propiedad!

— No me parece que lo tenga usted en gran medida

— Tan poco lo tengo que, vea usted, nada me pertenece aquí; ni siquiera, o sobre todo, este lecho donde me acuesto. Tengo horror al reposo; la posesión lo estimula, y uno se adormece en la seguridad; amo la vida lo bastante para aspirar a vivir despierto, y mantengo en el seno mismo de mis riquezas ese sentimiento de estado precario mediante el cual exaspero, o al menos exalto mi vida. No puedo decir que amo el peligro, pero sí la vida azarosa, y quiero que exija de mí en todo instante mi entero coraje, toda mi felicidad y mi salud

— Entonces, ¿qué me reprocha usted? — lo interrumpí.

— ¡Oh, qué mal me comprende, querido Miguel! ¡Por una vez que he hecho la tontería de profesar mi fe! Si poco me cuido, Miguel, de la aprobación o la desaprobación de los hombres, no es para terminar aprobando o desaprobando a mi turno; esas palabras no tienen gran sentido para mí. He hablado demasiado de mí mismo hace un momento; creerme comprendido me arrastraba. Simplemente quería decirle que, para uno a quien falta el sentido de la propiedad, parece usted poseerlo en demasía; y eso es grave.

— ¿Qué es lo que poseo en demasía?

— Nada, si lo toma usted así ¿Pero no inicia su curso? ¿No es propietario en Normandía? ¿No termina de instalarse lujosamente en Passy? Está usted casado. ¿No espera acaso un hijo?

— ¡Y bien! — dije con impaciencia — Eso prueba sencillamente que he sabido hacerme una vida más peligrosa, como dice usted, que la suya.

— Si, sencillamente — repitió irónico Menalcas. Luego, dándose vuelta con brusquedad, y mientras me tendía la mano:

— Vamos, adiós. Ya basta por esta noche, en la que no diríamos nada mejor. Pero hasta pronto.

Pasó algún tiempo antes de que volviera a verlo.

Nuevas tareas, nuevos cuidados me ocuparon; un hombre de ciencia italiano me indicó documentos que acababa de descubrir y que estudié prolongadamente para mi curso. Sentir mal comprendida mi primera lección había espoleado mi deseo de iluminar de manera distinta y más potente las siguientes; me vi llevado así a proponer como doctrina lo que en principio sólo adelantara a título de ingeniosa hipótesis. ¡Cuántos afirmadores deben su fuerza a la suerte de no haber sido comprendidos con media palabra! Por lo que a mi se refiere, confieso que no alcanzo a discernir la parte de obstinación que acaso vino a mezclarse con la natural necesidad de afirmar. Lo que tenía de nuevo para decir me pareció tanto más urgente cuanto más difícil me era decirlo y, sobre todo, hacerlo entender.

Pero al lado de los actos, ¡ay, qué pálidas se tornaban las frases! La vida, el menor gesto de Menalcas, ¿no eran mil veces más elocuentes que mi curso? ¡Ah, cuán bien comprendí desde entonces que la enseñanza esencialmente moral de los grandes filósofos antiguos fuera el ejemplo tanto como las palabras y aun más que ellas!

Cerca de tres semanas después de nuestro primer encuentro, volví a ver a Menalcas en mi casa. Era hacia el fin de una reunión demasiado numerosa. Para evitar una molestia cotidiana, Marcelina y yo preferíamos abrir de par en par nuestras puertas los jueves por la noche; las cerrábamos así con mayor facilidad los restantes días. Todos los jueves acudían a casa aquellos que se decían nuestros

amigos; la vasta dimensión de nuestros salones nos permitía recibirlos en gran número, y la reunión se prolongaba hasta muy avanzada la noche. Pienso que, por sobre todo, los atraía la exquisita gracia de Marcelina y el placer de conversar entre ellos, pues por lo que a mi se refiere, no tuve ya nada que escuchar ni que decir después de la segunda reunión, y disimulaba penosamente mi hastío. Erraba de la sala de fumar al salón, de la antecámara a la biblioteca, retenido a veces por una frase, observando poco, mirando como al azar.

Antonio, Esteban y Godofredo discutían el último voto de la Cámara, arrellanados en los exquisitos sillones de mi mujer. Huberto y Luis hojeaban sin precaución, arrugándolos, admirables aguafuertes de la colección de mi padre. En el salón de fumar, y a fin de atender mejor a lo que decía Leonardo, Matías había depositado su cigarro encendido sobre una mesa de palo-rosa. Un vaso de curasao se había volcado en la alfombra. Los pies enlodados de Alberto, impudentemente acostado en un diván, manchaban un almohadón. Y el polvo que se respiraba provenía del horrible deterioro de las cosas. Sentí un furioso deseo de echar a empellones a todos mis invitados. Muebles, telas, estampas, a la primera mancha perdían para mí todo valor; cosas manchadas, cosas atacadas de enfermedad, como señaladas por la muerte. Hubiese querido protegerlo todo, ponerlo bajo llave para mí solo. ¡Cuán feliz es Menalcas, que no tiene nada! — pensé — Yo sufro porque quiero conservar. ¿Pero qué me importa en el fondo todo esto...?

En un saloncito menos iluminado, que separaba un cristal sin azogue, Marcelina recibía tan sólo a algunos íntimos; estaba semitendida sobre almohadones, espantosamente pálida, y me pareció tan fatigada que, de súbito asustado, me prometí que aquella recepción sería la última. Se hacía ya muy tarde. Iba a mirar la hora en mi reloj, cuando sentí en el bolsillo del chaleco las tijeretas de Moktir.

Pensaba «¿y por qué me las robó, si al punto habría de estropearlas y destruirlas?».

En aquel momento alguien me tocó el hombro; dándome vuelta bruscamente, vi a Menalcas.

Era casi el único que vestía frac. Acababa de llegar. Me rogó que le presentara a mi esposa; por cierto que no lo hubiera hecho yo por propio impulso. Menalcas era elegante, casi hermoso; enormes bigotes caídos, ya grises, recortaban su rostro de pirata; la fría llama de su mirada indicaba más coraje y decisión que bondad. Apenas estuvo ante Marcelina, comprendí que a ella no le era agradable. Después que hubieron cambiado algunas triviales frases de circunstancias, lo llevé conmigo al salón de fumar.

Aquella misma mañana me había enterado de la nueva misión que le encargaba el Ministerio de Colonias; varios periódicos, recordando al público su arriesgada carrera, parecían olvidar sus bajos insultos de la víspera y no encontraban términos bastante vivos para elogiarlo. Exageraban a porfía los servicios prestados al país, a la humanidad entera, por los extraños descubrimientos de sus últimas exploraciones, y todo eso como si él no emprendiera nada sin un fin humanitario; se celebraban rasgos de abnegación, de humanidad, de osadía, como si Menalcas debiera buscar una recompensa en tales elogios.

Principiaba yo a felicitarlo, cuando me interrumpió a las primeras palabras.

— ¡Vamos! ¿También usted, querido Miguel? Y sin embargo no me había insultado usted antes. Deje esas tonterías para los diarios. Parecen asombrarse de que un hombre de costumbres difamadas pueda conservar todavía algunas virtudes. No sé practicar en mí las distinciones y las reservas que pretenden ellos establecer: sólo existo en mi totalidad. No pretendo otra cosa que lo natural y, ante cada acción, el placer que alcanzo con ella es la señal de que debía hacerla.

— Eso puede llevar lejos — le dije.

— Cuento con ello — repuso Menalcas — ¡Ah, si todos los que nos rodean pudieran persuadirse de tal cosa! Pero casi todos piensan que no obtendrán de sí mismos nada bueno si no es por la sujeción; sólo se gustan contrahechos. Cada uno pretende parecerse lo menos posible a sí mismo. Cada uno se propone un modelo, luego lo imita; pero ni siquiera ha escogido el modelo que imita: acepta un modelo ya enteramente escogido. Creo, sin embargo, que hay otras cosas para leer en el hombre. Nadie se

atreve. Nadie se atreve a dar vuelta la página. Leyes de la imitación Yo las llamo leyes del miedo. Tienen miedo de verse solos; y así es como no se ven en absoluto. Esta agorafobia moral me resulta odiosa; la creo la peor de las cobardías. Y sin embargo, es siempre a solas que se hacen los inventos. ¿Pero quién busca aquí inventar? Lo que se siente en uno de distinto, es precisamente lo que se posee de raro, lo que da a cada cual su valor_ Y es eso lo que se trata de suprimir. Se imita. Y se pretende amar la vida.

Dejaba hablar a Menalcas; decía precisamente lo que había yo dicho un mes atrás a Marcelina; hubiera debido por tanto aprobarlo. ¿Por qué, y cediendo a qué cobardía lo interrumpí imitando a Marcelina para decirle la misma frase, palabra por palabra, con la cual me había ella interrumpido entonces?

— Mi querido Menalcas, no puede usted pedir a cada uno que difiera de todos los demás...

Menalcas calló bruscamente, me miró de una manera extraña y luego, como en ese instante se acercaba Ensebio para despedirse de mí, dióme la espalda sin ceremonias y fue a conversar con Héctor sobre cosas insignificantes.

Apenas dicha, mi frase me había parecido estúpida; afligirme sobre todo pensar que podía hacer creer a Menalcas que me consideraba atacado por sus palabras... Era ya tarde; mis invitados partían. Cuando el salón estuvo casi vacío, Menalcas volvió.

— No puedo irme así — me dijo — Sin duda he comprendido mal sus palabras. Déjeme al menos creerlo...

— No — repuse — No las ha comprendido usted mal... pero esas palabras no tenían sentido alguno; apenas las hube dicho cuando sufría ya por su necesidad... sobre todo al pensar que gracias a ellas iba usted a incluirme entre los mismos cuyo proceso había estado haciendo en ese momento, y que me resultaban, se lo afirmo, tan odiosos como a usted. Odio a las gentes de principios.

— Son lo más detestable que pueda haber en este mundo — dijo riendo Menalcas — .No podría esperarse de ellas ninguna especie de sinceridad; pues sólo hacen lo que sus principios han decretado, o de lo contrario lo consideran como cosa mal hecha. A la sola idea de que pudiera ser usted uno de ellos, he sentido que la palabra se me helaba en los labios. La pena que experimenté al

instante me ha revelado cuán vivo es mi afecto por usted. Deseé haberme equivocado... no en mi afecto, sino en el juicio que debía formularme.

— En efecto, su juicio era falso.

— ¿No es cierto? — dijo él, tomándome bruscamente la mano

— Escuche: debo irme muy pronto, pero quisiera verlo todavía. Mi viaje ha de ser esta vez más largo y arriesgado que todos los otros; no sé cuándo estaré de vuelta. Debo partir dentro de quince días; todos ignoran aquí que saldré tan pronto, y se lo digo a usted secretamente. Parto al alba. La noche que precede un viaje es cada vez para mí una noche de horribles angustias. Pruébeme usted que no es hombre de principios; ¿puedo contar con que pase esa última noche conmigo?

— Pero habremos de vernos antes — le dije, algo sorprendido.

— No. Durante estos quince días no estoy para nadie; ni siquiera permaneceré en París. Mañana salgo para Budapest, y en seis días debo hallarme en Roma. Aquí y allá hay amigos a quienes quiero abrazar antes de salir de Europa. Otro me espera en Madrid... Queda entendido; pasaré esa noche de vela con usted.

— Y beberemos vino de Chiraz — dijo Menalcas.

Días después de esta velada, Marcelina empezó a desmejorar. Ya he dicho que se fatigaba con frecuencia, pero evitaba siempre el quejarse; como yo atribuía esa fatiga a su estado, la creía muy natural y no me inquietaba. Un viejo médico, lo bastante tonto o mal informado, había empezado por darnos excesivas seguridades. Con todo, nuevas manifestaciones acompañadas de fiebre me decidieron a llamar al doctor Tr., que pasaba entonces por el más notable especialista. Se asombró de que no lo hubiese llamado antes, y prescribió un estricto régimen que Marcelina hubiera debido cumplir desde tiempo atrás. Con un valor lleno de imprudencia, Marcelina se había excedido hasta ese día en sus esfuerzos; ahora le era forzoso permanecer tendida en un diván hasta el alumbramiento, que se esperaba para fines de enero. Un poco inquieta sin duda, y más dolorida de lo que confesaba, Marcelina se plegó suavemente a las más molestas prescripciones. Una breve rebelión la agitó, sin embargo, cuando Tr. le hizo tomar quinina en dosis que a su juicio podían hacer sufrir al niño. Durante tres días rehusó obstinadamente

tomarla; luego, al aumentar la fiebre, debió someterse también a esto; pero lo hizo con una gran tristeza, y como un doloroso renunciamiento al porvenir; una especie de resignación religiosa quebró la voluntad que la sostenía hasta entonces, de suerte que su estado empeoró bruscamente durante los pocos días que siguieron.

Rodeé a Marcelina de los mayores cuidados, y la tranquilicé lo mejor que pude sirviéndome de las mismas palabras de Tr., quien no la creía demasiado grave. Pero la violencia de sus temores terminó por alarmarme. ¡Ah, cuán peligrosamente descansaba ya nuestra dicha en la esperanza! Y qué incierto el futuro En principio sólo encontraba gusto en el pasado — pensé — y el súbito sabor del instante ha podido embriagarme un día, pero el futuro desencanta la hora presente, aún más de lo que el presente desencantó el pasado; y desde nuestra noche de Sorrento, todo mi amor, toda mi vida se proyectan ya sobre el porvenir.

Así llegó la noche que había yo prometido a Menalcas; a pesar de mi fastidio por tener que abandonar a Marcelina una entera velada de invierno, le hice comprender y aceptar lo mejor posible la solemnidad de la cita, la gravedad de mi promesa. Marcelina estaba aquella noche un poco mejor, y sin embargo yo me sentía inquieto; una enfermera me reemplazó a su lado. Apenas en la calle, mi inquietud adquirió una fuerza nueva; la rechacé, luché contra ella, irritándome contra mi mismo por no saber librarme mejor. Alcancé así poco a poco un estado de sobre tensión, de exaltación singular, muy diferente y próxima a la vez de la inquietud dolorosa que la hiciera nacer, pero más cercana aún a la felicidad. Era tarde, caminaba a grandes pasos; la nieve comenzó a caer abundantemente; me sentía feliz al respirar por fin un aire más vivo y luchar contra el frío, feliz contra el viento, la noche, la nieve; y saboreaba mi energía.

Menalcas, que me oyó llegar, apareció en el rellano de la escalera. Me esperaba impaciente. Estaba pálido y parecía un poco nervioso. Quitome el abrigo, forzándome a cambiar mis botas mojadas por blandas babuchas persas. En una mesita cerca del fuego había golosinas. Dos lámparas iluminaban el aposento, pero menos que la chimenea misma. Menalcas empezó por informarse de la salud de Marcelina, y para simplificar le dije que estaba muy

bien.

— ¿Esperan ustedes pronto el niño? — preguntó.

— Dentro de un mes.

Menalcas se inclinó sobre el fuego, como si hubiera querido ocultar su rostro. Callaba. Calló tanto tiempo que me sentí profundamente incómodo, no sabiendo qué decirle. Me levanté, di algunos pasos y luego, acercándome a él, le puse la mano en el hombro. Entonces, como si continuara su pensamiento:

— Hay que escoger — murmuró — Lo importante es saber qué se quiere...

— ¡Cómo! ¿No quiere usted partir? — pregunté, vacilando sobre el sentido que debía dar a sus palabras.

— Así parece.

— ¿Vacila entonces?

— ¿Para qué? Usted que tiene mujer e hijos, quédese... De las mil formas de vida, cada uno sólo puede conocer una. Envidiar la dicha de otro es locura; no se sabría utilizarla. La dicha no se da hecha, sino a medida... Parto mañana; lo sé: He querido cortar esa dicha a mi medida... Guarde usted la dicha tranquila del hogar...

— También yo había cortado mi dicha a mi medida — exclamé — Pero he crecido, y ahora mi dicha me aprieta; a veces, me siento casi estrangulado...

— ¡Bah, ya se conformará usted! — dijo Menalcas.

Estaba de pie delante de mí, hundiendo su mirada en mis ojos, y como no encontrara yo nada que decir sonrió con alguna tristeza.

— Uno cree que posee, y es poseído — continuó — Sírvese usted Chiraz, querido Miguel; no lo saboreará con frecuencia; y coma esas pastas rosa con que los persas lo acompañan. Quiero beber con usted esta noche, olvidar que parto mañana, y hablar como si la noche fuera larga... ¿Sabe usted qué es lo que vuelve hoy letra muerta a la poesía, y sobre todo a la filosofía? El haberse separado de la vida. Grecia idealizaba incluso la vida; de suerte que la vida del artista era ya en sí misma una realización poética, la vida del filósofo, una puesta en acción de su filosofía; de modo que, mezcladas a la vida en lugar de ignorarse, la filosofía alimentaba a la poesía, la poesía expresaba la filosofía, y el todo era de una admirable persuasión. Hoy la belleza ya no actúa; la acción no se

cuida de ser bella; y la sabiduría opera aparte.

— ¿Por qué — le dije — no escribe sus memorias, usted que vive su sabiduría? O por lo menos — agregué al ver que sonreía — los recuerdos de sus viajes...

— Porque no quiero recordar — repuso Menalcas — Me parecería que impido al futuro llegar, que ayudo a ganar terreno al pasado. Es del perfecto olvido del ayer que creo la novedad de cada hora. Jamás me basta el haber sido feliz. No creo en las cosas muertas, y confundo el no ser más con el no haber sido nunca.

Me irrité ante esas palabras, que precedían demasiado mi pensamiento; hubiera querido echarme atrás, detenerlo; pero en vano buscaba contradecir a Menalcas, aparte de que me irritaba mucho más contra mí mismo que contra él. Permanecí pues en silencio. En cuanto a él, tan pronto iba y venía al modo de una fiera en su jaula, tan pronto se inclinaba sobre el fuego o callaba largamente, hasta decir de pronto con brusquedad:

— ¡Si por lo menos nuestros mediocres cerebros supieran embalsamar bien los recuerdos! Pero los recuerdos se conservan mal; los más delicados se mondan, los más voluptuosos se pudren; los más exquisitos son luego los más peligrosos. Aquello de que nos arrepentimos, era exquisito al principio.

Un nuevo prolongado silencio; y después, continuando:

— Nostalgias, remordimientos, arrepentimientos, son alegrías de otro tiempo vistas de espaldas. No me gusta mirar hacia atrás, y abandono mi pasado a lo lejos, como el pájaro abandona su sombra para remontar el vuelo. ¡Ah, Miguel! Toda alegría nos espera siempre, pero quiere encontrar el lecho vacío, ser la única, y que arribemos a ella como un viudo. ¡Ah, Miguel! Toda alegría es semejante a aquel maná del desierto que se corrompe de un día a otro; es semejante al agua de la fuente Amelés de que habla Platón, y que no podía guardarse en recipiente alguno... Que cada instante se lleve lo que había traído.

Menalcas habló todavía largo tiempo; no puedo repetir aquí todas sus frases; muchas, sin embargo, se grabaron en mi, tanto más fuertemente cuanto que hubiera querido olvidarlas al instante; y no porque me enseñaran nada muy nuevo... pero sí porque ponían bruscamente al desnudo mi pensamiento; un pensamiento que yo

cubría con tantos velos que había podido casi esperar asfixiarlo. Así transcurrió la velada.

Cuando, por la mañana, después de haber acompañado a Menalcas hasta el tren que se lo llevó, regresaba solo para reunirme con Marcelina, sentí que me invadía una tristeza abominable, un odio contra la alegría cínica de Menalcas.

Quería yo que esa alegría fuese artificial; me esforzaba por negarla. Irritábame el no haber sabido contestarle nada; me irritaba el haber dicho algunas palabras que le hicieran dudar de mi dicha, de mi amor. Y me refugiaba en mi dudosa felicidad, en mi calma serenidad como decía Menalcas; no podía, ¡ay!, apartar la inquietud, pero pretendía que esa inquietud sirviera de alimento al amor. Me inclinaba hacia el porvenir donde veía yo a mi niño sonreírme; para él se reformaba y fortificaba mi moral... Decididamente, marchaba con paso firme.

¡Ay! Cuando llegué a casa, aquella mañana, un desorden insólito me esperaba al entrar. La enfermera vino a mi encuentro y me informó, con palabras discretas, que mi mujer se había sentido horriblemente angustiada durante la noche, y que luego empezaron los dolores, bien que Marcelina no se creyera al término de su embarazo; sintiéndose muy mal, había mandado buscar al médico y éste, venido a toda prisa, no se había separado aún de la enferma; luego, sin duda viendo mi palidez, la enfermera quiso tranquilizarme, asegurándome que todo iba ya mejor, que... Me precipité a la habitación de Marcelina.

El aposento estaba apenas iluminado; al principio sólo vi al médico que me impuso silencio con un movimiento de la mano; después, en la sombra, una figura que no conocía. Ansiosamente, sin hacer ruido, me acerqué al lecho. Marcelina tenía los ojos cerrados; estaba tan terriblemente pálida que al principio la creí muerta; pero, sin abrir los ojos, giró hacia mí la cabeza. En un oscuro rincón de la pieza la figura desconocida ordenaba y ocultaba diversos objetos; vi instrumentos relucientes, algodón; vi, creí ver, un género manchado de sangre... Sentí que me tambaleaba. Estuve a punto de caer contra el médico, que me sostuvo. Comprendía, ahora; tenía miedo de comprender...

— ¿El niño...? — pregunté ansiosamente.

Tuvo un triste encogimiento de hombros... Sin saber ya lo que hacía, me arrojé contra el lecho sollozando. ¡Ah! ¡Súbito porvenir! El terreno cedía bruscamente bajo mi paso; ante mi no quedaba más que un agujero vacío donde me precipitaba por entero.

Todo se confunde aquí en un tenebroso recuerdo. Marcelina, sin embargo, pareció reponerse al comienzo sin tardanza. Como las vacaciones de principio de año me daban algún respiro, pude pasar junto a ella casi todas las horas del día. A su lado leía, escribía, leyendo también para ella en voz baja. Jamás salía de casa sin traerle algunas flores. Me acordaba de los tiernos cuidados con que me rodeara cuando estuve enfermo, y la rodeaba a mi vez de tanto amor que a veces ella sonreía como dichosa. Ni una palabra cambiamos acerca del triste accidente que mataba nuestras esperanzas...

Luego se declaró la flebitis; y cuando empezaba a ceder, una súbita embolia puso a Marcelina entre la vida y la muerte. Era de noche; me veo inclinado sobre ella, sintiendo en mi corazón detenerse o revivir el suyo. ¡Cuántas noches la velé así! La mirada obstinadamente fija en ella, esperando insinuar a fuerza de amor un poco de mi vida en la suya... Y si no pensaba ya mucho en la felicidad, mi única triste alegría era ver sonreír alguna vez a Marcelina.

Mi curso se había reanudado. ¿Dónde encontraba fuerzas para preparar lecciones para dictarlas? Mi recuerdo se pierde, y no sé cómo se sucedieron las semanas... Hay, sin embargo, un menudo incidente que quiero repetiros:

Es de mañana, poco tiempo después de la embolia; estoy junto a Marcelina. Parece sentirse algo mejor, pero aún le está prescrita la más absoluta inmovilidad; ni siquiera debe mover los brazos. Me inclino para darle de beber, y cuando ha bebido y yo permanezco todavía inclinado sobre ella, con una voz que su turbación vuelve aún más débil la oigo pedirme un cofrecito que sus ojos me señalan; está allí, sobre la mesa. Lo abro, lo encuentro lleno de cintas, de moños, de pequeñas joyas sin valor; ¿qué quiere de él? Traigo la caja junto al lecho, y voy sacando uno a uno los objetos. ¿Es éste? ¿Y éste? No... Tampoco. Y siento que se inquieta un poco.

— ¡Ah, Marcelina, es este pequeño rosario que quieres!

Se esfuerza por sonreír.

— ¿Temes, entonces, que no te cuide bastante?

— ¡Oh, amigo mío! — murmura. Y me acuerdo de nuestra conversación de Biskra, de su temeroso reproche al oírme rechazar lo que ella llama «la ayuda de Dios». Un poco rudamente, continúo:

— Me curé muy bien solo.

— He rogado tanto por ti — responde Marcelina. Lo dice tiernamente, tristemente; siento en su mirada una suplicante ansiedad Tomo el rosario y lo deslizo en su mano desfallecida que descansa sobre la sábana, contra ella. Una mirada llena de lágrimas y de amor me recompensa pero a la que no puedo responder; todavía permanezco allí un instante, sin saber qué hacer, lleno de incomodidad. Por fin, incapaz de contenerme:

— Adiós — le digo, y salgo de la habitación, hostil, y como si me hubieran expulsado.

La embolia, sin embargo, había determinado desórdenes graves; el horrible coágulo de sangre que el corazón rechazara, fatigaba y congestionaba los pulmones, obstruía la respiración, la tornaba difícil y sibilante. Ya no pensaba yo verla mejorarse. La enfermedad había entrado en Marcelina, la habitaba desde ahora, la marcaba, la manchaba. Era una cosa deshecha.

III

La estación se hacia más propicia. Apenas concluido mi curso, conduje a Marcelina a La Moriniere, pues el médico afirmaba que todo peligro mayor había pasado y nada era mejor que un aire puro para completar la mejoría. Yo mismo tenía gran necesidad de descanso. Aquellas veladas que me tocara soportar casi solo, la angustia prolongada, y sobre todo una especie de simpatía física que, en ocasión de la embolia de Marcelina, me llevara a sentir en mi los horribles sobresaltos de su corazón, todo ello me había fatigado como si yo mismo acabara de estar enfermo.

Hubiera preferido llevar a Marcelina a la montaña; pero manifestó el más vivo deseo de volver a Normandia, sosteniendo

que ningún clima le sentaría mejor, y recordándome que debía yo volver a esas dos granjas de las que un tanto temerariamente me encargara. Me persuadió de que era responsable y que me debía a mi mismo el triunfar. Apenas llegamos, y ya me impulsaba ella a correr a las tierras. No sé si en su amistosa insistencia no entraba mucho de abnegación: temor de que, al creerme retenido junto a ella por los cuidados que aún era preciso prodigarle, no sintiera yo lo bastante amplia mi libertad. Marcelina mejoraba, sin embargo; la sangre volvía a teñir sus mejillas; y nada me sosegaba tanto como advertir menos tristeza en su sonrisa. Podía dejarla sola sin temor.

Volví, pues, a las granjas. Apilaban ya el primer heno. El aire, cargado de polen, de olores, me aturdió en el primer momento como una bebida espirituosa. Me pareció que no respiraba desde hacia un año, o que sólo había respirado polvo, tan dulcemente penetraba en mi la atmósfera. Desde el talud donde me sentara, como ebrio, dominaba La Moriniere; veía sus techos azules, las aguas durmientes de sus fosos; en torno, los campos segados, otros llenos de pastos; más lejos, la curva del arroyo; y más lejos aún, los bosques donde me paseaba con Carlos el otoño pasado. Los cantos que venía oyendo desde hacia un rato se aproximaron; eran forrajeros que regresaban, la horquilla o el rastrillo al hombro. Los trabajadores — a casi todos los cuales reconocí — me hicieron recordar penosamente que no estaba allí como viajero encantado, sino como amo. Me acerqué, les sonreí, hablamos, y me informé largamente sobre cada uno de ellos. Ya Bocage, por la mañana, me había advertido del estado de los cultivos; además, y en correspondencia regular, no dejó nunca de tenerme al corriente de los menores sucesos en las granjas. La explotación no andaba mal, y aun mucho mejor de lo que Bocage me había hecho esperar. Me aguardaban, sin embargo, para tomar algunas decisiones importantes, y durante varios días dirigí todo aquello lo mejor posible, sin placer, pero adhiriendo a esta apariencia de trabajo mi deshecha vida.

Apenas estuvo Marcelina lo bastante bien como para recibir, algunos amigos vinieron a vivir con nosotros. Su compañía afectuosa y nada molesta agradaba a Marcelina, pero hizo que yo me alejara aún con más gusto de la casa. Prefería el contacto con

las gentes de la granja; pensaba que junto a ellas tendría más que aprender; y no porque los interrogase mucho... No alcanzo en verdad a expresar esta especie de júbilo que experimentaba junto a ellos; me parecía sentir a través suyo; y mientras la conversación de nuestros amigos, aun antes de que empezaran a hablar, me era ya enteramente conocida, la sola visión de estos míseros me causaba un deslumbramiento continuo.

Si al comienzo se hubiera dicho que ponían en responderme toda la condescendencia que yo evitaba poner al interrogarlos, muy pronto soportaron mejor mi presencia. Cada vez entraba más en contacto con ellos. No contento con seguirlos al trabajo, quería verlos en sus juegos; sus obtusos pensamientos no me interesaban, pero asistía a sus comidas, escuchaba sus bromas, vigilaba amorosamente sus placeres. Aquello, dentro de una especie de simpatía semejante a la que sobresaltaba mi corazón con los sobresaltos del de Marcelina, era un eco inmediato de cada sensación ajena a mi... y no un eco vago, sino preciso, agudo. Sentía yo en mis brazos la curva de los del segador; estaba cansado de su cansancio; el trago de sidra que él bebía me quitaba la sed; la sentía deslizarse en mi garganta; un día, afilando su hoz, uno de ellos se la clavó hondamente en el pulgar; yo sentí su dolor hasta el hueso.

Me parecía, así, que mi visión no era va la única que me hacía conocer el paisaje, sino que lo alcanzaba además por una especie de contacto que aquella extraña simpatía tornaba ilimitado.

La presencia de Bocage me molestaba; cuando venía era preciso ponerse en amo, y yo no hallaba en ello placer alguno. Mandaba aún — era necesario — y dirigía a mi modo a los trabajadores; pero no montaba ya a caballo, por temor a dominarlos demasiado. Sin embargo, a pesar de las precauciones que tomaba para que no les molestase mi presencia y no se sintieran embarazados, seguía ante ellos como antes, invadido de una mal hadada curiosidad. La existencia de cada uno continuaba siendo misteriosa. Me daba la impresión en todo momento de que una parte de su vida se ocultaba. ¿Qué hacían cuando no estaba yo allí? Me negaba a creer que no se divertieran más que eso. Y a cada uno le prestaba un secreto que me obstinaba en conocer. Merodeaba,

seguía, espiaba. Adheríame a las más rústicas naturalezas, como si de su oscuridad esperara, para alumbrarme, alguna luz.

Uno, sobre todo, me atraía: era bastante hermoso, grande, nada tonto, pero llevado únicamente por el instinto; hacía las cosas súbitamente y se abandonaba a todo impulso pasajero. No era de la región; lo habían contratado por casualidad. Excelente trabajador durante dos días, se embriagaba totalmente el tercero. Una noche fui furtivamente para verlo en el hórreo; estaba tirado en el heno, dormía con un espeso sueño borracho. ¡Cuánto rato lo miré...! Un buen día partió como había llegado. Hubiera yo querido saber por qué caminos... Aquella misma noche supe que Bocage lo había despedido.

Me sentí furioso contra Bocage, y lo hice venir.

— Parece que ha despedido usted a Pedro — empecé — ¿Quiere decirme cuál es el motivo?

Un poco confuso por mi cólera, que buscaba yo contener lo mejor posible, repuso:

— El señor no querría guardar aquí a un borracho que echaba a perder a los mejores obreros...

— Sé mejor que usted lo que quiero guardar.

— ¡Un perdido! Ni siquiera se sabe de dónde viene. Aquí eso no causaba buen efecto... Si una noche hubiera pegado fuego al hórreo, tal vez el señor hubiera estado contento.

— Pero eso es cuenta mía, después de todo, y supongo que la granja me pertenece... Tengo intención de dirigirla como me plazca; en adelante, me hará usted saber sus razones antes de despedir a nadie.

Ya he dicho que Bocage me había conocido de niño; por muy hiriente que fuera el tono de mis palabras, me quería demasiado para enojarse mucho. Ni siquiera me tomó lo suficientemente en serio. Con frecuencia el campesino normando se niega a dar crédito a aquello cuyo móvil se le escapa, es decir, aquello que no está determinado por el interés. Bocage consideraba la querella como un simple malhumor.

Empero, no quise yo interrumpir el diálogo con una censura, y sintiendo que me había mostrado demasiado vivo, busqué alguna cosa que agregar.

— ¿No debe volver pronto su hijo Carlos? — me decidí a preguntarle luego de un instante de silencio.

— Pensaba que el señor lo había olvidado, al ver lo poco que se inquietaba por él — dijo Bocage, todavía ofendido.

— ¡Olvidarlo yo, Bocage! ¿Cómo podría olvidarlo después de todo lo que hicimos juntos el año pasado? Incluso cuento grandemente con él para las granjas...

— El señor es muy bueno. Carlos debe volver dentro de ocho días.

— Vaya, eso me alegra mucho, Bocage... — Y lo despedí.

Bocage tenía casi razón; no me había olvidado de Carlos, pero me preocupaba muy poco de él. ¿Cómo explicar que después de una camaradería tan fogosa no sintiera más que una mustia falta de curiosidad? Es que mis ocupaciones y mis gustos no eran ya los del año pasado. Mis dos granjas, debía confesármelo, me interesaban menos que las gentes empleadas en ellas y para frecuentarlas, la presencia de Carlos iba a resultar molesta. Era demasiado razonable y se hacía respetar en exceso. A pesar de la viva emoción que su recuerdo despertaba en mí, veía con temor aproximarse su regreso.

Regresó... ¡Ah, cuánta razón tenía en temer, y qué bien hacia Menalcas al renegar de todo recuerdo! Vi entrar, en lugar de Carlos, a un absurdo señor llevando un ridículo sombrero hongo. ¡Dios, cómo había cambiado! Incómodo, contenido, traté, sin embargo, de no responder con demasiada frialdad a la alegría que mostraba al verme nuevamente; pero esa misma alegría me desagradó; era torpe, y no me pareció sincera. Lo había recibido en el salón, y como era tarde no distinguía muy bien su rostro; pero cuando trajeron la lámpara observé con disgusto que se había dejado crecer las patillas.

La conversación fue aquella noche bastante apagada. Después, seguro de que Carlos no dejaría de pasar todo el tiempo en las granjas, evité ir allá durante ocho días, y me replegué en mis estudios y la compañía de mis huéspedes. Más tarde, tan pronto empecé a salir de nuevo, me vi requerido por una ocupación enteramente nueva.

Los leñadores habían invadido los bosques. Todos los años se

vendía una parte; divididos en doce cortes iguales, sumados a algunos terrenos de los que no se esperaba ningún rendimiento, los bosques daban anualmente una vegetación de doce años que se cortaba y reunía en haces.

Este trabajo se cumplía en invierno, ya que antes de primavera, y según las cláusulas de la venta, los leñadores debían vaciar el corte. Pero tal era la incuria del viejo Heurtevent, vendedor de leña que dirigía la operación, que a veces la primavera penetraba en el corte aún sin remover; se veían entonces nuevos frágiles brotes alargándose a través de los ramajes muertos, y cuando finalmente venían los leñadores a vaciar el corte, no lo hacían sin estropear buena cantidad de yemas.

Aquel año la negligencia del viejo Heurtevent excedió nuestros temores. A falta de otra oferta, había yo debido dejarle el corte a muy bajo precio; por eso, y seguro de obtener en todo momento su ganancia, no se ocupaba en levantar la leña de un bosque que pagara tan barato. Difería el trabajo de semana en semana, pretextando una vez la falta de obreros, luego el mal tiempo, después un caballo enfermo, obligaciones, otros trabajos... ¡qué sé yo! Tanto, que a mediados del verano aún no se había recogido la leña.

Si una cosa así me hubiera irritado el año anterior en el más alto grado, esta vez me dejaba bastante tranquilo; no se me ocultaba el gran daño que Heurtevent me ocasionaba, pero aquellos bosques así devastados eran hermosos, y yo me paseaba con gusto, espiando, observando la caza, sorprendiendo las víboras, y a veces sentándome largo tiempo en uno de los troncos tendidos que parecía vivir aún y arrojaba por sus heridas unas ramillas verdes.

Luego, súbitamente y a mediados de la primera quincena de agosto, Heurtevent decidió enviar a sus hombres. Vinieron seis de una vez, pretendiendo concluir todo el trabajo en diez días. La parte explotada del bosque alcanzaba casi hasta La Valterrie; consentí, para facilitar el trabajo de los leñadores, en que les llevaran la comida de la granja. El encargado de este trabajo era un gracioso llamado Bute, que el regimiento acababa de enviarnos enteramente podrido... quiero decir en cuanto al espíritu, pues su cuerpo andaba de maravilla. De entre mis gentes, era uno de los que yo prefería

para charlar. Pude así verlo otra vez sin ir expresamente a la granja, pues precisamente entonces empezaba yo a salir de nuevo. Durante algunos días no abandoné los bosques, y apenas si volvía a La Moriniere para las comidas, haciéndome esperar con frecuencia. Fingía estar inspeccionando los trabajos, pero la verdad es que solamente veía a los trabajadores.

A aquella banda de seis hombres se agregaban a veces dos de los hijos de Heurtevent; uno tenía veinte años y el otro quince; eran esbeltos, de piernas algo arqueadas, facciones duras. Parecían de tipo extranjero, y supe efectivamente más tarde que su madre era española. Al principio me sorprendí de que la mujer hubiese llegado hasta la región, pero Heurtevent, vagabundo rematado en su juventud, habíase, al parecer, casado con ella en España. Por esa razón era mal visto en el país. La primera vez que me encontré con el más joven de los hijos — lo recuerdo bien — fue bajo la lluvia; estaba solo, sentado en una alta carreta y en lo más encimado de un amontonamiento de haces de leña; allí, bien tirado entre las ramas, cantaba, o más bien vociferaba una especie de extraño ritmo como jamás oyera yo en la región. Los caballos que arrastraban la carreta, y que conocían el camino, avanzaban sin ser guiados. No puedo decir el efecto que aquel canto produjo en mí; porque sólo en África había escuchado algo parecido. El pequeño, exaltado, parecía ebrio; ni siquiera me miró cuando pasé a su lado. Al otro día supe que era uno de los hijos de Heurtevent. Para verlo otra vez, o al menos para esperarlo, me iba yo demorando en el corte del bosque. Bien pronto terminaron de vaciarlo. Los muchachos Heurtevent no vinieron más que tres veces. Parecían orgullosos, y no pude obtener de ellos una sola palabra.

Bute, por el contrario, gustaba contarlo todo; hice de manera que bien pronto advirtió que podía decirme cualquier cosa; desde entonces no se contuvo en absoluto, y desnudó a todo el mundo. Ávidamente me inclinaba yo sobre su misterio. A un mismo tiempo excedía mi esperanza, y no me contentaba. ¿Sería realmente eso lo que gruñía debajo de la apariencia? ¿O tal vez se tratara de una nueva hipocresía? ¡No importa! E interrogaba a Bute como había interrogado los informes crónicas de los godos. De sus relatos emanaba un turbio vapor de abismo que me subía ya a la cabeza y

que husmeaba inquietamente. Supe por Bute que Heurtevent se acostaba con su hija. Temí, de manifestar la menor condenación, que toda confidencia se detuviera allí. Sonreí entonces, impulsado por la curiosidad.

— ¿Y la madre? ¿No dice nada?

— ¡La madre! Pero si hace doce años que ha muerto y le pegaba.

— ¿Cuántos son de familia?

— Cinco hijos. Usted ha visto al mayor y al más joven. Hay otro de dieciséis años, que no es muy fuerte, y que quiere hacerse cura. Y luego la hija mayor, que tiene ya dos hijos del padre

Poco a poco aprendí muchas otras cosas que hacían de la casa de los Heurtevent un sitio ardiente, de olor fuerte, en torno al cual mi imaginación giraba, pese a mi voluntad, como una mosca en la carne.

Una noche, el hijo mayor había querido violar a una sirvienta; como ella se debatiera, el padre intervino para ayudar a su hijo, y la sujetó con sus manazas; a todo esto, en el piso de arriba el hijo segundo continuaba tiernamente sus plegarias, y el menor, testigo del drama, se divertía. Por lo que se refiere a la violación, me figuro que no debió ser muy difícil, pues Bute contaba que poco tiempo después, gustando ya de aquello, la sirvienta había tratado de corromper al curita.

— ¿Y el ensayo dio resultado? — le pregunté.

— El chico se defiende todavía, pero ya no tanto — repuso Bute.

— ¿No dijiste que había otra hija?

— Que toma todo lo que se le ofrece y aun lo que no se le ofrece. Cuando eso le viene, hasta estaría dispuesta a pagar. Pero no conviene tumbarla en casa del padre; es de los que pegan. Dice siempre que en la familia hay derecho de hacer lo que les venga en gana pero que eso no concierne a los demás. Pedro, el muchacho de la granja que usted despidió, no hablaba mucho del asunto, pero una noche salió de la casa con un buen agujero en la cabeza. Desde ese día todos prefieren hacer la cosa en el bosque del castillo.

Entonces, y animándolo con la mirada:

— ¿Has probado, tú? — le pregunté.

Bajó los ojos para guardar la forma, y repuso divertido:

— A veces — Luego, alzando rápido los ojos — El más chico del viejo Bocage también.

— ¿Cuál más chico del viejo Bocage?

— Alcides, ese que duerme en la granja. ¿El señor no lo conocía?

Estaba yo estupefacto al enterarme de que Bocage tenía otro hijo.

— La verdad — continuó Bute — el año pasado estaba todavía en casa de su tío. Pero es muy raro que el señor no lo haya encontrado todavía en los bosques. Casi todas las noches hace caza furtiva.

Bute había dicho estas últimas palabras en voz más baja. Me miró bien, y comprendí que era imperioso que sonriera. Entonces, satisfecho, continuó:

— El señor sabe condenadamente bien que le cazan en sus bosques. ¡Bah! Los bosques son grandes y eso no hace daño

Me mostré tan poco disgustado, que, bien pronto, enardecido — y creo hoy que dichoso por poder perjudicar un poco a Bocage — Bute me mostró en una hondonada los lazos tendidos por Alcides, y me enseñó un lugar del seto donde podía yo tener la casi seguridad de sorprenderlo. Quedaba en lo alto de un talud, una estrecha abertura en el seto que formaba límite y por el cual Alcides tenía costumbre de pasar hacia las seis. Allí, muy divertidos, Bute y yo tendimos un hilo de cobre perfectamente disimulado. Entonces, después de hacerme jurar que no lo denunciaría, Bute se marchó, pues no quería comprometerse. Yo me acosté contra el borde opuesto del talud, y esperé.

Así, tres noches, esperé en vano. Comenzaba a creer que Bute me la había jugado... Por fin, a la cuarta noche, oigo acercarse un paso muy liviano. Mi corazón late con fuerza, y súbitamente comprendo la atroz voluptuosidad del cazador furtivo... El lazo está tan bien puesto, que Alcides va a él derecho. Lo veo tenderse bruscamente, apresado el tobillo. Quiere escapar, cae nuevamente, y se debate como un venado. Pero ahora lo tengo en mis manos. Es un malvado chiquillo, de ojos verdes, cabellos como hilaza y

expresión socarrona. Me tira puntapiés; luego, inmovilizado, intenta morder, y como no le es posible, empieza a lanzarme a la cara las injurias más extraordinarias que haya yo escuchado hasta entonces. Por fin, incapaz de contenerme, estallo en carcajadas. Entonces él calla, me mira, y dice luego en voz más baja:

— Gran bruto, bien que me ha estropeado...

— Déjame ver.

Baja su media sobre las galochas y muestra el tobillo, donde apenas se distingue una huella levemente rosada.

— Si no es nada...

Sonríe un poco, y agrega luego solapadamente:

— Le voy a decir a mi padre que es usted el que pone los lazos.

— ¡Caramba, si es uno de los tuyos!

— Bah, seguro que no es usted el que puso éste...

— ¿Por qué no?

— No lo habría hecho tan bien. Muéstreme, a ver cómo los hace.

— Enséñame tú...

Aquella noche volví muy tarde a cenar, y como no se sabía en dónde estaba, encontré a Marcelina sumamente inquieta. No le dije, sin embargo, que venía de tender seis trampas y que en lugar de regañar a Alcides le había dado unas monedas.

Al otro día, yendo con él a revisar sus lazos, tuve la diversión de encontrar dos conejos atrapados; naturalmente, se los dejé. La caza no estaba aún abierta. ¿En qué se convertían entonces esas presas que no podían exhibirse sin riesgo? Alcides se rehusó a confesármelo. Finalmente llegué a saber — otra vez gracias a Bute — que Heurtevent era un encubridor maestro, y que el menor de sus hijos hacía de intermediario entre él y Alcides. ¿Podría penetrar ahora más hondamente en aquella hosca familia? ¡Con qué pasión continué la caza!

Todas las noches me encontraba con Alcides; atrapamos conejos en gran número, y cierta vez hasta un corzo; vivía aún... y no me acuerdo sin horror de la alegría que tuvo Alcides al matarlo. Pusimos el corzo en lugar seguro, donde el hijo de Heurtevent pudiese venir a buscarlo por la noche.

Desde entonces yo no salí con tanto gusto de día; los bosques vacíos me proporcionaban menos atractivos. Incluso intenté trabajar; triste trabajo sin finalidad — puesto que al finalizar mi curso me había negado a continuar la suplencia — trabajo ingrato y del que me distraía súbitamente el menor canto, el menor ruido en el campo. Todo grito se me hacía llamada. ¡Cuántas veces salté así de mi lectura a la ventana, para no ver pasar nada! Cuántas veces, saliendo bruscamente... La única atención de que me sabía capaz era la de todos mis sentidos.

Pero cuando caía la noche — y la noche caía prontamente, ahora — llegaba nuestra hora, cuya hermosura hasta entonces no sospechara; salía entonces como entran los ladrones. Me había hecho ojos de pájaro nocturno. Admiraba la hierba más moviente y alta, los espesos árboles. La noche lo ahuecaba todo, alejaba, volvía distante el suelo y profunda toda superficie. El más firme sendero parecía peligroso. Sentía uno despertar en todos lados aquello que vivía una existencia tenebrosa.

— ¿Dónde cree tu padre que estás ahora?

— Cuidando los animales, en el establo.

Sabía yo que Alcides dormía allí, junto a las palomas y las gallinas; cuando lo encerraban por la noche, huía a través de un agujero del techo; y guardaba en sus ropas un tibio olor de gallinero...

Después, bruscamente, y apenas recogida la caza, se hundía en la noche como en una trampa, sin un gesto de adiós, sin siquiera despedirse hasta mañana. Sabía yo que antes de volver a la granja donde los perros callaban para él, se veía con el pequeño Heurtevent y le entregaba su provisión. ¿Pero dónde? Tal era lo que mi deseo no alcanzaba a sorprender; amenazas, astucias, todo fracasaba; los Heurtevent no dejaban acercarse a nadie. Y no sé yo dónde triunfaba mejor mi locura: si en perseguir un misterio mediocre que reculaba eternamente ante mí, o en inventar tal vez el misterio a fuerza de curiosidad... ¿Pero qué hacía Alcides al dejarme? ¿Se acostaba realmente en la granja, o sólo lo hacía creer así al granjero? ¡Ah, bien podía yo comprometerme! Lo único que lograba era que me perdiese aún más el respeto, sin aumentar por eso su confianza; y ello me encolerizaba y afligía al mismo tiempo...

Bruscamente desaparecido Alcides, me quedaba en una tremenda soledad; retornaba a través de los campos, pisando las hierbas pesadas de rocío, ebrio de noche, de vida salvaje y anarquía, empapado, sucio de barro, cubierto de hojas.

A lo lejos, en La Moriniere, como un apacible faro parecía guiarme la lámpara de mi cuarto de trabajo donde Marcelina me creía encerrado; o la de su habitación, pues la había persuadido de que no me era posible dormir si no salía antes de noche. Era cierto; me daba horror el lecho, y hubiera preferido dormir en el hórreo.

La caza abundaba ese año. Conejos, liebres y faisanes se sucedían. Viendo que todo andaba muy bien, Bute acudió tres noches más tarde, dispuesto a reunirse con nosotros.

Al sexto día de caza furtiva sólo encontramos dos lazos sobre doce; alguien los había robado durante el día. Bute me pidió cinco francos para comprar alambre de cobre, ya que el de hierro no servía.

Al día siguiente tuve el placer de encontrar mis diez lazos en casa de Bocage, y debí aprobar su celo. Lo más curioso era que el año pasado había yo inconsideradamente prometido diez sueldos por cada lazo levantado; tuve, pues, que darle cinco francos a Bocage. Entretanto, con sus cinco francos, Bute compraba alambre de cobre. Cuatro días después, la misma historia: nuevamente diez lazos levantados. De nuevo cinco francos a Bocage; de nuevo cinco francos a Bute. Y como lo felicito:

— No es a mí a quien hay que felicitar — responde Bocage — Es a Alcides.

— ¡Vamos...! — demasiada sorpresa puede perderme; me contengo.

— Sí — continúa Bocage — Qué quiere usted, señor, estoy viejo y demasiado absorbido por la granja. El pequeño vigila los bosques por mí; los conoce bien, es astuto y sabe mejor que yo adonde ir a buscar y encontrar las trampas.

— Lo creo sin ningún esfuerzo, Bocage.

— Entonces, de cada diez sueldos que da el señor, yo le entrego cinco por cada trampa.

— La verdad es que lo merece. ¡Demonios! ¡Veinte lazos en cinco días! Ha trabajado muy bien. Los cazadores furtivos tendrán

que convencerse, y apuesto a que se toman un descanso.

— ¡Oh, no, señor! Más lazos se levantan, más se encuentran. La caza se vende este año muy cara, y por los pocos centavos que les cuesta...

Me han engañado tan bien, que por poco creería cómplice al mismo Bocage. Lo que más despecho me causa en este asunto no es el triple comercio de Alcides, sino la forma en que me engaña. Y luego, ¿qué hacen Bute y él con el dinero? No sé nada; no sabría nada de tales seres. Mentirán siempre; me engañarán por engañarme. Aquella noche no son ya cinco francos, sino diez los que doy a Bute; le advierto que es la última vez, y que si los lazos son alzados, tanto peor.

Al otro día veo llegar a Bocage; parece muy turbado, y yo no tardo en estarlo tanto como él. ¿Qué habrá ocurrido? Bocage me informa que recién por la mañana ha vuelto Bute a la granja. Bute está borracho como un polaco. Bute lo ha insultado bajamente, y después, arrojándose sobre él, le ha pegado...

— En fin — me dice Bocage — he venido para saber si el señor me autoriza — y se queda un instante en la palabra — me autoriza a despedirlo.

— Lo pensaré, Bocage. Lamento mucho que le haya faltado al respeto... Déjeme reflexionar a solas, y vuelva dentro de dos horas.

Bocage sale.

Retener a Bute equivale a ofender penosamente a Bocage; expulsarlo es provocar su venganza... Tanto peor; que suceda lo que suceda; después de todo yo soy único culpable... Y apenas vuelve Bocage:

— Puede usted decir a Bute que no queremos verlo más por aquí.

Me quedo esperando. ¿Qué hace Bocage? ¿Qué dice Bute? Recién por la noche oigo algunos ecos del escándalo. Bute ha hablado. Lo comprendo primero por los gritos que oigo en casa de Bocage; le están dando una paliza al pequeño Alcides.

Bocage va a venir; viene... Oigo acercarse sus viejos pasos, y mi corazón late aún más fuerte de lo que latía antes de la caza. ¡El instante insoportable! Todos los grandes sentimientos saldrán a relucir, me veré forzado a tomarlos en serio. ¿Qué explicaciones

inventaré? ¡Qué mal voy a representar! ¡Ah, quisiera renunciar a mi papel...! Bocage entra. No comprendo absolutamente nada de lo que dice. Es absurdo; pero tengo que obligarlo a recomenzar. Por fin distingo esto: Bocage cree que Bote es el único culpable. La increíble verdad se le escapa. Que yo haya dado diez francos a Bute... ¿Y para qué? Es demasiado normando para admitirlo. Los diez francos, es seguro que Bute los ha robado; al pretender que se los he dado agrega la mentira al robo; cuestión de proteger su latrocinio; pero no es a Bocage a quien le van a hacer creer eso... En cuanto a la caza furtiva, ya ni se habla de ella. Si Bocage pegaba al pequeño Alcides, es porque el pequeño pasaba las noches fuera.

¡Vamos, estoy salvado! Todo va bien, por lo menos para Bocage. ¡Qué imbécil, ese Bute! La verdad que esta noche no tengo gran deseo de salir a cazar. Consideraba todo concluido, pero una hora más tarde llega Carlos. No trae aire de broma; ya desde lejos parece más tajante que su padre. Y decir que el año pasado...

— ¡Vaya, Carlos, hace mucho que no se te ve!

— Si el señor quería verme, no tenía más que ir hasta la granja. Mis asuntos no están ni en los bosques ni de noche, ¡qué diablos!

— ¡Ah! Tu padre te ha contado...

— Mi padre no me ha contado nada, porque mi padre tampoco sabe nada. ¿Tiene necesidad de aprender a sus años que su amo se ríe de él?

— Cuidado, Carlos, vas demasiado lejos...

— ¡Oh, diantre, usted es el amo y hace aquí lo que se le antoja!

— Carlos, sabes perfectamente que no me he burlado de nadie; y si hago lo que me da la gana, eso no afecta más que a mí.

Se encoge ligeramente de hombros.

— ¿Cómo quiere que defiendan sus intereses si usted mismo los ataca? No le es posible proteger al mismo tiempo al guarda y al cazador furtivo.

— ¿Por qué no?

— Porque... ¡Ah, vamos, señor! Todo eso es demasiado sutil para mí; simplemente no me agrada ver a mi amo mezclarse con la banda de los que hay que arrestar, y deshacer con ellos el trabajo que ha sido hecho para él.

Y Carlos dice eso con voz más y más segura. Se expresa casi noblemente. Observo que ha hecho cortar sus patillas. Lo que dice, por otra parte, es asaz justo. Y como guardo silencio (¿qué podría decirle?), agrega:

— Que existen deberes hacia lo que se posee, el señor me lo enseñaba el año pasado; pero ahora parece olvidado. Hay que tomar esos deberes en serio y no renunciar a jugar con ellos... o de lo contrario no se merece poseer nada.

Un silencio.

— ¿Es todo lo que tenías que decirme?

— Por esta noche, sí, señor; pero otro día, si el señor me incita, tal vez vendré a decir al señor que mi padre y yo nos marchamos de La Moriniere.

Y sale, saludándome cortamente. Apenas si me tomo el tiempo de reflexionar:

— ¡Carlos!

Maldito si no tiene toda la razón... ¡Oh, pero si eso es lo que se llama poseer...! ¡Carlos! Y corro tras él, lo atrapo en plena noche, y rápidamente, como para asegurar mi súbita decisión:

— Puedes anunciar a tu padre que pongo La Moriniere en venta.

Carlos saluda gravemente y se aleja sin decir una palabra. ¡Todo esto es absurdo, absurdo!

Aquella noche Marcelina no puede bajar a cenar, y me hace decir que no se siente bien. Subo rápidamente y lleno de ansiedad a su habitación. Muy pronto me tranquiliza ella. «No es más que un catarro», según supone. Se ha enfriado.

— ¿No podrías abrigarte, dime?

— Apenas sentí el primer escalofrío, me puse el chal.

— Había que ponérselo antes del escalofrío, no después.

Marcelina me mira, trata de sonreír... ¡Ah, tal vez un día tan mal comenzado me predispone a la angustia...! Si me hubiese dicho en alta voz: «¿Te importa tanto que yo viva?», no hubiera podido comprenderla mejor. Decididamente todo se deshace en torno mío; de todo lo que mi mano alcanza, nada sabe retener... Me precipito hacia Marcelina y cubro de besos sus pálidas sienes. Y entonces, sin contenerse ya, solloza ella sobre mi hombro...

— ¡Oh, Marcelina, Marcelina, vámonos de aquí! En otra parte te amaré como te amaba en Sorrento. Me has creído cambiado, ¿no es verdad? Pero en otra parte comprenderás que nada ha cambiado nuestro amor...

Y si no calmo todavía su tristeza, ¡cuánto se adhiere ya a la esperanza...!

La estación no estaba aún avanzada, pero el tiempo era húmedo y frío, y los últimos pimpollos de las rosas se pudrían sin poder abrirse. Nuestros invitados habíanse marchado tiempo atrás. Marcelina no estaba tan enferma como para no poder ocuparse de cerrar la casa; partimos cinco días después.

TERCERA PARTE

TRATÉ entonces, todavía una vez más, de cerrar mi mano sobre mi amor. Pero ¿qué necesidad tenía yo de felicidad tranquila? La que me daba, la que representaba para mí Marcelina era como un reposo para alguien que no se halla fatigado... Mas como sintiera yo que estaba ella cansada y tenía necesidad de mi amor, la envolví en él y fingí que lo hacía por la necesidad que yo mismo experimentaba. Sentía intolerablemente su sufrimiento; era para curarla de él que la amaba.

¡Ah, cuidados llenos de pasión, tiernas veladas! Así como otros exasperan su fe exagerando las prácticas, así acrecía yo mi amor. Y Marcelina, os lo he dicho, se recobraba en seguida ante la esperanza. Había aún tanta juventud en ella... y creía ver en mí tanta promesa...

Nos escapamos de París como si nos hubiésemos casado de nuevo. Pero desde el primer día de viaje comenzó Marcelina a sentirse peor; llegados a Neuchatel, fue preciso detenernos allí.

Cuánto amaba yo ese lago de glaucas orillas, cuyas aguas semejantes a las de un pantano se mezclan largamente con la tierra y se filtran entre los juncas. En un hotel muy confortable pude hallar una habitación para Marcelina con vista sobre el lago; y no me

apartaba de ella en todo el día.

Tan mal la encontraba, que al día siguiente hice venir a un médico de Lausana. Inquietose inútilmente por saber si en la familia de mi esposa conocía yo otros casos de tuberculosis. Respondí afirmativamente, pese a que no conocía ninguno; pero me desagradaba decir que yo mismo había estado casi condenado por el mal, y que antes de cuidarme jamás había sufrido Marcelina una enfermedad. Puse, pues, todo el peso sobre la embolia, bien que el médico no quisiera ver en ello sino una causa ocasional, y afirmara que el mal venía de más lejos. Nos aconsejó encarecidamente el aire de los altos Alpes, donde a su juicio Marcelina se curaría; y como mi deseo era precisamente pasar todo el invierno en Engadina, volvimos a ponernos en marcha apenas estuvo ella en condiciones de soportar el viaje.

Recuerdo, como si fueran acontecimientos, cada sensación de la ruta. El tiempo era límpido y frío; llevábamos puestas las ropas más calientes y abrigadas... En Coire, el incesante bullicio del hotel nos impidió dormir. Yo hubiese aceptado alegremente una noche en blanco, que no me habría fatigado; pero Marcelina... No me irritaba tanto ese ruido, sino el que ella fuese incapaz de conciliar el sueño a pesar de todo. ¡Le hacía tanta falta! Partimos al otro día antes del alba; habíamos reservado los asientos delanteros en la diligencia de Coire; los bien organizados relevos permiten llegar a Sant-Moritz en un día.

Tiefenkasten, el Julier, Samaden... me acuerdo de todo, hora por hora; de la calidad tan nueva del aire, de su inclemencia; del sonido de los cascabeles de los caballos; mi hambre; el alto a mediodía, ante el albergue; el huevo crudo que estrellé en la sopa, el pan bazo y la frialdad del vino agrio... Aquellos alimentos groseros sentaban mal a Marcelina; apenas si pudo comer algunos bizcochos secos que, felizmente, había yo comprado para el viaje... Vuelvo a ver la caída de la tarde, la rápida ascensión de la sombra contra las pendientes de los bosques; y luego otro alto. El aire se torna cada vez más vivo y crudo. Cuando la diligencia se detiene, nos hundimos hasta el corazón en la noche y en el silencio límpido... no hay otra palabra. El menor ruido toma en esta extraña transparencia su cualidad perfecta y su plena sonoridad. Volvemos a salir en la

noche. Marcelina tose... ¡Oh! ¿No dejará de toser? Vuelvo a pensar en la diligencia de Susa. Me parece que yo tosía mejor que eso; Marcelina hace demasiados esfuerzos... Cuán débil y cambiada está; en la sombra, ahora, apenas la reconozco. ¡Cuánto cansancio en sus facciones! ¿Es que se veían así los negros orificios de su nariz? ¡Oh, tose horrorosamente! Es el más claro resultado de sus cuidados. Tengo horror a la simpatía; todos los contagios se ocultan allí; no se debería simpatizar más que con los fuertes. ¡Ah, verdaderamente no puede ella más! ¿No acabaremos de llegar, al fin...? ¿Pero qué hace...? Toma su pañuelo, lo lleva a los labios, se vuelve... ¡Qué horror! ¿Es que también irá a escupir sangre? Le arranco brutalmente el pañuelo de las manos. En la senü claridad de la linterna, miro... Nada. Pero he manifestado en exceso nú angustia; tristemente se esfuerza Marcelina por sonreír, y murmura:

— No; todavía no.

Por fin llegamos. Ya era tiempo; apenas puede ella sostenerse. No me satisfacen las habitaciones que nos han preparado; pasamos allí la noche, pero nos mudaremos al día siguiente. Nada me parece bastante bello ni bastante caro. Y como la temporada de invierno no ha principiado todavía, el inmenso hotel está poco menos que vacío; puedo entonces elegir. Tomo dos habitaciones espaciosas, claras y sencillamente amuebladas; un gran salón contiguo termina en una ancha bow-window, desde donde alcanza a verse el horrible lago azul y no sé qué monte brutal, de faldas demasiado arboladas o demasiado desnudas. Allí nos servirán las comidas. El alojamiento es carísimo, ¡pero qué importa! Es cierto que no tengo más mi curso, pero pongo en venta La Moriniere. Y después, ya veremos... Además, ¿para qué necesito dinero? ¿Para qué me hace falta todo eso...? Me he vuelto fuerte, ahora... Pienso que un completo cambio de fortuna debe educar tanto como un completo cambio de salud... Marcelina sí que tiene necesidad de lujo; es débil... ¡Ah, por ella quiero gastar tanto y tanto que...! Y así adquiriría a la vez el horror y el placer de ese lujo. Lavaba en él, bañaba en él mi sensualidad, y luego la deseaba vagabunda.

Entretanto Marcelina iba mejor, y nñs constantes cuidados triunfaban. Como le costaba mucho comer, ordené alimentos delicados y seductores para estimular su apetito; bebíamos los

mejores vinos. Me persuadía a mí mismo de que le gustaban mucho, tanto me complacían esos vinos extranjeros que experimentábamos todos los días. Bebimos ásperos vinos del Rin, Tokay casi almibarado que me henchía con sus capitosas virtudes. Me acuerdo de un curioso Barba-grisca del que apenas quedaba una botella, de manera que no pude saber si hubiese vuelto a encontrar en otras el absurdo sabor de aquélla.

Salíamos diariamente en coche; luego cuando hubo caído la nieve, en trineo y envueltos en pieles hasta el cuello. Volvía con el rostro arrebatado, lleno de apetito primero y después sueño... No renunciaba entretanto a todo trabajo, y encontraba diariamente más de una hora para meditar sobre aquello que sentía el deber de decir. Ya no pensaba en la Historia: hacía mucho tiempo que mis estudios históricos no me interesaban más que como un medio de investigación psicológica. Ya he dicho cómo había podido encariñarme nuevamente con el pasado, apenas creí ver allí turbias semejanzas; a fuerza de urgir a los muertos, me había atrevido a esperar de ellos alguna secreta indicación sobre la vida... Pero ahora el mismo joven Atalarico podía levantarse de la tumba para hablarme; yo no escuchaba más el pasado. ¿Y cómo una antigua respuesta hubiera podido satisfacer mi nueva pregunta: ¿Qué puede todavía el hombre? Tal era lo que me importaba saber. Lo que el hombre ha dicho hasta aquí, ¿es todo lo que podía decir? ¿No ha ignorado nada de él? ¿No le queda sino repetir? Y diariamente crecía en mí el confuso sentimiento de riquezas intactas, que las culturas, las decencias, las morales ocultaban, cubrían, sofocaban.

Me parecía entonces haber nacido para una especie desconocida de hallazgos; y me apasionaba extrañamente en mi búsqueda tenebrosa, ante la cual sabía que era necesario al buscador abjurar y rechazar cultura, decencia y moral.

Llegaba a no gustar en los demás sino las manifestaciones más salvajes, a deplorar que una sujeción cualquiera las refrenara. A poco más no hubiese visto en la honestidad sino restricciones, convencionalismos y temor. Me hubiera gustado encarecerla como una rara dificultad; nuestras costumbres le habían dado la forma mutua y trivial de un contrato. En Suiza, formaba parte de la comodidad. Comprendía que era necesaria a Marcelina, pero no le

ocultaba ya el nuevo curso de mis pensamientos. En Neuchatel, como elogiara ella la honradez que se transparenta en los muros y en las paredes:

— La mía me basta ampliamente — repliqué — Las gentes honradas me producen horror. Si nada tengo que temer de ellas, nada tengo tampoco que aprender. Y ellas, por su parte, nada tienen que decir... ¡Honrado pueblo suizo! Portarse bien no le vale de nada... Sin crímenes, sin historia, sin literatura, ni artes... un robusto rosal sin espinas ni flores...

Que este país honrado me aburría, era cosa que no ignoraba desde antes, pero al cabo de dos meses mi aburrimiento empezó a convertirse en una especie de rabia, y ya no pensé más que en partir.

Estábamos a mediados de enero. Marcelina mejoraba, mejoraba mucho; la ligera y continua fiebre que la minaba lentamente había cesado: sangre más fresca coloreaba sus mejillas; volvía a caminar con gusto, aunque muy poco; y no estaba constantemente tan cansada como antes. No me costó gran trabajo persuadirla de que todo el beneficio de aquel aire tónico había sido asimilado, y que nada le sentaría ahora mejor que viajar a Italia, donde el tibio favor de la primavera completaría la curación... Pero, sobre todo, no me costó nada persuadirme a mí mismo, tan harto estaba de aquellas alturas.

Sin embargo, ahora que en mi ociosidad vuelve a tomar fuerzas el pasado odioso, aquellos recuerdos me obsesionan entre todos. Rápidas carreras en trineo; jubilosos latigazos del aire seco, salpicaduras de nieve, apetito... Andar incierto entre la nieve, extraña sonoridad de las voces, brusca aparición de los objetos; lecturas en el salón bien cerrado, paisaje a través de los cristales, paisaje helado... Trágica espera de la nieve; desaparición del mundo exterior, voluptuoso acurrucarse de los pensamientos... O patinar todavía con ella, allá lejos, solos, en aquel pequeño lago puro, rodeado de alerces, perdido; y volver después con ella, a la noche...

Aquel descenso a Italia tuvo para mí todos los vértigos de una caída. Hacía un hermoso tiempo. A medida que nos sumíamos en el aire más tibio y denso, los árboles rígidos de las cumbres — alerces y abetos regulares — cedían terreno a una rica vegetación de

blanda gracia, de facilidad. Me parecía abandonar la abstracción por la vida, y aunque estuviésemos en invierno imaginaba perfumes en todas partes. ¡Ah, durante cuánto tiempo no habíamos reído más que ante las sombras! Mi privación me abrigaba, y era de sed que estaba yo ebrio, como lo están otros de vino. La economía de mi vida era admirable; en el umbral de esta tierra tolerante y prometedora, todos mis apetitos estallaban. Una enorme reserva de amor me henchía; a veces se alzaba desde el fondo de mi carne hasta mi cabeza, y desvergonzaba mis pensamientos.

Poco duró esta ilusión de primavera. El brusco cambio de altitud había podido engañarme un momento, pero apenas dejamos las abrigadas riberas de los lagos — Bellagio, Como — donde permaneciéramos algunos días, encontramos el invierno y la lluvia. El frío que tolerábamos bien en Engadina, no ya seco y ligero como en las alturas, sino húmedo y malsano, principió a hacernos sufrir. Marcelina tosía otra vez. Entonces, para escapar al frío, bajamos hacia el sur: dejamos Milán por Florencia, Florencia por Roma, Roma por Nápoles que, bajo la lluvia de invierno, es con mucho la más lúgubre ciudad que haya conocido. Arrastraba yo un hastío innominable. Volvimos a Roma en busca de una apariencia de comodidad, ya que no de calor. Alquilamos sobre el Monte Pindó una casa demasiado grande pero admirablemente situada. Ya en Florencia, descontentos de los hoteles, habíamos tomado por tres meses una exquisita villa sobre el Viale dei Colli. Otros hubieran deseado vivir allí siempre... Nosotros no nos quedamos ni veinte días. A cada nueva etapa, sin embargo, tenía yo cuidado de distribuirlo todo como si no debiéramos partir más. Un demonio más fuerte me arrastraba... Agregad a eso que no llevábamos menos de ocho maletas. Había una, llena solamente de libros, y que no abrí siquiera una vez en el entero curso del viaje.

No admitía yo que Marcelina se ocupara de nuestros gastos ni tratara de moderarlos. Que eran excesivos, lo sabía yo ciertamente, y también que no podían durar. Cesaba de percibir el dinero de La Moriniere; no rendía nada, y Bocage escribía que era imposible encontrar comprador. Pero toda consideración del futuro conseguía tan sólo hacerme gastar más. «¡Ah, para qué necesitaré yo tanto, una vez solo!», me decía, mientras miraba lleno de angustia y

espera disminuir aún más rápidamente que mi fortuna la frágil vida de Marcelina.

Si bien ella delegaba en mí toda preocupación, estos desplazamientos precipitados la fatigaban; pero lo que más la fatigaba — me atrevo ahora a confesármelo — era el miedo hacia mi pensamiento.

— Veo muy bien — me dijo un día — y comprendo tu doctrina... pues ahora es una doctrina. Es hermosa, quizá...

Y luego agregó en voz más baja, tristemente:

— Pero suprime a los débiles.

— Es lo que hace falta — repuse yo al punto, a pesar mío.

Entonces me pareció sentir, bajo el pavor de mi palabra brutal, que aquel ser delicado se replegaba y estremecía... ¡Ah, tal vez vais a pensar vosotros que no amaba yo a Marcelina! Juro que la amaba apasionadamente. Jamás había estado ni me había parecido más bella. La enfermedad sutilizaba, y sumía casi en éxtasis sus rasgos. No la dejaba en ningún momento, rodeábala de continuos cuidados, protegía, velaba cada instante de sus días y sus noches. Por ligero que fuese su sueño, ejercitaba yo el mío hasta tornarlo aún más ligero; la contemplaba al dormirse, y era el primero en despertar. Cuando alguna vez, dejándola por una hora, quería andar solo por el campo o las calles, no sé qué inquietud de amor, qué miedo de su hastío me llamaban al punto junto a ella; hacía a veces una llamada a mi voluntad, protestaba contra aquel ascendiente, me decía: «¡Entonces no vales más que eso, falso gran hombre!», y me obligaba a hacer durar mi ausencia... Pero regresaba con los brazos cargados de flores, flores precoces de jardín o flores de invernadero... Sí, os lo digo: la quería tiernamente. Pero cómo expresar entonces esto... que a medida que me respetaba menos a mí mismo, veneraba más a Marcelina... ¿Y quién dirá cuántas pasiones y cuántos pensamientos enemigos pueden cohabitar en el hombre?

Hacía ya mucho que cesara el mal tiempo; avanzaba la estación y, bruscamente, florecieron los almendros. Era el primero de marzo. Bajo por la mañana a la plaza de España. Los campesinos han despojado los campos de sus blancos ramajes, y las flores de almendro llenan los cestos de los vendedores. Mi delicia es tal que

compro un bosquecillo entero. Tres hombres me lo traen. Vuelvo con toda esa primavera. Las ramas se enganchan en las puertas, los pétalos nievan sobre la alfombra. Las pongo en todas partes, en todos los jarrones; blanco queda el salón del que Marcelina falta en ese instante. Me alegro desde ya de su alegría... La oigo venir. Hela aquí. Abre la puerta. ¿Qué tiene...? Vacila... Estalla en sollozos.

— ¿Qué tienes...? ¡Mi pobre Marcelina...!

Me afano junto a ella; la cubro con tiernas caricias. Entonces, como para excusarse de sus lágrimas:

— El olor de esas flores me hace mal... — dice.

Y era un fino, fino, discreto olor de miel... Sin decir nada me apodero de las inocentes ramas frágiles, las rompo, las llevo, las arrojo, exasperado, con sangre en los ojos... ¡Ah, si ya ella no puede soportar ese poco de primavera...!

Vuelvo a pensar con frecuencia en aquellas lágrimas, y creo ahora que, sintiéndose condenada, Marcelina lloraba por la nostalgia de otras primaveras... Pienso también que hay fuertes alegrías para los fuertes, y débiles alegrías para los débiles, a quienes las alegrías fuertes herirían. Una nada de placer embriagaba a Marcelina; apenas algo más, y no podía ya soportarlo. Lo que ella llamaba la felicidad lo llamaba yo descanso, y no quería ni podía descansar.

Cuatro días después partimos para Sorrento. Me decepcionó no encontrar allí calor. Todo parecía tiritar. El viento, que soplaba sin tregua, fatigó mucho a Marcelina. Habíamos querido instalarnos en el mismo hotel que en nuestro viaje precedente; conseguimos la misma habitación... Miramos con asombro, bajo el cielo opaco, aquel escenario desencantado, y el lúgubre jardín del hotel que nos parecía tan delicioso cuando por él se paseaba nuestro amor.

Resolvimos ir por mar a Palermo, cuyo clima nos elogiaban; volvimos a Nápoles desde donde debíamos embarcar, y allí nos quedamos un poco. Pero por lo menos en Nápoles no me aburría. Nápoles es una ciudad viviente donde el pasado no se impone.

Casi todos los momentos del día los pasaba junto a Marcelina. Por la noche se acostaba temprano, pues se sentía fatigada; la observaba yo dormirse, a veces me acostaba también y luego, cuando su aliento más regular me advertía que estaba dormida,

levantábame sin ruido, me vestía sin luz y me deslizaba fuera como un ladrón.

¡Fuera! ¡Ah, hubiese gritado de contento! ¿Qué iba a hacer allí? No sé. El cielo, oscuro de día, se libraba ya de sus nubes; la luna casi llena resplandecía. Andaba yo al azar, sin objeto, sin deseo, sin violencia. Lo miraba todo con ojos nuevos; espiaba cada rumor con oído más atento husmeaba la humedad de la noche; apoyaba mi mano sobre las cosas; merodeaba.

La última noche que pasamos en Nápoles prolongué aquel libertinaje vagabundo. Al regresar encontré llorando a Marcelina. Me dijo haber tenido miedo al despertarse súbitamente y no encontrarme a su lado. La tranquilicé, explicándole lo mejor posible mi ausencia, y me prometí no separarme más de ella... Pero a la primera noche de Palermo no pude resistir; salí otra vez... Los primeros naranjos florecían; el menor hálito me traía su olor...

Sólo nos quedamos cinco días en Palermo; luego, dando una gran vuelta, alcanzamos Taormina que ambos deseábamos volver a ver. He dicho ya que el poblado está suspendido a bastante altura en la montaña; la estación se halla al borde del mar. El coche que nos condujo al hotel debió traerme nuevamente a la estación, donde iba yo a reclamar nuestras valijas. Me había incorporado en el coche para conversar con el cochero. Era un pequeño siciliano de Catania, hermoso como un verso de Teócrito, resplandeciente, fragante, sabroso como un fruto.

— Com'e bella la Signara — dijo con voz llena de encanto, al ver alejarse a Marcelina.

— Anche tu sei bello, ragazzo — repuse. Y como estaba inclinado hacia él, no pude contenerme y, atrayéndolo contra mí, lo besé. Él me dejó hacer mientras reía.

— I Francesi sano tutti amanti — dijo.

— Ma non tutti gli Italiani amanti — repuse yo, riendo a mi vez... Lo busqué en los días que siguieron, pero no volví a verlo más.

Dejamos Taormina para ir a Siracusa. Rehacíamos paso a paso nuestro primer viaje, ascendíamos hacia el principio de nuestro amor. Y así como de semana en semana, cuando nuestro primer viaje, marchaba yo hacia la curación, así empeoraba el estado de Marcelina a medida que avanzábamos hacia el sur.

Por qué aberración, por qué obstinada ceguera y voluntaria locura me persuadí y, sobre todo, busqué persuadir a Marcelina de que necesitaba todavía más luz y calor, e invoqué el recuerdo de mi convalecencia en Biskra... El aire habíase entibiado, sin embargo; la bahía de Palermo es clemente y a Marcelina le gustaba. Allí, quizás, hubiese llegado a... ¿Pero era yo dueño de elegir mi voluntad, de decidir mi deseo?

En Siracusa, el estado del mar y el servicio irregular de barcos nos obligó a esperar ocho días... Todo momento que no pasé junto a Marcelina, lo viví en el viejo puerto. ¡Oh pequeño puerto de Siracusa, olores de vino acedo, calles fangosas, fétida tienda donde rodaban estibadores, vagabundos, marineros borrachos! La sociedad de las peores gentes me era deleitosa compañía. ¿Para qué necesitaba comprender mejor su lenguaje, cuando toda mi carne lo saboreaba? La brutalidad de la pasión adquiría para mis ojos un hipócrita aspecto de salud, de vigor. Y era en vano repetirme que su vida miserable no podía tener para ellos el sabor que tenía para mí... ¡Ah, hubiese querido rodar con ellos bajo la mesa, y no despertarme hasta el triste estremecimiento de la mañana! Junto a ellos dejaba exasperarse mi horror al lujo, a la comodidad, a todo aquello que me rodeara, esa protección que mi nueva salud había sabido volver inútil, esas precauciones que adopta uno para preservar su cuerpo del contacto azaroso de la vida. Me imaginaba el resto de sus vidas. Hubiese querido seguirlos más allá, penetrar en su embriaguez... Y después, repentinamente, volvía a ver a Marcelina. ¿Qué estaría haciendo en ese instante? Se apenaba, quizá lloraba... Levantábame precipitado, corría, retornaba al hotel en cuya puerta parecía estar escrito: Aquí no entran los pobres.

Marcelina me recibía siempre en la misma forma, sin una palabra de reproche o de duda, y esforzándose a pesar de todo por sonreír... Comíamos a solas; yo le hacía servir todo lo que aquel mediocre hotel podía reservar de mejor. Y durante la comida pensaba: «Un trozo de pan, de queso, un bocado de hinojo les basta, y me bastaría como a ellos. Quizás allí, allí y tan cerca, los hay que pasan hambre y no tienen siquiera tan magra pitanza... Y aquí sobre mi mesa hay bastante para hartarlos por tres días...». Hubiera querido romper las paredes, dejar que afluyeran los

convidados... Porque sentir que alguien sufría de hambre era para mí una horrible angustia. Y retornaba entonces al viejo puerto donde iba repartiendo al azar las monedas que llenaban mis bolsillos.

La pobreza del hombre es esclava; para comer acepta un trabajo sin placer; todo trabajo que no es alegre es lamentable; así me parecía, y pagaba por el reposo de unos cuantos. Decía: «No trabajes; ya ves que te aburre». Soñaba para cada uno ese ocio sin el cual no puede expandirse ninguna novedad, ningún vicio, ningún arte.

Marcelina no se engañaba sobre mi pensamiento; cuando volvía del viejo puerto no le ocultaba yo qué tristes gentes me rodeaban... Todo está en el hombre. Marcelina entreveía claramente lo que yo me encarnizaba por descubrir; y como le reprochara creer con demasiada frecuencia en virtudes que ella misma inventaba a la medida de cada ser:

— Tú, en cambio, no estás contento hasta haberles hecho mostrar algún vicio — me dijo — ¿No comprendes que nuestra mirada desarrolla, exagera en cada uno ese punto sobre el cual se fija? ¿Que lo hacemos convertirse en eso que pretendemos que es?

Hubiera querido que no tuviese razón, pero debía confesarme que en cada ser el peor instinto me parecía el más sincero. Y luego, ¿a qué llamaba yo sinceridad?

Abandonamos por fin Siracusa. El recuerdo y el deseo del sur me obsesionaban. Ya en el mar, Marcelina mejoró... Vuelvo a ver el color del mar. Está tan tranquilo que la estela del navío parece perdurar. Oigo los ruidos de desagüe, los ruidos líquidos; el lavado del puente y, sobre las planchas, el chapoteo de los pies desnudos de los que lavan. Vuelvo a ver Malta enteramente blanca; Túnez que se acerca... ¡Cómo ha cambiado!

Hace calor. El tiempo está hermoso. Todo es espléndido. ¡Ah, quisiera que en cada frase, aquí, una cosecha de voluptuosidad se destile...! En vano buscaría imponer ahora a mi relato mayor orden del que jamás tuvo mi vida. Bastante he buscado deciros cómo llegué a ser el que soy. ¡Ah, desembarazar mi espíritu de esta insoportable lógica...! Nada que no sea noble siento en mí.

Túnez. Luz más abundante que fuerte. Hasta la sombra está henchida de ella. El aire mismo parece un fluido luminoso donde

todo se baña, donde uno se sumerge y nada... Esta tierra de voluptuosidad satisface, pero no sosiega el deseo, y toda satisfacción lo exalta.

Tierra en vacancia de obras de arte. Desprecio a aquellos que sólo saben reconocer la belleza ya transcrita y enteramente interpretada. El pueblo árabe tiene de admirable que vive su arte, lo canta y lo disipa de un día a otro; no lo fija jamás, no lo embalsama en obra alguna. Es la causa y el efecto de la ausencia de grandes artistas... Siempre he creído que los grandes artistas son aquellos que osan dar derecho de hermosura a cosas tan naturales que, después, obligan a decir a quien las ve: «¿Cómo no había yo comprendido hasta ahora que era tan hermoso...?».

En Caimán, que no conocía aún y adonde fui sin Marcelina, la noche era muy bella. En el momento de volverme a dormir al hotel, me acordé de un grupo de árabes acostados al aire libre, sobre las esteras de un pequeño café. Me fui a dormir pegado a ellos. Regresé cubierto de parásitos.

El calor húmedo de la costa debilitaba mucho a Marcelina, y la persuadí de que lo que necesitábamos era llegar lo antes posible a Biskra. Estábamos a principios de abril.

El viaje es muy largo. El primer día alcanzamos Constantina en una sola etapa; al segundo Marcelina estaba muy cansada y no pasamos de El Kantara... Allí buscamos y encontramos hacia el atardecer una sombra más deliciosa y más fresca que la claridad de la luna por la noche. Era una bebida inagotable; llegaba como un río hasta nosotros. Y del talud donde estábamos sentados se veía la planicie abrasada. Aquella noche Marcelina no pudo dormir; lo extraño del silencio y de los menores ruidos la inquietaba. Temí que tuviera algo de fiebre. La oí agitarse en su lecho. Al día siguiente la encontré más pálida. Volvimos a ponernos en marcha.

Biskra. Es pues allí adonde quiero llegar... Sí; aquí está el jardín público; el banco... Reconozco el banco donde me sentaba en los primeros días de mi convalecencia. ¿Qué leía entonces...? Homero; no he vuelto a abrirlo desde entonces... He aquí el árbol cuya corteza fui a palpar. ¡Qué débil estaba entonces...! ¡Vaya, he ahí a los niños...! No; no reconozco a ninguno. ¡Cuán grave está Marcelina! Tan cambiada como yo... ¿Por qué tose, con este tiempo

tan hermoso...? Llegamos al hotel; están nuestras habitaciones; nuestras terrazas... ¿En qué piensa Marcelina? No me ha dicho una sola palabra... Tan pronto llega a su habitación, se tiende en el lecho; está cansada y me dice que quisiera dormir un poco. Salgo.

No reconozco a los niños, pero los niños me reconocen. Prevenidos de mi arribo, corren todos a mí. ¿Es posible que sean ellos? ¡Qué decepción! ¿Pero qué ha pasado? Han crecido terriblemente. Apenas en poco más de dos años... No es posible... Cuántas fatigas, vicios, holganzas, han puesto ya tanta fealdad en esos rostros donde resplandecía la juventud. ¿Qué viles trabajos han deformado tan pronto esos hermosos cuerpos? Hay allí como una bancarrota... Los interrogo. Bashir es lavaplatos en un café; Ashur gana con gran trabajo unos centavos partiendo piedras en los caminos; Hammatar ha perdido un ojo. ¿Quién lo hubiera creído? Sadek se ha sometido: ayuda a un hermano mayor vendiendo pan en el mercado; parece haberse vuelto tonto. Agib tiene una carnicería cerca de la de su padre; engorda, es feo, es rico, no quiere hablar más con sus compañeros descastados... ¡Cómo embrutece las carreras honorables! ¿Iré a encontrar entre ellos lo que odiaba entre nosotros? ¿Bubaker? Se ha casado. No tiene todavía quince años... Es grotesco. Y sin embargo no; he vuelto a verlo esta tarde. Me explica: su matrimonio es sólo apariencia. Lo creo, con todo, lindamente corrompido. Bebe, se deforma... ¿Es eso, pues, lo que queda? ¿Es eso, pues, lo que hace la vida...? Ante mi intolerable tristeza siento que era a ellos a quienes venía a ver por sobre todo... Menalcas tenía razón: el recuerdo es una invención desdichada.

¿Y Moktir? ¡Ah, ése sale de la cárcel! Se oculta. Los otros ya no se juntan con él.

Quisiera volver a verlo; era el más bello de todos. ¿Irá también a decepcionarme...? Van a buscarlo, me lo traen... ¡No, éste no ha flaqueado! Ni siquiera mi recuerdo me lo representaba tan admirable. Su fuerza y su belleza son perfectas... Sonríe al reconocermé.

— ¿Y qué hacías antes de ir a la cárcel?

— Nada.

— ¿Robabas?

Protesta.

— ¿Y qué haces ahora?

Sonríe.

— ¡Y bien, Mektir! Si no tienes nada que hacer, nos acompañarás a Tuggurt...

Y súbitamente me invade la necesidad de ir a Tuggurt.

Marcelina no está bien; no sé qué le ocurre. Cuando vuelvo al hotel, esa noche, se aprieta contra mí sin decir nada, los ojos cerrados. Su manga larga, alzándose, deja ver los brazos enflaquecidos. La acaricio y la acuno largo tiempo, como a un niño a quien se quiere hacer dormir. ¿Es el amor, es la angustia o la fiebre que la hacen temblar así? ¡Ah, quizá todavía fuera tiempo...! ¿Es que no habré de detenerme nunca? He buscado, he hallado lo que constituye mi verdadero valer: una especie de obstinación en lo peor... ¿Cómo he podido llegar a decir a Marcelina que mañana partimos para Tuggurt...?

Duerme ella ahora en la habitación vecina. La luna, que se ha alzado hace mucho, inunda la terraza... Es una claridad que casi da miedo. Imposible ocultarse de ella. Mi habitación tiene baldosas blancas, y es allí sobre todo donde aparece. Sus aguas entran por la ventana abierta de par en par. Reconozco su claridad en la habitación, y la sombra que diseña la puerta. Hace dos años entraba todavía más... Sí, hasta allí donde precisamente avanza ahora... cuando yo me levanté, renunciando al sueño. Y cuando apoyé mi hombro contra el marco de esa puerta. Reconozco la inmovilidad de las palmeras... ¿Qué palabras había leído aquella noche...? ¡Ah, sí! Las palabras de Cristo a Pedro: «Ahora te ciñes tú mismo, y vas adonde quieres ir...». ¿Adónde voy yo? ¿Adónde quiero ir...? No os he dicho que, desde Nápoles, esta última vez, fui un día a Pcestum, solo... ¡Ah, hubiese llorado ante esas piedras! La antigua belleza aparecía, simple, perfecta, sonriente... abandonada. El arte se va de mí, lo sé. ¿Para hacer lugar a qué cosa? Ya no es más, como antes, una sonriente armonía... Ya no sé más a qué tenebroso dios sirvo. ¡Oh, Dios nuevo, hazme conocer todavía razas nuevas, tipos imprevistos de hermosura!

Al otro día, apenas amanecido, la diligencia nos lleva y Mektir va con nosotros. Mektir es feliz como un rey.

Chegga; Kafeldorh; M'reyer... Lúgubres etapas en una ruta aún más lúgubre, interminable. Confieso, sin embargo, que hubiera creído más sonrientes esos oasis. Pero no hay más que la piedra y la arena; luego algunos matorrales enanos, extrañamente florecidos; a veces, algún ensayo de palmeras que una fuente escondida alimenta... Hoy prefiero el desierto al oasis... ese país de mortal gloria y de intolerable esplendor. El esfuerzo del hombre parece allí feo y miserable. Toda otra tierra me hastía.

— Amas lo inhumano — dice Marcelina. ¡Pero cómo mira también ella, con qué avidez!

El tiempo empeora un tanto al segundo día; es decir que el viento se alza y se empaña el horizonte. Marcelina sufre; la arena que respiramos quema e irrita su garganta; la luz excesiva fatiga sus ojos; aquel paisaje hostil la hiere... Pero es ya demasiado tarde para volver. En pocas horas estaremos en Tuggurt.

Esta última parte del viaje, aún tan reciente, es la que menos recuerdo. Imposible, ahora, representarme los paisajes del segundo día y lo que hice apenas llegado a Tuggurt. Pero sí recuerdo todavía cuánta era mi impaciencia y mi precipitación.

Había hecho mucho frío por la mañana. Hacia el atardecer, se alza un simún ardiente... Extenuada por el viaje, Marcelina se ha acostado apenas llegamos. Yo esperaba encontrar un hotel algo más confortable; nuestra habitación es horrible; la arena, el sol y las moscas han empañado, manchado, desteñido todo. Casi sin comer desde el alba, hago que sirvan de inmediato la cena; pero todo parece malo a Marcelina, y no puedo convencerla de que coma. Hemos traído con que hacer té. Me ocupo de esos detalles irrisorios. Nos contentamos, por toda cena, con algunas pastas secas y té, al cual el agua salada de la región transmite su gusto detestable.

Con una última apariencia de virtud, permanezco hasta la noche junto a ella. Y de pronto me siento yo mismo como al término de mis fuerzas. ¡Oh sabor de cenizas! ¡Oh cansancio, tristeza del sobrehumano esfuerzo! Apenas me atrevo a mirar a Marcelina; demasiado sé que mis ojos, en lugar de buscar los suyos, irán horriblemente a fijarse en los negros agujeros de su nariz; la expresión de su rostro sufriente es atroz. Tampoco ella me mira ya. Siento, como si la tocara, su angustia. Tose mucho; luego se

adormece. Por momentos un brusco estremecimiento la sacude.

La noche puede ser mala y, antes de que avance demasiado, quiero saber a quién podría acudir. Salgo. Ante la puerta del hotel, la plaza de Tuggurt, las calles, la atmósfera misma son extrañas al punto de hacerme creer que no soy yo quien las ve... Vuelvo a entrar al cabo de unos instantes. Marcelina duerme tranquila. Me había asustado equivocadamente; en esta tierra extraña se imaginan peligros en todas partes; es absurdo. Y, lo suficientemente tranquilizado, vuelvo a salir.

Extraña animación nocturna en la plaza; circulación silenciosa; deslizamiento clandestino de los albornoces blancos. Por momentos, el viento desgarrá jirones de rara música y los trae no sé de dónde. Alguien viene hacia mí... Es Moktir. Dice que me esperaba, que estaba seguro de que volvería a salir. Ríe Moktir, conoce bien Tuggurt, viene con frecuencia y sabe adónde me conduce. Me dejó arrastrar por él.

Andamos en la noche, hasta entrar en un café moro; es de allí que venía la música. Mujeres árabes danzan, si puede llamarse danza ese monótono deslizamiento. Una de ellas me toma de la mano; la sigo; es la amante de Moktir, él viene con nosotros... Entramos los tres en la angosta y profunda habitación cuyo único mueble es un lecho... Un lecho muy bajo, en el cual nos sentamos. Encerrado en la habitación, un conejo blanco se asusta al principio, se calma luego y viene a comer de la mano de Moktir. Nos traen café. Y luego, mientras Moktir juega con el conejo, la mujer me atrae hacia ella y yo me dejo ir como se deja ir uno al sueño...

¡Ah, podría aquí fingir o callarme...! ¿Pero qué me importa este relato si cesa de ser verdadero?

Vuelvo solo al hotel; Moktir se queda allá para pasar la noche. Es tarde. Sopla un sirocco árido; es un viento henchido de arena, tórrido a pesar de la noche. Al cabo de cuatro pasos estoy bañado en sudor; pero de pronto siento excesiva necesidad de volver, y es casi corriendo que regreso... Tal vez se haya ella despertado... tal vez me necesite... No; la ventana de la habitación está oscura. Aguardo a que el viento calme un instante para abrir; entro muy suavemente en la tiniebla... ¿Qué es ese ruido...? Sin embargo, no reconozco su tos... ¿Será ella...? Enciendo la luz.

Marcelina está sentada a medias en el lecho; uno de sus delgados brazos se aferra a los barrotes de la cama, la mantiene erguida; sus sábanas, sus manos, su camisa, están inundadas por un mar de sangre; tiene el rostro manchado; los ojos se le han agrandado horrorosamente; cualquier grito agonizante me espantaría menos que su silencio. Busco en su rostro sudoroso un lugar menudo donde posar un beso atroz; el gusto de su sudor me queda en los labios. Lavo y refresco su frente, sus mejillas... Contra el lecho, algo duro bajo mi pie: me inclino y alzo el pequeño rosario que Marcelina reclamara antaño en París, y que ha dejado caer; lo pongo en su mano abierta, pero bien pronto la mano baja y lo deja caer de nuevo... No sé qué hacer; quisiera pedir socorro... Su mano se aferra a mí desesperadamente, me retiene... ¡Ah! ¿Creerá que voy a abandonarla? Me dice:

— ¡Oh, bien puedes esperar todavía...!

Advierte que quiero hablar.

— No digas nada — agrega — Ahora estoy bien...

— Otra vez alzo el rosario y se lo pongo en la mano; pero otra vez lo deja ella caer... ¿Qué digo? Lo hace caer. Me arrodillo a su lado, oprimo su mano contra mí.

Marcelina se deja ir, mitad contra la cabecera, mitad contra mi hombro, y parece dormitar un poco; pero sus ojos permanecen muy abiertos.

Una hora después se endereza; aparta la mano de las mías, la crispera en su camisa, desgarrar la puntilla. Se ahoga.

Hacia el amanecer, un nuevo vómito de sangre...

He terminado de contaros mi historia. ¿Qué más podría agregar? El cementerio francés de Tuggurt es horrible, a medias devorado por las arenas... La poca voluntad que me quedaba la empleé enteramente en arrancarla de aquel lugar de desesperación. Es en El Kantara donde descansa, a la sombra de un jardín privado que ella amaba.

De todo eso hace apenas tres meses. Tres meses que han alejado todo eso como si fueran diez años.

Miguel permaneció largo tiempo silencioso. Nosotros callábamos también, presas de un extraño malestar. ¡Ay, nos parecía que al narrárnosla, Miguel había tornado más legítima su

acción! El no saber dónde desaprobársela en la lenta explicación que nos diera, nos volvía casi cómplices. Estábamos comprometidos... Miguel terminó su relato sin un temblor en la voz sin que una sola inflexión o un gesto testimoniaran que una emoción cualquiera lo alteraba; ya fuese porque ponía un cínico orgullo en no mostrarse emocionado, o que temiera por una especie de pudor provocar nuestra emoción con sus lágrimas; o finalmente, porque no estuviera emocionado. No alcanzo a distinguir en él, aún ahora, la parte de orgullo, de fuerza, de sequedad o de pudor.

Al cabo de un momento, continuó:

— Lo que me aterra, os lo confieso, es que soy todavía muy joven. A veces me parece que mi verdadera vida no ha empezado aún. Arrancadme de aquí ahora, y dadme razones de ser. Yo ya no sé encontrarlas. Me he liberado, tal vez, ¿pero qué importa? Sufro de esta libertad sin empleo. No es, creedme, que esté fatigado de mi crimen, si os gusta llamarlo así... Pero debo probarme a mí mismo que no he ultrapasado mi derecho.

"Cuando me conocisteis, tenía yo una gran fuerza de pensamiento, y sé que es eso lo que hace a los verdaderos hombres; ahora no la tengo más. Creo que este clima es la causa. Nada desanima tanto el pensar como esta persistencia del cielo azul. Aquí toda búsqueda es imposible, tan de cerca sigue la voluptuosidad al deseo. Rodeado de esplendor y de muerte, siento la dicha demasiado presente, y el abandonarme a ella demasiado uniforme. Me acuesto en mitad de la tarde para engañar la sorda duración de los días, y su insoportable desocupación.

"Tengo ahí — vedlos — guijarros blancos que dejo embeberse en la sombra y guardo luego largo tiempo en el hueco de mi mano, hasta que su calmante frescura prestada se agota. Entonces recomienzo, alternando los guijarros, dejando empaparse aquellos cuya frialdad está gastada. El tiempo pasa, y viene la noche... Arrancadme de aquí; yo no puedo hacerlo por mí mismo. Algo, en mi voluntad, se ha roto; no sé siquiera dónde pude hallar fuerza para alejarme de El Kantara. A veces tengo miedo de que aquello que suprimí se vengue... Quisiera recomenzar otra vez. Quisiera librarme de lo que resta de mi fortuna; ved, estas paredes están aún cubiertas con sus restos... Aquí vivo casi de nada. Un posadero

mestizo me prepara un poco de alimento. El niño a quien visteis huir al entrar me lo trae por la tarde y la mañana, a cambio de algunos centavos y caricias.

Este niño que se vuelve salvaje ante los extraños es conmigo tierno y fiel como un perro. Su hermana es una Ouled-Nail que, cada invierno, acude a Constantina para vender su cuerpo a los que pasan. Es muy bella, y yo toleraré las primeras semanas que pasara a veces las noches conmigo. Pero su hermano, el pequeño Alí, nos sorprendió acostados una mañana. Mostróse muy irritado, y no quiso volver durante cinco días. Con todo no ignora cómo ni de qué vive su hermana; antes aludía a ello con un tono que no indicaba vergüenza alguna ¿Sería entonces que estaba celoso? En fin, este farsante ha logrado su propósito puesto que, mitad por hastío y mitad por miedo de perder a Alí, no retuve ya a la muchacha después de aquella aventura. Ella no se ha enojado; pero cada vez que nos encontramos se ríe y bromea porque prefiero al niño. Pretende que es él, sobre todo, quien me retiene aquí.

Acaso tenga algo de razón_

Fin

ANDRÉ GIDE. Nacido y muerto en París (1869-1951), huérfano de padre a los once años, fue educado por una madre autoritaria y puritana que le obligó, tras someterle a las reglas y prohibiciones de una moral rigurosa, a rechazar los impulsos de su personalidad. Su infancia y su juventud influirían de manera decisiva en su obra, casi toda ella autobiográfica, y le inducirían más tarde al rechazo de toda limitación y todo constreñimiento. A pesar de ello, Gide no se liberaría jamás de sus fantasmas infantiles.

, origen de su homosexualidad asumida.

En sus inicios recibió la influencia del simbolismo, que pronto abandonó para cultivar una literatura de más amplios vuelos, personal y esencialmente humanística. Fundador, en 1909, de la

Nouvelle Revue Française, fue el eje de toda la cultura francesa durante la etapa de entreguerras. Comprometido en la peripecia humana, denunció las imperfecciones del sistema judicial en RECUERDOS DE LA AUDIENCIA (1912) y los abusos del colonialismo en REGRESO DEL CHAD (1928). Militó en el partido comunista, del que se apartó después de su viaje a la U.R.S.S. (REGRESO DE LA U.R.S.S., 1936).

Su estilo sobrio, cadencioso, de una rara perfección formal, de claridad y expresión clásicas, está siempre al servicio de un pensamiento proteico, nunca en reposo, de una gran riqueza de ideas.

Premio Nobel de literatura en 1947.

Obras más importantes:

LES NOURRITURES TERRESTRES (LOS ALIMENTOS TERRESTRES), 1897.

LA PORTE ÉTROITE (LA PUERTA ESTRECHA), 1909.

LES CAVES DU VATICAN (LAS CAVAS DEL VATICANO), 1914.

SI LE GRAIN NE MEURT (SI LA SEMILLA NO MUERE), 1920-1924.

CORYDON (1911 y 1924).

LES CAHIERS DE ANDRÉ WALTER (LOS CUADERNOS DE ANDRÉ WALTER), 1891.

LA SYMPHONIE PASTORALE (LA SINFONÍA PASTORAL), 1919.

JOURNAL (DIARIO), 1919-1953.

ET NUNC MANETIN TE (1951).

Notas

EL INMORALISTA

ANDRÉ GIDE



